

I

LA EDAD MEDIA

POR

LEOPOLDO TORRES BALBAS



# DOS TIPOS DE CIUDADES

## Las ciudades de las dos vertientes, cristiana y musulmana, de la España medieval y sus pobladores.

En el aspecto de la urbanización, como en tantos otros, la España medieval fué extraordinariamente fecunda en formas, por la gran variedad de sus comarcas y, sobre todo, por la coexistencia en su solar de dos civilizaciones muy diversas: la cristiana occidental y la islámica, de raíz oriental esta última. A cada una de ellas correspondía un tipo bien diferenciado de ciudad, sendos escenarios a la vez de muy distintas vidas urbanas.

Ambas formas de población divergían ya desde sus orígenes. Casi todas las ciudades islámicas, situadas al sur de la cordillera central y en las regiones levantinas, con su límite avanzado a noroeste, en Tudela, sobre el Ebro, eran de vieja tradición; habíanse desarrollado sin soluciones conocidas de continuidad, por lo menos desde los primeros siglos de nuestra era, bajo el dominio imperial romano, hasta la Edad Media. En cambio, las ciudades cristianas de León y Castilla la Vieja fundáronlas monarcas, merinos o señores a fines del siglo XI y, sobre todo, en los dos siguientes (1), en solares yermos o acrecentando pequeñas aldeas, con fines militares, para asegurar los territorios reconquistados y poner las tierras en cultivo, desarrollando su economía.

A pesar de no registrarse interrupción en la vida anterior de la mayoría de las ciudades musulmanas de España, faltos de datos, no es posible analizar las transformaciones operadas en ellas desde las épocas romana y visigoda hasta la islámica. El trazado

---

(1) Las ciudades fundadas con anterioridad, de muy escasa importancia demográfica, fueron en parte arrasadas en las campañas de Almanzor y, al parecer, no dejaron huellas apreciables en la disposición de las de los siglos XI al XIII.

de las calles y la forma de las manzanas de las urbes creadas de nuevo por la civilización hispanorromana, a juzgar por las contemporáneas de otras comarcas del gran Imperio, podemos imaginarlas, con gran verosimilitud, de perfecta regularidad geométrica. A partir de fines del siglo IX, y sobre todo en el X, en la época del Califato, empieza a haber referencias documentales acerca de la extensión enorme adquirida por Córdoba y su extraordinario esplendor. Era entonces la más importante y poblada ciudad de la Europa occidental, rival de las grandes orientales, de Constantinopla, de Damasco, de Bagdad. Caracterizaba su estructura urbana la irregularidad de sus calles y manzanas y el ser ciegas, sin salida, muchas de las primeras. La identidad de ese trazado con el de las urbes islámicas de Oriente acredita esa disposición como importada por los conquistadores y no herencia visigoda.

Si en el siglo X apenas podemos referirnos, en el aspecto urbano, a otra ciudad hispanomusulmana que a Córdoba, en el siguiente ya hay noticia de varias prósperas, cuyo perímetro de murallas conocemos, lo que permite deducir su superficie intramuros y el número aproximado de sus vecinos. Excepto algunas de vida exclusivamente industrial y comercial, como Almería, casi todas las más importantes estaban asentadas en vegas de fácil riego. Primeros núcleos en el resurgir urbano de la Europa occidental, disfrutaban en la época de los reyes de taifas y bajo el dominio almorávide (siglo XI y primera mitad del XII), de una completa economía, merced a su gran desarrollo agrícola, industrial y mercantil.

Ciudades ricas y muy pobladas, centros de una civilización avanzada, mercados permanentes y prósperos, alimentados por una industria floreciente, sus murallas circundaban un apretado y denso caserío, extendido al pie de vastas y fuertes alcazabas, con lujosos alcázares en su interior. Las habitaban príncipes, literatos, hombres de letras y de ciencias, labradores consagrados al cultivo de las tierras de regadío de la vega en torno, y menestrales, tejedores, calleres, orfebres, curtidores, peleteros, etc., cuyos productos vendíanse en múltiples zocos y en abundantes tiendas; en unión de otros agrícolas, exportábanse a lugares lejanos. Un activo comercio las relacionaba con las del norte de Africa y próximo Oriente, sobre todo con las islámicas por la comunidad de lengua y religión y el precepto coránico de la peregrinación a la Meca. Desde fines del siglo XI contribuían a intensificar sus comunica-



ciones marítimas los navíos de las repúblicas italianas de Génova y Pisa.

Los cristianos pobladores de la España septentrional, es decir, de la zona lluviosa atlántica, cantábrica y pirenaica, vivían esparcidos por el campo, en pequeñas, minúsculas a veces, agrupaciones, y en escasas y reducidas ciudades, como Santiago, Oviedo y Pamploña, de carácter casi exclusivamente rural. Tan sólo a partir de los últimos años del siglo XI comenzaron a acrecentarse por el auge de la peregrinación a Compostela. En el resto de la España cristiana, o sea en la meseta de Castilla la Vieja y el reino de León, comarcas asoladas alrededor del año 1000 por las expediciones guerreras de Almanzor y de su hijo Abd al-Malik, había algunas ciudades entre pequeñas aldeas, alquerías y monasterios emplazados en lugares estratégicos, abruptos o apartados de los caminos recorridos por los ejércitos en sus expediciones periódicas. Las primeras, asentadas en esas comarcas de clima duro y suelo poco fértil, más propias para la ganadería y el pastoreo que para una pobre agricultura de secano, encerraban breve recinto urbano—las murallas de León, corte regia y ciudad la más principal de los reinos cristianos en el siglo X circuían de 18 a 20 hectáreas—y un humilde caserío de viviendas de tierra (1). Las actividades industriales y mercantiles de tales núcleos eran escasas, reducidas las primeras casi únicamente a los más indispensables trabajos de artesanía para satisfacer las limitadas necesidades locales. Predominaban en ellos las funciones militar y religiosa y las habitaban caballeros y gentes de guerra, consagrados a periódicas expediciones militares para conseguir botín con el que completar su modesta economía; clérigos y monjes en crecido número, representantes del elemento cultural, y ganaderos, pastores y campesinos, de rudo y miserable vivir estos últimos, actores también en las expediciones contra los musulmanes (2). De los vecinos de León escribió el geógrafo islámico el Idrisí al mediar el siglo XII, ser gentes de índole belicosa, dedicados principalmente a la cría y tráfico de ganado (3).

---

(1) *Estampas de la vida en León durante el siglo X*, por Claudio Sánchez Albornoz y Mendueña, 3.<sup>a</sup> edición (Madrid, 1934). Véase adición en la pág. 215.

(2) Excelente exposición de estos hechos en la *Historia de España* por Luis G. de Valdeavellano (Madrid, 1952), págs. 668-677.

(3) *La Geografía de España del Edrisí*, por D. Eduardo Saavedra. (*Bol. de la Real Sociedad Geográfica*, XVIII, Madrid, 1885, págs. 236-237.) El concejo de Madrid decía

Otros autores musulmanes reflejan el desprecio que los habitantes del fértil suelo de al-Andalus sentían por la economía primitiva de las ciudades cristianas y la pobreza de sus habitantes. De Pamplona dicen que la naturaleza la había favorecido poco; sus vecinos eran pobres, no se alimentaban lo suficiente y se dedicaban al bandolerismo. No salen mejor librados los gallegos, bajo cuyo nombre hay que entender los cristianos habitantes del noroeste de la Península: panizo y mijo eran la base de su alimentación, no lavándose más que una o dos veces al año con agua fría y no lavando nunca sus vestidos, hasta que caían a jirones. Reconoce, sí, su valor; en los combates preferían la muerte a la huida (1).

A partir sobre todo del reinado de Alfonso VI (1072-1109) y de la conquista de Toledo (1085), los monarcas empezaron a repoblar la extensa zona de la Extremadura castellana y leonesa comprendida entre el Duero y la cordillera central de la Península, ocupada temporalmente y de manera precaria por los musulmanes en los siglos anteriores y en la que no tuvieron núcleos urbanos de importancia ni apenas dejaron huellas. Creáronse entonces nuevas ciudades—Segovia, Ávila, Cuéllar, Arévalo, Olmedo, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Soria, Palencia, Almazán, Sigüenza, Plasencia, entre otras muchas—en lugares yermos; donde había pequeñas aldeas o caseríos, o en el solar de urbes romanas desaparecidas. Pobláronlas gentes llegadas de la zona septentrional, sin duda de demografía considerable por entonces. Determinó su estructura urbana la diversidad de procedencias de los que acudían a habitarlas, establecidos en núcleos próximos, pero independientes, en torno de un pequeño templo parroquial al que rodeaba el caserío, dando origen a calles circundantes, todas de tránsito, es decir, abiertas por sus extremos. Tan sólo más tarde, a fines del siglo XII y en el XIII, al aumentar las viviendas y quedar

a Alfonso XI en 1312, en una información sobre sus derechos al Real de Manzanares: "Et ssinon fuese sennor por estos montes e por el pasto dellos para nuestros ganados que y auemos, et por la corta de la madera que y tenemos para nuestras labranzas, e por lenna e otras cosas para nuestros meesteres non podría Madrit mantener se nin pasar un anno" (*Docs. del Arch. de la villa de Madrid*, I, Madrid, 1888, págs. 218-219).

(1) E. Lévi-Provençal: *La Péninsule ibérique au moyen-âge d'après le "Kitab ar-Rawd al-Mi'tar fi Habar al-Aktar" d'Ibn Abd al-Mun'im al-Himyari* (Leiden, 1938), págs. 56 y 66 del texto y 70 y 83 de la traducción. La referencia a los gallegos procede de al-Bakri, autor hispánico de la segunda mitad del siglo XI; la reprodujo Abu-l-Fida (*Géographie d'Abulféda*, trad. M. Reinaud, t. II, primera parte, París, 1848, pág. 243) y más tarde al-Himyari.

unidos así algunos de los núcleos iniciales, y, sobre todo, con la construcción de una cerca que encerraba a todos, consiguieron cierta unidad esas nuevas ciudades. Sus calles principales, antes caminos, unían las puertas de la cerca, cruzando el caserío.

En los núcleos urbanos así formados con las gentes atraídas por la concesión de solares, tierras y fueros con privilegios especiales y exenciones tributarias, quedaban atendidas las necesidades militares y religiosas y las ganaderas y agrícolas. Pero no las industriales y mercantiles, verdadera fuente de riquezas. Para el desarrollo de éstas y la creación de una sólida economía urbana, al mismo tiempo que se acrecentaban las rentas de príncipes y señores, con el consiguiente aumento demográfico, atrajéronse a otros pobladores, francos, moros mudéjares y judíos.

Con el nombre de “francos” conocióse a los extranjeros llegados a establecerse en la España cristiana, la mayoría franceses, por más próximos, atraídos por los beneficios otorgados en los fueros a los pobladores; en varias ocasiones obtuvieron concesiones especiales y situación jurídica privilegiada. Ocuparon a veces barrios aislados — Jaca, Sangüesa, Pamplona, Estella, Huesca, León—, pero más frecuentemente una o más calles en el interior de la ciudad (calle extramuros en Astorga, Burgos, etc.). Sus actividades eran mercantiles e industriales; formaron el núcleo de la burguesía urbana. La absorción de estos “francos” fué casi siempre rápida, y frecuente el caso de perdurar su nombre en el barrio o calle en que primero se instalaron, cuando ya habían sido absorbidos por la sociedad cristiana española. Los “francos” estableciéronse sobre todo en las regiones inmediatas a la frontera y en las villas y ciudades del “camino francés”, pero también se les encuentra en otras importantes fuera de él, como Toledo, Segovia, Avila, Sevilla e Illescas.

Los moros sometidos, es decir, los mudéjares, aparecen desde los primeros tiempos en las ciudades recién creadas (el fuero de León de 1020 ya legisla para cristianos y agarenos), en perfecta armonía con los pobladores cristianos. Eran, y lo siguieron siendo, gentes de condición humilde, labradores y, sobre todo, albañiles, carpinteros y artesanos consagrados a las industrias artísticas y de lujo, habilísimos en el ejercicio de técnicas heredadas de la España islámica.

Los judíos, con sus eternas actividades de prestamistas y banqueros, a más de otras varias menos lucrativas, que por ello suelen

pasar desapercibidas, completaban la actividad económica de las nuevas ciudades. También acudieron casi siempre desde sus comienzos. Lograron algunos cuantiosas riquezas, situación preponderante y poderío, en contraste con los mudéjares, pero todo ello disfrutado siempre en precario, sin estabilidad alguna. Las diferencias de religión y costumbres contribuyeron a que mudéjares y judíos no llegaran a fundirse totalmente con los pobladores cristianos.

La labor repobladora del reinado de Alfonso VI en la meseta central y en sus aledaños incrementóse en Castilla en los de Alfonso VII (1126-1157) y VIII (1158-1214), mientras en el reino de León la impulsaron sus monarcas Fernando II (1157-1188) y su hijo Alfonso IX (1188-1230). En Aragón fueron sobre todo Sancho Ramírez (1063-1094), que comenzó a poblar las villas de la ruta de Santiago, y Alfonso I el Batallador (1104-1134), conquistador de la zona central del Ebro, los creadores de nuevos núcleos de población, labor proseguida en Navarra por Sancho el Sabio (1150-1194) y Sancho el Fuerte (1194-1234). Más tarde, Jaime I (1218-1276), al conquistar la zona levantina, fundó en ella varias villas.

A partir de mediados del siglo XIII disminuyó la actividad repobladora en la mitad septentrional de España, limitada casi exclusivamente desde entonces a las zonas de costas y fronteras de los diversos reinos peninsulares. Las conquistas de gran parte de las fértiles tierras andaluzas y de Valencia y Murcia, impulsó hacia ellas el exceso demográfico de las norteñas, con el que intentóse poblar ciudades de la importancia de esas dos levantinas y de Córdoba y Sevilla, desalojadas por sus vecinos islámicos, desplazados casi siempre a arrabales exteriores.

Al lado de los dos tipos aludidos de ciudades hispánicas medievales, la cristiana y la musulmana, hubo, pues, un tercero formado por la transformación de las últimas al ser habitadas por los cristianos, ciudades mudéjares en las que deberá estudiarse la evolución urbana sufrida para su adaptación a la vida de los nuevos pobladores. Adelantemos que los cambios fueron lentos y no profundos; el hecho de vivir durante siglos en los escenarios de la civilización islámica, en los que los castellanos al parecer no se sentían incómodos, contribuyó a orientalizar la sociedad cristiana española, marcándola con impronta aun no borrada.

Hecho fundamental para comprender nuestra Historia—la de

ayer y la de hoy—es el de la razón, casi siempre militar, de la fundación en la Edad Media de la inmensa mayoría de las villas y ciudades, no nacidas de un mercado, como muchas de las extranjeras, aunque varias se acrecentaron más tarde por el comercio. Su creación respondió, pues, a una necesidad momentánea; persistieron luego con vida lánguida y tenacidad asombrosa durante siglos, encaramadas en lo alto de cerros de los que empezaron hace unos cien años a descender, abandonando el antiguo solar. Deber nuestro es conservar esos magníficos escenarios de la vida hispánica del pasado, en los que cada piedra habla al espíritu.

## LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS

El estudio de las ciudades hispanomusulmanas puede hacerse a base de textos y documentos antiguos cristianos e islámicos, pero sin olvidar que en varias de las del Andalus perduran no pocas disposiciones medievales, y que algunas de Marruecos, como Tetuán y Xauen, petrificadas en la Edad Media, son consecuencia de las de la España musulmana. El islamismo urbano, a diferencia de otros aspectos de esa civilización, no es huella borrada en el transcurso de los siglos, recuerdo perdido en un pasado lejano, sino realidad subsistente en muchas villas y ciudades de la España de hoy. El cuadro, el escenario de la vida cotidiana, quedó marcado con rasgos perennes en las urbes del Andalus por el hecho de su islamización; el tiempo no ha conseguido aventarlos totalmente.

### Organización de la ciudad: la medina, los arrabales y los barrios (1).

Las más importantes ciudades hispanomusulmanas estaban formadas por un núcleo central rodeado de muros, llamado *madina*—medina en castellano, apelativo que conservan numerosos topónimos—, en el que se hallaban la mezquita mayor, la alcaicería—*kaisariya*—y el comercio principal, y por una serie de arrabales—*rabad*, en singular, de donde procede el nombre español, y *arbad* en plural—, relativamente autónomos, apenas coordinados

---

(1) *La estructura de las ciudades hispano-musulmanas: la medina, los arrabales y los barrios*, por L. T. B. (*Al-Andalus*, XVIII, 1953, págs. 149-177).

con aquélla. Los últimos estaban también casi siempre amurallados y su cerca unida a la de la medina. En algunas ciudades como Cuenca el núcleo de población era único, al carecer de arrabales. Integraban, a su vez, medina y arrabales barrios de muy desigual extensión—*hara* en singular y *harat* en plural—, con frecuencia reducidísimos, formados tan sólo por una calle, limitados casi siempre por puertas que se cerraban de noche. Los diccionarios traducen esas palabras árabes por barrio y calle a la vez, pues ambos conceptos solían confundirse. Cada uno de los arrabales y aun de los barrios más extensos formaba, a semejanza de la medina, como una pequeña ciudad independiente, organizada en torno a una reducida mezquita, con sus zocos, tiendas, alhóndigas, baños y hornos.

Los arrabales exteriores a la medina—ya veremos que se llamaban también así barrios del núcleo central—suponían casi siempre un acrecentamiento posterior a la construcción de la cerca de la ciudad. En Huesca éste se realizó en forma concéntrica y una muralla de mayor perímetro envolvía la más vieja. En otros lugares, el relieve del suelo y el emplazamiento de la medina condicionaban el aumento urbano. Almería ampliósse en el siglo *x*i con un arrabal a oriente y otro a occidente, cuyos límites extremos fueron sendos barrancos, aprovechados como fosos naturales. A mediodía estaba el mar y al norte el cerro de la alcazaba, obstáculos para el acrecentamiento en esas direcciones. El pequeño cauce de un riachuelo aprovechóse también en Tudela para emplazar en su orilla la muralla protectora de un arrabal, añadido en el siglo *x* o en el *x*i. En este último parece se acrecentó Toledo con el arrabal llamado en la época cristiana de la Antequeruela, extendido por la vega, a norte del enriscado núcleo urbano, único lugar por el que la hoz que forma el meandro del Tajo permitió su aumento.

El aislamiento de barrios y arrabales era tal que algunas veces ocurría estar los inmediatos en poder de gentes enemigas; encastillados en ellos, prolongaban largo tiempo sus luchas. En el año 1023, al sublevarse contra al-Mamun al-Casim los habitantes de Córdoba, estando aquél fuera de ella, hubo de sitiarla durante más de cincuenta días. Cuenta Ibn-al-Jatib que en el año 1110, el partido zaragozano afecto a los almorávides, disgustado por la alianza de Abd al-Maliq con el rey de Castilla, llamó al caíd de Valencia Muhammad, hijo de al-Hach, abriéndole las puertas de la medina,



desde la que combatieron a Abd al-Maliq, dueño del resto de la ciudad.

Agrupábanse las gentes en barrios y arrabales por sus creencias religiosas (arrabales de mozárabes y judíos, subsistentes hasta la dominación almohade, a mediados del siglo XII), y por su lugar de origen (barrios de Gomeres y Zenetes, en Granada). Mas frecuentemente, la agrupación respondía al medio de vida y ocupación de sus pobladores: arrabal de los Barberos, en Toledo; de los Curtidores (*al-Dabbagin*), en Zaragoza; de los Halconeros (*al-Bayyazin*), en Granada, Alhama, Quesada y Baeza; de los Alfareros (*al-Fajjarin*), en Granada, y los barrios de estos últimos, de los bordadores o tejedores (*al-Tarrazin*) y de los funcionarios de la Corte (*al-Zagagila*), en Córdoba. Su situación respecto a la ciudad daba nombre a algunos arrabales, como al meridional (*al-Yanubi*) y al oriental (*al-Sarqiyya*) de Córdoba, hoy, con el mismo nombre castellanizado, la Ajarquía. Otros se conocían por alguna particularidad topográfica de su emplazamiento, como el arrabal de la Alcudia—del Cerro u Otero—en Toledo y Valencia, y los barrios de la Alacaba—de la Cuesta—y de Fajalauza—del Collado de los Almendros—, en Granada, o por una construcción próxima, con frecuencia una puerta de la muralla junto a la cual estaban: arrabal de Bisagra, en Toledo; barrios de *Bab al-ramla* y de *Bab-al-marda*, en Granada. En Almería era un aljibe el que daba nombre a un arrabal, *rabad al-Hawd*. En varias ciudades—Almería, Granada, Valencia—había arrabales o barrios llamados de *al-Mosalla* o de *al-Sari'a*, por estar junto a la explanada de las afueras en las que se hallaba, o estuvo anteriormente, el oratorio al aire libre conocido con esos dos nombres. Propios los tenían dos arrabales de Granada, los de Badis y Abu-l-Aassi, y varios barrios de esa ciudad citados en documentos posteriores a 1492.

La palabra genérica “medina”, seguida de otra para distinguirlas, nombra hoy a varias poblaciones españolas, acreditando su difusión en la época musulmana. En Almería es una calle la que aun se llama Real de la Almedina, nombre de sendos barrios de Torrox (Málaga) y de Baena (Córdoba); la de esta última, conservando restos de la muralla que la cercaba, ocupa la parte más elevada de una colina y le circunda otro recinto más extenso. El mismo nombre se ha mantenido en una cuesta de Tarifa y en la puerta que a ella conduce.

La *madina*, situada siempre que el solar lo permitía en terreno



llano, formaba lo que hoy llamaríamos el núcleo principal de atracción, que, conjuntamente con el recinto fortificado más exterior, daba unidad a la agrupación urbana. En la *madina* se hallaban, como se dijo, la mezquita mayor; la alcaicería, mercado cerrado de los productos más valiosos; numerosas alhóndigas (*fanadiq*, depósitos de mercancías foráneas que en ellas se vendían, a la par que posadas); varios baños, y los zocos y mercados permanentes. Era, pues, la medina el centro de la vida religiosa y comercial de la ciudad extendida a su alrededor.

Atraída por la asistencia de los fieles a la mezquita principal, en sus cercanías desarrollábase la vida comercial de mayor importancia e intensidad, en tiendas situadas en las calles inmediatas, en la alcaicería, en las alhóndigas o *fanadiq* y en los zocos. En torno a ese oratorio se agrupaban también los puestos provisionales de los comerciantes modestos, con sus toldos y mostradores portátiles, y circulaban los vendedores ambulantes ofreciendo a gritos su mercancía.

La palabra *rabad* figura en casi todos los diccionarios árabes con el significado de barrio populoso fuera de muros, exterior a la *madina*. Tuvo, sin duda, en la España islámica dicha acepción, pero también recibían ese nombre los barrios del interior del recinto central murado, aun los más céntricos. Pedro de Alcalá, en efecto, traduce *rabad* por barrio y collación de ciudad. Conforme con esta significación, en documentos poco posteriores a la reconquista de Granada, se llama *rabat-Abulaci* a un barrio situado entre la mezquita mayor y la calle de Elvira, es decir, en el centro de la ciudad, al que dió nombre un tal Abu-l-Aassi, que construyó en él una mezquita y un baño; según refiere Ibn al-Jatib. Y en Toledo, en documentos mozárabes de los siglos XII y XIII, figuran arrabales situados análogamente. Afirma su editor González Palencia que en ellos *rabad* quiere decir simplemente barrio aparte, no siempre extramuros. Generalmente la palabra *rabad* designa una agrupación populosa dentro de la cual había numerosos barrios de extensión variable; a veces, formados tan sólo por una calle.

Era frecuente la existencia de arrabales en torno o al pie de una fortaleza, refugio de sus pobladores en caso de alarma. Habitaban en ellos los soldados casados adscritos a su defensa y los comerciantes y labradores de las tierras inmediatas. Circunstancias favorables producían a veces el acrecentamiento del número de sus habitantes hasta llegar a formar una verdadera ciudad. Prueba la

existencia de esos arrabales al amparo de una fortaleza el *Bayan* de Ibn 'Idari al llamar a varias del Andalus *rabad al-hisn*.

Excepcionalmente algunos arrabales no poseían murallas, quedando expuestos al fácil asalto y saqueo de cualquier banda de aventureros. No las tenía el arrabal de Lucena, en el que estaba la mezquita mayor, en la primera mitad del siglo XII, mientras protegían la ciudad, habitada por judíos, sólidas fortificaciones. Carecían de murallas por la misma época los dos populosos arrabales de Málaga, bien provistos de alhóndigas, baños y "todo lo necesario", el de Fontanalla y el de los mercaderes de higos (*al-Taiyanin*). Córdoba tenía en el siglo X, en el momento de su máxima expansión, veintiún arrabales rodeando la *madina*, cuyos nombres y situación aproximada se conocen. Carecían de murallas en el siglo X, según afirma Maqqarí; parece confirmarlo el que no aparezca mención ni nombre de sus puertas en las crónicas contemporáneas o poco posteriores.

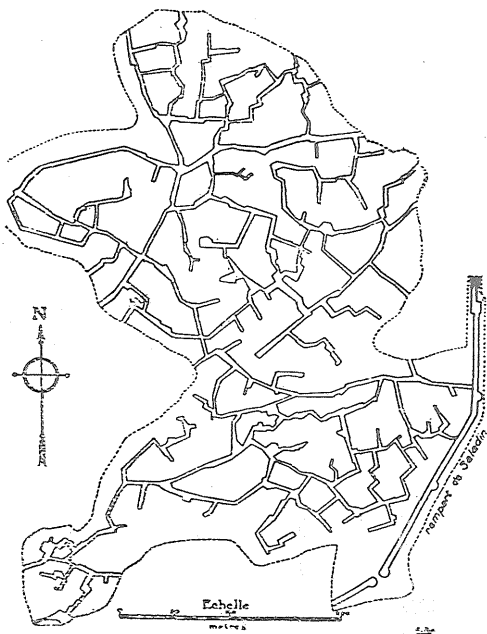
La diferencia entre arrabales y barrios no aparece muy clara en los textos. Así, en Córdoba, historiadores y geógrafos citan unas veces el *rabad al-raqqaqin* occidental y otras el *hara al-raqqaqin*. Lo más frecuente era que varios barrios integrasen arrabales, pues éstos suelen ser partes de población mayores y más pobladas que los primeros, pero no faltan ejemplos del caso contrario.

### Calles principales.

Una de las características que diferenciaban más radicalmente las ciudades musulmanas de la Edad Media, lo mismo las orientales que las del norte de Africa y nuestra Península, de las de Occidente, era el trazado de sus calles. Las de la mayoría de las ciudades romanas, sobre todo en el caso frecuente de ser de nueva creación, disponíanse según un trazado regular; cortándose normalmente, daban lugar a manzanas cuadradas o rectangulares. En sus ejes acostumbraba haber dos vías principales, una norte-sur, el *cardo maximus*, otra este-oeste, el *decumanus maximus*, en cuyo cruce, en el centro de la ciudad, emplazábase el foro, gran plaza en la que se levantaban algunos de los edificios públicos más importantes. Pórticos bajo los cuales circulaban las gentes a resguardo de la lluvia y del sol bordeaban esas calles principales y algunas de las paralelas secundarias.

En una pequeña parte excavada metódicamente de la ciudad

romana de Itálica (hoy Santiponce), cerca de Sevilla, se ven los restos de calles normales porticadas limitando manzanas rectangulares. En los planos actuales de las ciudades de León, de abolengo medieval cristiano, y de Zaragoza, de pasado islámico, reconócese aún la huella de esa su primitiva estructura. Un autor islámico, al-Himyari, extrañase de la para él insólita disposición del trazado



Fustat (Egipto).—Plano de un barrio excavado.

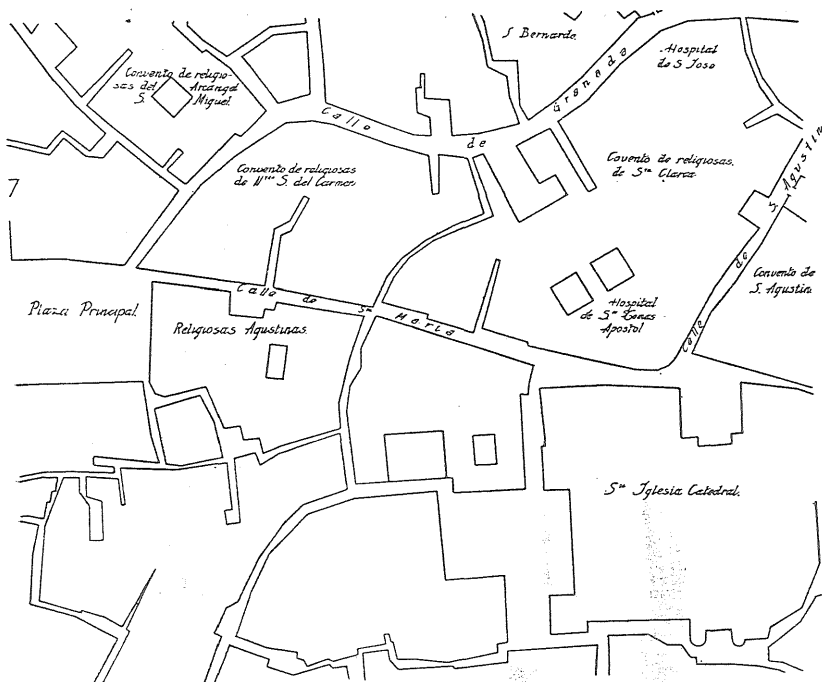
en cruz de las calles de Zaragoza, con cuatro puertas en los extremos de las dos más importantes (1). Cúmplase en este caso—ya veremos cómo también en otros muchos en nuestras viejas ciudades que ahora empiezan a transformarse—la ley de la permanencia del trazado de sus vías, mientras que las edificaciones que las bordean reconstruyéronse repetidamente en el transcurso de los siglos.

Opuesto, antitético a ese trazado de calles regulares, vías todas de tránsito público, al mismo tiempo que de acceso a las vi-

(1) Lévi-Provençal: *La Péninsule ibérique au moyen-âge*, págs. 118-119 de la traducción.

vientas que las flanqueaban, abiertas por sus dos extremos, sin soluciones de continuidad, como las de nuestras ciudades modernas, era el trazado de las musulmanas, tanto orientales como occidentales, pues la islamización supuso un molde uniforme urbano, consecuencia de una forma de vida.

En las ciudades hispanomusulmanas había unas cuantas calles



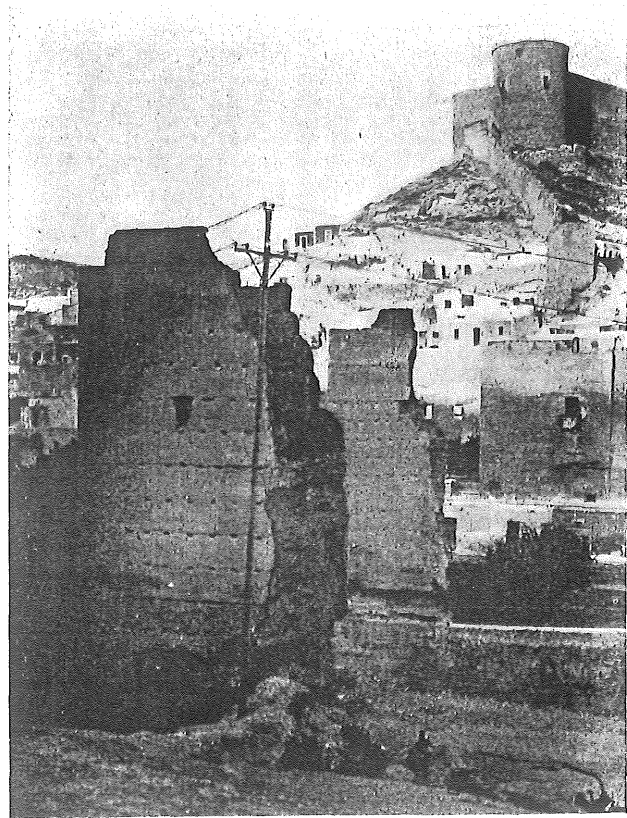
Málaga.—Plano de la parte central de la ciudad en 1791.

transversales o radiales, de trazado sinuoso, que enlazaban las entradas o puertas más concurridas del recinto murado, encauzando el tráfico a través de ellas. En el caso de existir arrabales extramuros, solían prolongarse por éstos.

De esas calles radiales arrancaban otras secundarias, angostas, que se quebraban y torcían a cada paso. Y de éstas, a su vez, nacían numerosos callejones ciegos, sin salida, que penetraban profundamente en las extensas e irregulares manzanas para dar



*Toledo.—Vista aérea.*



*Almería.*—Torres del recinto islámico en el barranco de la Chanca;  
al fondo, la Alcazaba.



*Ecija.*—Torre albarrana.



*Granada.*—La carrera del Darro a fines del siglo XIX.



*Córdoba.—Adarve.*

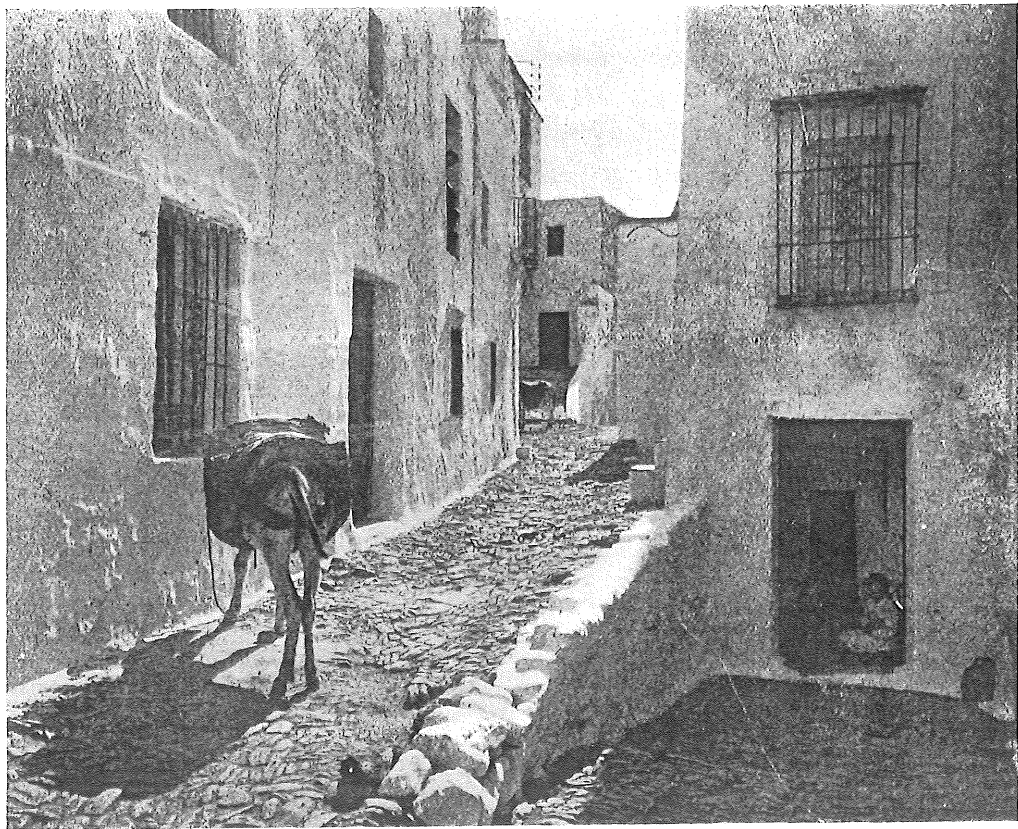




*Arcos de la Frontera (Cádiz).—Calle con arquillos.*



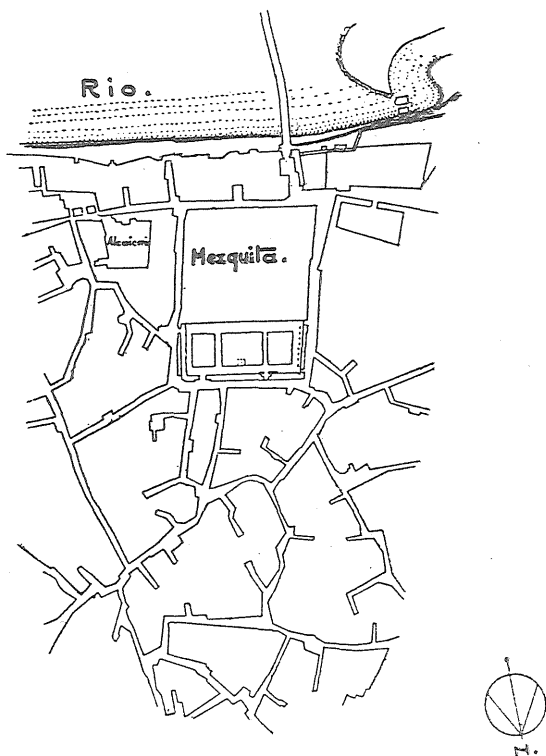
*Arcos de la Frontera (Cádiz).—Calle con arquillos.*



*Véjer de la Frontera (Cádiz).—Calle. (Fot. Más.)*



ramente tal disposición, de la que aun quedan restos en los barrios menos renovados de esas ciudades. Tal ocurre en el sudeste de Sevilla inmediato al alcázar (calles de Placentines y Argote de Molina, entre otras, de las que arrancan callejones ciegos); en el



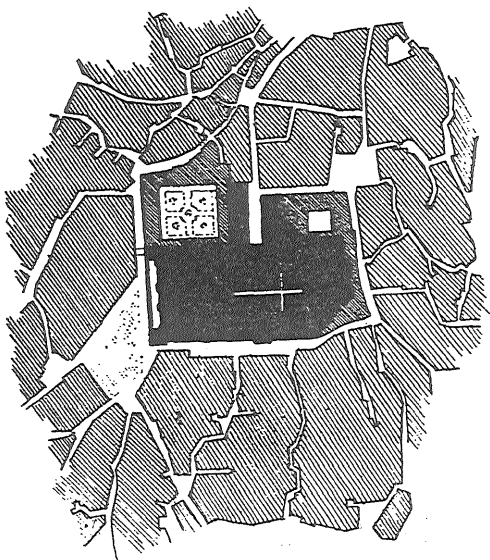
Córdoba.—Plano del barrio cercano a la Mezquita en 1811.

que en Granada se extiende por la pendiente del Darro opuesta a la de la Alhambra, entre el río y la alcazaba vieja, y en el que rodea la mezquita cordobesa. El áspero relieve del solar toledano

levantado según Procedimientos de Geometría subterránea por el Ingeniero de Minas Barón de Karvinski y el Ingen.<sup>o</sup> de Puentes y Calzadas D. Joaquín Rillo a Expensas de la Municipalidad, Año de 1811." Se publicó en el *Bol. de la Real Acad. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, a. IX, 1930, pág. 117, y en la tirada aparte del trabajo al que acompaña en esa revista, *Córdoba durante la guerra de la Independencia*, por Miguel Angel Orti Belmonte (Córdoba, 1930).



Un forastero extraviado en el siglo xv en una ciudad española de abolengo occidental, como Salamanca, Valladolid, Burgos o Barcelona, hubiera podido, lo mismo que en las modernas, continuar indefinidamente calle tras calle, dando vueltas por ella. El que no conoce bien Toledo y guste de recorrer al azar sus pintorescas callejuelas, tendrá que desandar con frecuencia el camino al llegar al final de una sin salida, desierta y silenciosa, con hierba



*Toledo.*—Plano actual de los alrededores de la catedral.

entre los guijarros de su pavimento. Aparte de Toledo, es probablemente Ecija la ciudad que conserva más intacto el trazado musulmán de sus calles y manzanas.

Aunque se trata de un reducido barrio, de carácter probablemente militar, es buen ejemplo de ese trazado el de la plaza de armas de la alcazaba de la Alhambra, los cimientos de cuyas viviendas salieron a luz en excavaciones realizadas hace algunos años. En las que dirigí en la etapa de 1923-1936 en el Secano del mismo recinto granadino, aparecieron también ruinas de pequeñas

---

cantidad de citas documentales de calles sin salida en muchas ciudades españolas, en la Edad Media y aun en la época moderna.

casas, cuyas puertas de ingreso se abrían, como en las de la cercana alcazaba, en el fondo de estrechos callejones (1).

La diferencia de trazado de las calles entre las ciudades musulmanas y las occidentales obedece a su distinta formación. En las últimas, lo primero que existe es la calle, en forma de sendero o camino, lo mismo cuando su crecimiento es espontáneo que cuando se trata de un plan fijado de antemano, y las casas se van construyendo a un lado y otro de esas vías. En las ciudades islámicas son las casas las que al irse yuxtaponiendo determinan la traza de las calles, lo mismo de las que sirven de acceso a las viviendas que de las de tránsito.

El paso de dos ciudades orientales de abolengo romano, Damasco y Alepo, a dominio islámico, ha sido estudiado recientemente de manera perfecta por el malogrado Sauvaget (2). En la Península ibérica es imposible realizar ese estudio por las razones antes expuestas. Los datos más antiguos que de las hispanomusulmanas poseemos se refieren al momento de máximo esplendor de Córdoba en el siglo x, cuando era la ciudad más rica y poblada del Occidente europeo. Tenía ya entonces una estructura totalmente islámica, semejante a la de las orientales, y lo mismo sería la de las restantes de al-Andalus, de las que carecemos de datos. Esa disposición llegó formada a la Península desde Oriente, donde el proceso transformador pudo realizarse por su ininterrumpida vida urbana.

De las calles principales que atravesaban la ciudad uniendo sus puertas, aun quedan huellas en algunas. En el plano actual de Córdoba se reconoce la vía principal, de norte a sur; iba desde la puerta del Osario (*bab Luyun*), por la calle de Jesús y María, para bajar por la cuesta de Pedregosa y, tras su paso entre el alcázar y la mezquita mayor, alcanzar la puerta del Puente (*bab al-Qantara*). Esta gran calle se llamaba *al-mahagga al-uzma*. Otra cruzaba la ciudad de oriente a poniente, uniendo las puertas de Gallegos (*bab Amir*) y de Hierro (*bab al-Hadid*), por las calles que hoy se nombran de Concepción, Gondomar y Alfonso XIII a Zapatería (2).

(1) *Plantas de casas árabes en la Alhambra*, por T. B. (*Al-Andalus*, II, Madrid, 1934, págs. 380-387); *Tenería en el Secano de la Alhambra de Granada*, por T. B. (*Al-Andalus*, III, Madrid, 1935, págs. 434-437).

(2) J. Sauvaget: *Esquisse d'une histoire de la ville de Damas* (*Revue des Etudes Islamiques*, VIII, París, 1934, págs. 421-480), y *Alep* (París, 1941).

(3) Manuel Ocaña Jiménez: *Las puertas de la medina de Córdoba* (*Al-Andalus*, III,

Como resto del trazado musulmán de las calles de Sevilla, puede considerarse la larga, probablemente la *hara Mayur* en la que el monarca Abu Ya 'qub Yusuf mandó construir a fines del siglo XII un depósito para el agua conducida por los Caños de Carmona (1). Será también la misma que el historiador Peraza dice partía a Sevilla en el siglo XVI, comenzando en la puerta del Arenal para terminar en la de Macarena (*bab Makarana*) (2).

En la Granada musulmana había dos calles principales que la cruzaban, "sin rodeos ni quiebras" (*sic*), atravesándola "de Oriente a Poniente, setentrión y mediodía"; subsistían con ese carácter en el siglo XVII. Arrancaba una de la puerta de Bibarrambla, y por el Zacatín, principal vía comercial, seguía a la plaza de *al-Hattabin*, que después de cubierto el Darro llamóse Nueva, para continuar por la carrera de Darro y salir por una puerta que había junto a la Casa del Chapiz. La otra calle principal, cuya dirección era norte-sur, principiaba en la puerta de Elvira y, por la calle del mismo nombre, *al-Hattabin* (Plaza Nueva), Tornería, calles de la Colcha, de San Francisco y de Santa Escolástica, Realejos alto y bajo, calles de Santiago y de los Molinos, terminaba en la puerta así llamada (3).

1935, págs. 143-151); E. Lévi-Provençal: *L'Espagne musulmane au X<sup>e</sup>me siècle* (París, 1932), pág. 209; Rafael Castejón: *Córdoba califal* (*Bol. de la Real Acad. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, VIII, Córdoba, 1929, pág. 278). Se ha afirmado que estas vías seguían la dirección de las dos principales de la Córdoba romana; la de oriente-occidente sería la *vía Augusta*, de la cual, antes de entrar en el recinto murado por la puerta de Hierro, en la calle de San Pablo, se reconoció hace bastantes años un trozo de unos 50 metros de longitud, cuyo piso formaban grandes losas con dos ranuras paralelas, y tendidas en ellas unas planchas planas de hierro (José de la Torre: *El puente romano*, apud *Bol. de la Real Acad. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, año I, 1922, pág. 93). Sin embargo, es muy dudoso que las dos calles cordobesas aludidas sigan el trazado de las principales romanas, pues el suelo de la ciudad de esa época se encuentra a bastante profundidad respecto al actual y entre ellos se interpone el islámico.

(1) Crónica contemporánea de Ibn Sahib al-sala en *Sevilla y sus monumentos árabes*, por el P. Melchor Antuña (Escorial, 1930), pág. 99.

(2) Desde la puerta del Arenal iba por las Gradas y calles de Placentines y Francos, plaza de San Salvador y Espartería, calles de la Alhóndiga, de San Marcos, Santa Marina y San Gil a salir por la puerta Macarena (*Sevilla en el Imperio* [siglo XVI], por Santiago Montoto, Sevilla, 1938, pág. 23; *Sevilla en el siglo XIII*, por Antonio Ballesteros, Madrid, 1913, pág. 29). Describe esa calle, con parecido trazado, González de León en la primera mitad del siglo XIX, haciéndola arrancar de la puerta de Jerez, mientras la otra unía las Real y de Carmona (*Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de esta... ciudad de Sevilla*, por D. Félix González de León, Sevilla, 1839, pág. IX).

(3) Francisco Henríquez de Jorquera: *Anales de Granada*, edic. Antonio Marín Ocete (Granada, 1934), págs. 31-32.



Períodos de gran decadencia, múltiples terremotos y reformas urbanas han alterado profundamente el trazado urbano medieval de Almería, pero a pesar de ello aun hay una calle que se llama Real de la Almedina y debe de seguir aproximadamente la dirección de la que cruzaba la "villa vieja" o *madina*, en la que estaba la mezquita mayor.

Todavía se conserva el trazado de la vía principal que atravesaba Málaga de levante a poniente, "desde la Alcazaba a lo que entonces era el baluarte, donde después se abrió la Puerta Nueva, formando como hoy tres diversas calles; las que se unían con ella bajando de la parte norte y las que de ella salían en dirección al mar; la plaza principal, o sea la de las Cuatro Calles, como la llamaron los cristianos conquistadores, a la que concurrían las arterias principales" (1).

En la Murcia islámica también hubo una calle Mayor, cuyo emplazamiento se ignora. Poco después de su definitiva conquista, el 27 de febrero de 1266, concedían Jaime I y Alfonso X a Bernat de Albalat, ballestero, las casas que fueron de Muhammad *in vico Maiori* (2).

Cada barrio o arrabal tenía también, como antes se dijo, su arteria más importante. Cuando en 1236 unos caballeros cristianos de Andújar sorprendieron el arrabal oriental de Córdoba, preludio de la conquista de la ciudad, penetrando en él, "barrearon todas las calles del arraualde del Axarquia, saluo la cal mayor que ua derecha, que dexaron por o pudiesen yr en pos de los alaruaes" (3). En el *Repartimiento* de Valencia se cita la calle Mayor de la Xarea, poblado o barrio extramuros de esa ciudad (4). En un privilegio otorgado en 1251 por el rey Don Jaime I a los sarracenos pobladores del arrabal de Játiva, villa conquistada hacia 1248, cuyas casas del interior del recinto murado habían pasado a poder de los cristianos, mencionase la *carreriam majorem ravalli* (5).

(1) *Málaga musulmana*, por F. Guillén Robles (Málaga, 1880), pág. 485.

(2) *Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla*, por Antonio Ballesteros Beretta. (*Boletín de la Acad. de la Hist.*, CIX, Madrid, 1936, pág. 429.)

(3) *Primera Crónica General*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, t. I, texto (Madrid, 1906), pág. 730.

(4) *La Xarea de la Valencia musulmana*, por Julián Ribera y Tarragó. (*Disertaciones y opúsculos*, t. II, Madrid, 1928, pág. 329.)

(5) *Condición social de los moriscos de España*, por D. Florencio Janer (Madrid, 1857), págs. 199-202.

Las abundantes referencias literarias a la mayor o menor anchura de las calles son de poca utilidad para conocerla, pues no suelen concretar su medida ni fijar el término de comparación empleado. De las de Zaragoza escribió Idrisi a mediados del siglo XII que eran anchas (1).

En 1526, cuando aun el trazado de las calles de la Sevilla musulmana no había sufrido gran alteración, las describía Navajero anchas y hermosas (2). Tal vez el clima húmedo y caluroso obligó a hacerlas menos angostas en esa que en otras poblaciones. Pero barrios sevillanos, entre ellos los inmediatos al alcázar, conservaron hasta el siglo XIX callejones estrechísimos como el del Ataúd, capaz sólo para el paso de una persona.

A la angostura de las calles de la Málaga musulmana se alude más adelante.

La calle de Elvira de Granada, con nombre mantenido desde la Edad Media y las líneas de cuyo trazado no deben de haber variado mucho desde el siglo XV, puede dar idea de las dimensiones de las vías más importantes de las ciudades hispanomusulmanas. De principal y bastante ancha y larga la calificó Navajero en 1526 (3); durante los cuatro siglos largos transcurridos desde entonces no han desaparecido sus angosturas e irregularidades, a pesar de que hasta comienzos del actual continuó siendo la más importante vía de acceso al centro de la ciudad. La otra calle citada que cruzaba Granada de oriente a poniente, siguiendo el cauce del Darro, aun era más estrecha y tortuosa, como puede juzgarse por antiguos planos y alguna fotografía, anteriores al abovedamiento del río; aun hoy, así acrecentada y con el nombre de Reyes Católicos, parece angosta.

La mayoría de las calles, aun de arrabales excéntricos, como era el Albaicín granadino, tenían pequeños cauces o canales para las aguas sucias, arrojadas a ellos de noche, cuando carecían de conducciones subterráneas (4).

(1) *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, por Dozy y De Goeje, pág. 230 de la trad.

(2) *Viajes por España de Jorge de Eingen, del Barón León de Rosmithal de Batna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*, traducidos, anotados y con una introducción por D. Antonio María Fabié, "Libros de antaño, VIII" (Madrid, 1879), págs. 265 y 381.

(3) Fabié: *Viajes por España*, págs. 288 y 400.

(4) Jerónimo Münzer: *Viaje por España y Portugal, 1494-1495*, trad. de José López Toro (Madrid, 1951), pág. 43.

## Calles secundarias y callejones sin salida.

Calles secundarias y callejones sin salida eran angostos, oscuros y tortuosos. Abundan los testimonios escritos de haber sido así los de muchas ciudades hispanomusulmanas y aun hoy pregonan su estrechura y desigualdad algunos que permanecen en varias de ellas.

El alemán Münzer describía en 1494 las calles del Albaicín de Granada "tan estrechas y angostas que las casas en su mayoría se tocan por la parte alta, y por lo general un asno no puede dejar pasar a otro asno, como no sea en las calles más famosas, que tienen de anchura quizá cuatro o cinco codos, de manera que un caballo puede dejar paso a otro" (1). Las *Ordenanzas* de la misma ciudad, promulgadas en la primera mitad del siglo XVI, se refieren "a la estrechura de calles y plazas" (2). Otros muchos testimonios la confirman, como los de L. Marineo Sículo y de Lázaro de Velasco, primer traductor éste al castellano de los diez libros de arquitectura de Vitrubio (1550-1565?) (3). Luis del Mármol, a fines del siglo XVI, decía que eran las calles de Granada "tan angostas que de una ventana a otra se alcanzaba con el brazo, y había muchos barrios donde no podían pasar los hombres a caballo con las lanzas en las manos, y tenían [los moros] las casas horadadas de una en otra parte para poderlas sacar, y esto dicen los moriscos que se hacía de industria para mayor fortaleza de la ciudad" (4).

El mayorquín Llitrá refiere que en 1487, recién conquistada la ciudad, Málaga no tenía "más que dos o tres calles razonablemente espaciaosas: las demás son tristes y tan estrechas, que en algunas una caballería algo lozana apenas podría rebullirse" (5). De lo tortuoso de estas vías dice elocuentemente el nombre de

(1) Münzer: *Viaje por España y Portugal*, pág. 43.

(2) *Título de las Ordenanzas de Granada* (Granada, 1552).

(3) Fabié: *Viajes por España*, pág. 559. Velasco comenta la afirmación del arquitecto romano de que los griegos ponían en la entrada de sus edificios un pasillo estrecho, con las siguientes palabras: "Desta forma edificauan los moros deste reyno de granada como se vee en los edificios viejos, lo vno imitando a los griegos y lo otro para fortaleza que fuere angosto como lo eran las calles". (F. J. Sánchez Cantón: *Fuentes literarias para la Historia del arte español*, t. I, Madrid, 1923, pág. 217.)

(4) *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, por Luis del Mármol Carvajal, segunda impresión, I (Madrid, 1797), pág. 37.

(5) F. Pi Margall: *Jaén, Málaga y Almería*. "España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia" (Barcelona, 1885), pág. 430, n. (1). El doc. es una carta conservada en el Arch. Hist. de Mallorca.

“Doce revueltas” con el que se conocían unas callejuelas malagueñas, a las que daba ingreso un arco, poco después de un año de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos. Aun se llama de las “Siete revueltas” un callejón inmediato a la iglesia de Santiago de la misma ciudad (1), en parte desaparecido al abrir en el siglo XIX la calle de Larios. El mismo nombre designa un callejón toledano sin salida; otros lo tuvieron en Sevilla y Jerez en la segunda mitad del siglo XV (2) y uno en Murcia, junto a la torre de la catedral, algo más tarde (3), restos todos ellos del pasado islámico de esas agrupaciones urbanas.

Idéntico origen tiene gran parte del trazado urbano de Toledo. Las *Ordenanzas* de esta ciudad, recopiladas en el siglo XVI, pero de origen medieval, disponían no volasen las alas de los tejados de las casas, es decir, los aleros, más del tercio de la anchura de las calles, dejando “el otro tercio enmedio para ayre, e por do entre la lumbre, e para do caygan las aguas” (4), lo que supone un ancho máximo de calle de 2,25 metros, ya que el vuelo de cada tejado no excedería de 75 centímetros.

En el siglo XVII, época de gran bienestar y riqueza en Murcia, hubo que ensanchar bastantes de sus calles, algunas de las cuales medían tan sólo cinco palmos (1,04 metros). Abundaban las ciegas, sin salida (5).

El deán Martínez Mazas escribía de las casas y calles de Jaén al finalizar el siglo XVIII, que “por más que en 545 años que han pasado después de la conquista se habían renovado mucho, siempre manifiestan que fueron edificadas por los moros. Las calles son angostas y torcidas; las casas, sin arreglo ni igualdad” (6).

De la perduración del trazado de las calles a través de los siglos y del mantenimiento de la tradición, da fe el que en un reciente nomenclátor de Málaga, ciudad tan renovada en su as-

(1) Guillén Robles: *Málaga musulmana*, págs. 485 y 488.

(2) La de Sevilla se cita en un documento de 1476 (Arch. Cat. Sevilla, leg. 38), publicado por Ballesteros en *Sevilla en el siglo XIII*, pág. CCCXXX. La de Jerez estaba en la colación de San Juan. (*Bandos en Jerez, Los del puesto de Abajo*, segunda parte, por D. Juan Moreno de Guerra y Alonso [Madrid, 1932], pág. 63.)

(3) Era el de Murcia un callejón estrecho y quebrado, como lo indica su nombre. (Javier Puentes y Fonte: *Murcia que se fué*, Madrid, 1872, pág. 217.)

(4) *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de la... ciudad de Toledo* (Toledo, 1858), cap. XXV, pág. 21, “De las alas de los texados”.

(5) Fuentes y Ponte: *Murcia que se fué*, pág. 9.

(6) *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, por un individuo de la Sociedad Patriótica de dicha Ciudad (Jaén, 1794), pág. 40.

pecto urbano, figuren ciento una calles, pasajes, callejas, callejones y tres plazas sin salida (1).

En la primera mitad del siglo XIX eran numerosísimas en Sevilla las así nombradas (2).

Excusado es decir que todos los transportes en el interior del área urbana se realizaban en mulos o borricos, como hoy en el Albaicín y en otros barrios altos de Granada y de varias ciudades



Granada.—La Carrera de Darro desde el puente de Santa Ana a fines del siglo XIX.

andaluzas. Esto se reflejaba en las dimensiones de algunas partes de los edificios, al no ser posible transportar más que materiales de magnitud y peso reducidos, así como en el largo tiempo invertido en su construcción.

### Calles encubiertas y arquillos.

Las angostas y tortuosas calles aparecían cortadas frecuentemente por cobertizos y pasos que unían las plantas altas de las casas

(1) Antonio Bueno Muñoz: *El libro de Málaga* (Málaga, 1950).

(2) González de León: *Noticia histórica... de las calles de esta... ciudad de Sevilla*, págs. 430 y 615.

fronteras, a un lado y otro de la calle, disposición de la que aun pueden verse ejemplos en Toledo y en varias villas andaluzas, aragonesas y valencianas. Continuaron levantándose estos pasadizos después de la Reconquista. Las *Ordenanzas* de Toledo disponían que los constructores de “sobrados que atrauiessan las calles a que dizen encubiertas”, debían de hacerlos a altura suficiente para poder pasar bajo ellos “el cauallero con sus armas e que non le embargue”. La Ordenanza del alarifazgo de Córdoba de 1503 alude a “los sobrados que atraviesan las calles a que dicen encubiertas”.

Respondía esta disposición a lo apretado del caserío urbano dentro de la cerca. Faltas de espacio, las viviendas extendían sus pisos altos—sobrados o algorfas—sobre las calles, por medio unas veces de voladizos apeados en tornapuntas o jabalcones, como hubo en Granada sobre el río Darro y son frecuentes en ciudades orientales y norteafricanas, y otras cubriendo totalmente un tramo de la calle; sin restar superficie a ésta, aumentábase la edificada. Esas calles, parcialmente cubiertas, ofrecían fuertes contrastes, zonas de sombras espesas bajo las construcciones voladas de poca altura, gratos refugios en los días cálidos, alternando con otras intensamente soleadas, de luz cegadora.

A más de los arcos que cobijaban las puertas de cerramiento nocturno de barrios y adarves, arquillos transversales interrumpían frecuentemente las callejuelas por su parte alta, como en otras ciudades islámicas. Servían para arriostrar muros, siempre de precaria estabilidad, por su pobre y rápida construcción. Algunas veces—es caso muy repetido en Tetuán—eran restos de pisos altos volados sobre la calle, arruinados.

En Sevilla, en 1251, tres años después de su conquista, se cita “la puerta que dizien en tiempo de Moros Dalcár”, entrada al barrio llamado de Francos; un documento del siglo XIV menciona el arco de “la cal de Bayona” y hay recuerdo de otros en la Judería (1).

El nombre del “Arquillo”, de varias calles de Málaga, Murcia y otras ciudades, atestigua la existencia de esos arcos. Once llamábanse así en Sevilla en 1839 (2).

(1) Ballesteros: *Sevilla en el siglo XIII*, págs. VI, LX y CCCXXI, docs. núms. 5 y 57, de 1253 y 1357.

(2) González de León: *Noticia histórica... de las calles... de Sevilla*, pág. 609.

### Concepto islámico de la calle.

La separación y el aislamiento de arrabales, barrios y adarves; la angostura y tortuosidad de las calles; los pasadizos, muros y puertas, satisfacían en las ciudades hispanomusulmanas a una necesidad primordial de defensa. Frecuentes los periodos de inseguridad y revueltas, si la cerca exterior protegía contra el enemigo lejano, esos otros obstáculos eran necesarios para defenderse del interior, más peligroso por más próximo.

Refiere Ibn 'Idari que hacia el año 977-978 la administración de la ciudad de Córdoba, a cuyo frente estaba el más tarde llamado Almanzor, mejoró notablemente respecto a la de sus predecesores. Antes era necesario velar la noche entera para guardarse de las acometidas de los malhechores, que encontraban amparo y protección hasta en las gentes de la corte y cuyos ataques nocturnos eran más temibles que los sufridos por los musulmanes fronterizos. Y en el siglo XIII, según Ibn Sa' id, abundaban los asesinatos y los robos en la antigua capital del Califato, cuyo populacho estaba reputado tradicionalmente por su carencia de escrúpulos y su afición a criticar todo y a estar siempre insatisfecho (1). Las gentes, para gozar de relativa tranquilidad, necesitaban vivir apretadas codo con codo. En las frecuentes alteraciones populares y en épocas de anarquía, podían así unos cuantos hombres defender el acceso al callejón en el que se abrían las puertas de sus hogares.

Gallotti, en un libro en que describe sutilmente algunos aspectos urbanos del Marruecos de hace medio siglo, dice el concepto que tenía de su casa el indígena de esa época, seguramente no muy distinto al de cualquier vecino de las ciudades hispanomusulmanas: "Lo que desea es elevar un muro entre su reposo y los caminos fértiles en emboscadas de la campiña insegura; un muro entre su descanso y los pestilentes olores de la ciudad, las cataratas de la lluvia, el ardor del sol, el soplo del viento, la muchedumbre piojosa y el tumulto de las caravanas; un muro entre su descanso y las preocupaciones de sus negocios, las intrigas del representante del Sultán, la corrupción de los jueces, la rapacidad

---

(1) Ibn 'Idari: *Bayán (Histoire de l'Afrique et de l'Espagne)*, II, pág. 442 de la trad. Fagnan (Argel, 1904); Lévi-Provençal: *L'Espagne musulmane au X<sup>ème</sup> siècle*, págs. 232-233.

de los más audaces y la envidia de todos; un muro para sentirse plenamente en su casa, como en su lecho y en su tumba" (1).

Pero, además de esa primordial necesidad defensiva, el trazado de las calles de las ciudades hispanomusulmanas traducía el concepto que de la vida urbana tenían sus habitantes, totalmente distinto al de los de las cristianas. Para las gentes de Occidente que habitan en un clima benigno, las calles de los barrios populares son como prolongación de la propia vivienda; a ellas salen con frecuencia los vecinos de las casas inmediatas a disfrutar del sol, del aire y del trato humano. En las fachadas se abren numerosos huecos de regular tamaño a los que se asoman los vecinos para contemplar el trasiego urbano.

Los ciudadanos hispanomusulmanes acudían a sus actos de devoción y a sus quehaceres comerciales o industriales a la parte central, ruidosa y frecuentada, de la ciudad, donde estaban la mezcquita mayor, la alcaicería, las calles bordeadas de tiendecitas y la mayoría de los zocos, pero sus viviendas se escondían en el fondo de callejones apartados y de adarves solitarios y silenciosos, en los que el poco tránsito permitía crecer la hierba. Tras alguna ventanita con celosías o un volado ajimez, las mujeres podían contemplar la calle a cubierto de miradas indiscretas, pero su lugar de expansión y el de los niños era el patio, en unión del terrado, en las ciudades mediterráneas que empleaban ese sistema de cubierta, y la algorfa, sobrado o galería alta en algunas regiones. Desde esos sitios elevados la vista podía recrearse, más que en la contemplación de espectáculos callejeros, en la visión de las montañas lejanas, sirviendo de fondo a la vega, y de los alimnares próximos.

Las disposiciones descritas, vivas en las ciudades marroquíes y en las islámicas orientales, no son tan sólo curiosos recuerdos exhumados del pasado de las hispánicas de abolengo musulmán y supervivencias destinadas a ser barridas por la vida moderna en las africanas y asiáticas.

En las ciudades modernas, y en las norteamericanas muy destacadamente, las calles son todas de tránsito, cauces de tráfico encajonado cada vez más rápido. Carecen casi todas de plazas, jardinillos, fuentes y ensanchamientos que permiten el descanso y la contemplación reposada, pero alargan distancias y son obstáculo

---

(1) Jean Gallotti: *Le jardin et la maison arabe au Maroc*, I (París, 1926), pág. 7.



para el vertiginoso tráfico. Los vecinos de las casas alineadas con regularidad perfecta en sus orillas no pueden disfrutar de dos cosas necesarias, por lo menos periódicamente, a todo hombre medianamente cultivado: la soledad y aquel "mudo y sosegado" silencio, don maravilloso tan repetidamente ponderado por Cervantes. Ante esa disposición absurda de las ciudades modernas, hoy se tiende, cada vez con mayor afán, a disponer un centro urbano, destinado exclusivamente a la vida comercial y de relación, acumulando en otra zona las industrias, y a construir barrios de viviendas apartadas de ambos, con calles relativamente estrechas, de escasa circulación.

En lugar de estudiar los trazados urbanos, como hasta ahora se ha hecho, a base de las calles, se tiende hoy a dar primordial importancia a los solares en los que posteriormente se levantarán las viviendas, solares que en parte condicionan la forma y el trazado de las vías.

Los creyentes en el eterno retorno de los moldes históricos encontrarán un argumento a favor de sus teorías en estos recientes principios de ordenación urbana. Con su tradicionalismo y sabiduría milenaria, los orientales, fieles a su vieja e invariable fórmula urbana, llevada a la práctica de manera natural y perfecta, como consecuencia de una evolución biológica y no de una brusca imposición técnica, no necesitan hoy transformar sus ciudades de acuerdo con las últimas directrices, pues a ellas responden desde hace siglos, constituyendo organismos perfectamente trabados, en los que el tránsito de unos a otros sectores se realizaba de manera insensible, sin solución de continuidad.

### Plazas y zocos (1).

La plaza llamábase en árabe hispánico *rahba*—plural *rihab* y *rahbab*—. Si en ella había tiendas permanentes o se instalaban comercios provisionales, recibía algunas veces el nombre de *suq*—plural *aswaq*—. Esta palabra no siempre llevaba implícito el concepto de plaza; el zoco, que es la castellana derivada, lo mismo podía estar en una plaza que en una calle, en un espacio libre fuera de

---

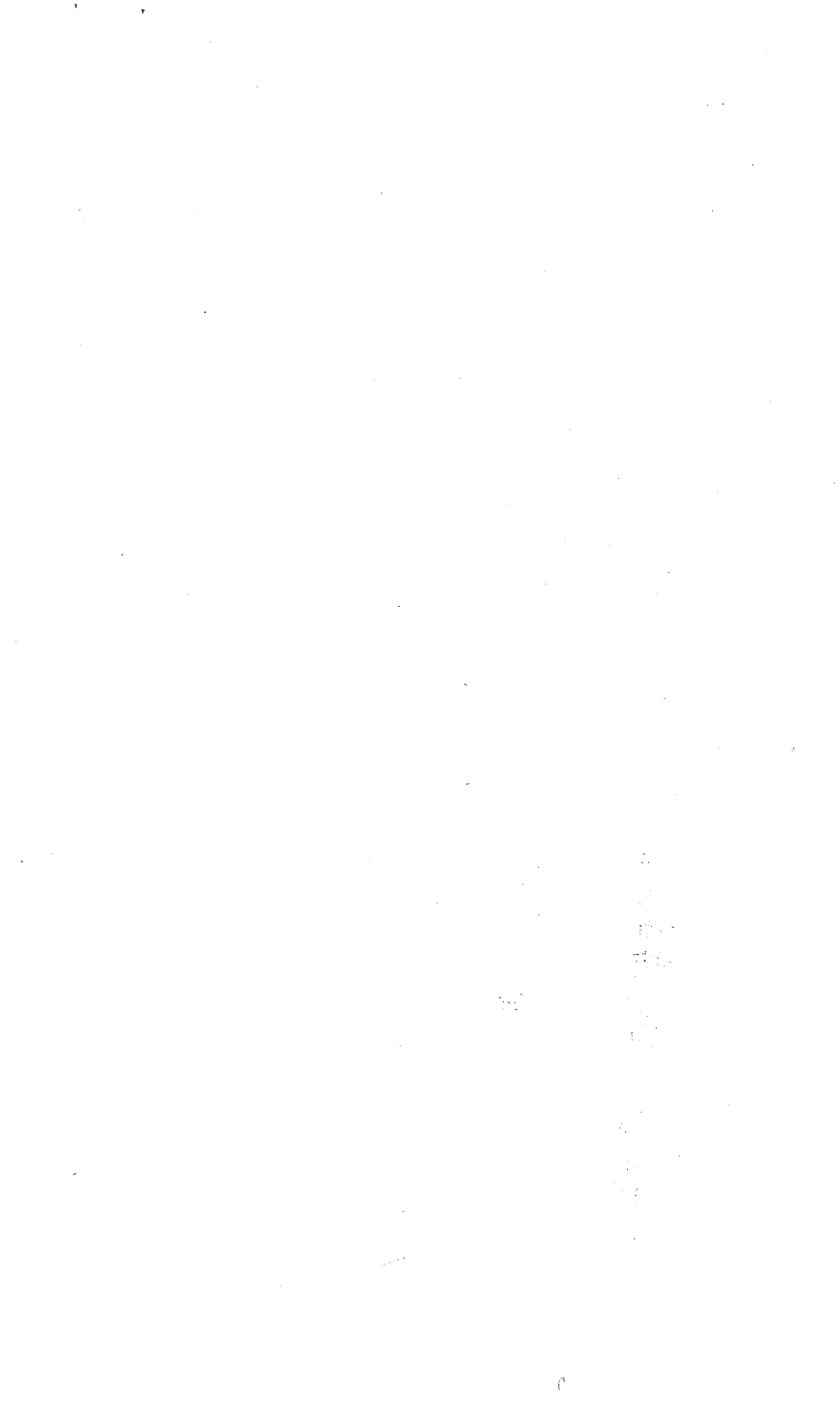
(1) *Plazas, zocos y tiendas de las ciudades hispanomusulmanas*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XII, 1947, págs. 437-476).

murallas, etc. Zoco equivale, pues, a mercado, permanente o periódico. Tales nombres no aparecen siempre bien diferenciados, y es frecuente la cita de *rahbab* con tiendas y de calles que también las tenían y, sin embargo, no se las nombra *aswaq*. Un pequeño mercado instalado en una plazoleta, daba a ésta el nombre de *suwaiqa*—mercadillo—. Dentro del recinto murado no existían grandes espacios libres. En la red de calles y callejuelas tortuosas y desiguales, el frecuente y caprichoso ensanchamiento o el cambio de dirección de una calle, daban lugar a pequeñas plazoletas y rinconadas de reducida superficie. Junto a la mezquita mayor y al lado de las de barrios solía haber una plaza algo más amplia, con tiendas. Los patios de las mezquitas suplían, salvo en las horas de las oraciones rituales, el escaso tamaño de las plazas. Las gentes se repartían, además, por las calles y zocos próximos y por la alcaicería, cercana también a la mezquita mayor. En algunas ciudades había otras plazas reducidas, y fuera del recinto murado, junto a las puertas, era frecuente la existencia de zocos en los que vendíanse productos llevados por gentes de los contornos.

Del escaso número y reducida extensión de las plazas existen algunos testimonios directos y los muy expresivos, reveladores de una radical diferencia de concepto urbano entre las ciudades hispanomusulmanas y las cristianas, de cómo las reconquistadas hubieron de ensanchar sus antiguas plazas y crear otras nuevas, derribando para ello no pocos edificios, en Valencia, en el siglo xiv; en Jaén, en el xv, y en Granada, Málaga, Córdoba, Sevilla, y aun en ciudades de menor importancia, como Antequera y Loja, en el xvi.

De la Sevilla de hacia 1100 decía Ibn Abdun que en su interior faltaban espacios libres, por lo que las tejas y ladrillos se fabricaban fuera de sus puertas, en el foso protector del recinto. Describe Ibn al-Jatib la poblada Málaga del siglo xiv con su interior apretado y aglomerado. "La ciudad entera está trabada y a la vez simétricamente distribuída, como una tela de araña... Las calles están ahogadas de gente, y en los zocos se apretujan los comercios." Un siglo aproximadamente después, en 1487, el notario mallorquín Pedro Llitrá, acostumbrado a las ciudades levantinas de amplias plazas, repite la misma observación: "No hay plazas (en Málaga)". Lucio Marineo Sículo confirma para Granada la impresión de amontonamiento de edificios y falta de lo que hoy llamamos espacios libres que a los extraños producían esas

ciudades: "Mas los barrios y calles (de Granada), que son muchas, por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas, y también las plazas y mercados donde se venden los mantenimientos, las quales, después que Granada se tomó, se han hecho por los cristianos más anchas e ilustres".



## LAS CIUDADES DE LA ESPAÑA CRISTIANA

A fines del siglo XI iníciase en la Europa occidental el renacimiento románico, coincidente con la decadencia militar y política del islam español. Beneficiáronse con esa declinación los reinos cristianos peninsulares. En los años últimos del citado siglo empieza la creación, no interrumpida ya durante varias centurias, de nuevos núcleos urbanos, acompañada del aumento demográfico de los existentes. Varía la estructura de los viejos de la de los nuevamente fundados. Y entre éstos, los factores geográficos y humanos que intervinieron en su nacimiento y formación, el solar de su asiento, sus actividades económicas, las distintas gentes que contribuyeron a poblarlos, dieron lugar a formas urbanas diferentes.

Rápidamente se describen a continuación algunas de ellas.

### **Ciudades formadas por el aumento y fusión de aldeas inmediatas.**

La mayoría de las villas y ciudades pobladas por los monarcas de la España cristiana en los últimos años del siglo XI y en la primera mitad del XII lo fueron por núcleos de gentes de distinta procedencia, atraídos por fueros y concesiones especiales. Al principio, las llegadas de un mismo lugar o comarca se establecieron en el solar fijado, en torno a pequeñas iglesias parroquiales, con soluciones de continuidad entre unas y otras pueblas. Alguna o algunas pudieron existir allí de antiguo. Poco a poco, los núcleos iniciales fueron creciendo hasta llegar a unirse. Entonces una cerca rodeó todas las pueblas o aldeas inmediatas, dando unidad al conjunto urbano.

Si, como ocurría con frecuencia, la economía de la ciudad era

esencialmente ganadera, dentro de la muralla quedaban extensos espacios libres en que albergar el ganado de los alrededores en caso de peligro o asedio. También la labranza de esas tierras intramuros podía ayudar al sustento de los sitiados. Así se explica, a la par que por la necesidad de circundar las aldeas contiguas, la extensa superficie encerrada dentro de las murallas de algunas de ellas, como Salamanca (110 hectáreas) y Soria (100). Tardó siglos la primera en cuajar de edificaciones el espacio intramuros; Soria está aún muy lejos de conseguirlo.

La cerca de Salamanca, levantada después de 1147 (1) y antes de la repoblación de la ciudad en sentido urbano, ocurrida en fecha posterior a 1222, abrazó varias pueblas, entre ellas la aldea de San Facundo (2). En esa fecha tardía, Alfonso IX ordenaba al prior del monasterio benedictino de San Vicente que poblase un lugar que no lo estaba, desde la puerta de San Hilario hasta el cementerio de Santo Domingo, lo que no se consiguió totalmente hasta el siglo xv (3). En 1223 el rey donaba a la orden de Santiago la casa de Sancti Spiritus, de redención de cautivos, con el adjunto terreno desde la puerta de Sancti Spiritus o de San Cristóbal hasta la de San Mateo o de Toro, para su repoblación. Al año siguiente el monarca ordenó repartir todo el terreno de la puebla de Sancti Spiritus entre 150 vecinos, procedentes de la misma ciudad y de los pueblos próximos (4).

Sin embargo, a pesar de esas soluciones de continuidad intramuros, don Rodrigo Jiménez de Rada escribía en la primera mitad del siglo XIII ser Salamanca ciudad muy importante en volumen y extensión, *habitoribus et terminis*, y algunos años más tarde, la *Primera Crónica General* dice "vencie a las otras ciudades del reino de León de muchos moradores et de grandes et anchos términos" (5). Entre el aluvión de sus pobladores figuraban serra-

(1) *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*, edic. y est. de Américo Castro y Federico de Onís, I, texto (Madrid, 1916), pág. 135.

(2) En 1206 se trabajaba en la cerca y castillo de Salamanca (Arch. Cat. de Salamanca, 16-3-8). La cita, así como varios de los datos que figuran a continuación, son de Julio González: *Repoblación de la "Extremadura" leonesa*. (*Hispania*, III, Madrid, 1943, págs. 219-221, 248, 255 y 259.)

(3) *Ibidem*, pág. 220; Antonio Ballesteros y Beretta: *Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla*. (*Bol. de la Acad. de la Historia*, CVI, Madrid, 1935, pág. 146.)

(4) Villar y Macías: *Historia de Salamanca*, I, pág. 74; González: *Repoblación de la "Extremadura" leonesa*, págs. 220 y 246.

(5) Jiménez de Rada: *De rebus Hispaniae*, cap. XX; *Primera Crónica General*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, t. I, texto (Madrid, 1906), cap. 993, pág. 673.

nos, castellanos, mozárabes, portugueses, bregancianos, toreses y francos, habitando agrupados los de la misma procedencia en núcleos en torno a una parroquia aislada, con el cementerio alrededor. Treinta y cinco eran estas parroquias a comienzos del siglo XIII (1). Cada una de ellas, rodeada por las casas de sus feligreses, formaba una unidad, de relativa independencia respecto al resto de la ciudad, llamada corral; cítanse los de Santo Tomé, San Marcos y San Julián y aun se nombra así el de Santo Tomás Cantuariense (2).

Avila y Segovia, escribía a mediados del siglo XII Idrisí no ser ciudades, sino muchas aldeas próximas unas a otras hasta tocarse sus edificios; sus habitantes, afirma el geógrafo islámico, poseían grandes pastos y yeguas (3). No hay noticia de cuándo se pobló la primera, emplazada a 1.114 metros de altura, en suelo pobre y de clima duro, que no justifican la creación de ciudad de importancia. Tal vez poblárase hacia 1088, a la par que Segovia, yerma durante mucho tiempo, fecha dada por los *Anales Toledanos I* (4). Desde 1100 hay noticia de iglesias en Segovia y en 1123 el Papa otorgó una bula a su catedral, confirmando sus posesiones (5). El apartamiento de algunas de las pueblas o aldeas que formaban Segovia impidió encerrarlas dentro de la cerca, y así quedaron fuera de ella, entre otras, las de San Millán, cuyo templo no es posterior a 1150, y San Lorenzo.

La creación de Avila, asentada en solar de escasa pendiente, fué puramente militar, lo que explica su magnífica cerca, feliz-

---

(1) Castro y Onís: *Fueros leoneses*, I, págs. 183-184.—En Salamanca, dos antiguas calles llamábanse de Serranos y Placentinos. González ha dado el reparto de pobladores por parroquias, según el Fuero. En la parte oriental del recinto antiguo, por encima del puente, donde luego se construyó la catedral, se fijaron los francos; en la occidental, los serranos y la judería inmediata, al pie y amparo del alcázar; en el siglo XIII había sinagogas vieja y nueva, aquélla cerca de la iglesia de San Millán. (González: *Repoblación de la "Extremadura" leonesa*, págs. 249, 257-258 y 272.)

(2) González: *Repoblación de la "Extremadura" leonesa*. (*Hispania*, III, págs. 219 y 259-260). En 1202 el rey dió a la clerecía de Salamanca el corral de San Marcos para que mejor se repoblase (Arch. Clerecía Salam., sin sign.).

(3) Avila, "conjunto de aldeas cuyos habitantes son jinetes vigorosos"; Segovia, "tampoco es una ciudad, sino muchas aldeas próximas unas a otras hasta tocarse sus edificios, y sus vecinos, numerosos y bien organizados, sirven todos en la caballería del señor de Toledo, poseen grandes pastos y yeguas, y se distinguen en la carrera como valientes, emprendedores y sufridos". (Eduardo Saavedra: *La Geografía de España del Edrisí*, apud *Bol. de la Soc. Geográfica*, XXVII, 1889, págs. 174-175.)

(4) *Esp. Sag.*, XXIII, pág. 385.

(5) Diego Colmenares: *Historia de Segovia*, 3.<sup>a</sup> edic. (Segovia, 1910), págs. 168-170.

mente tan bien conservada, que abarcaría al levantarse, probablemente en el tercer cuarto del siglo XII, abundantes espacios yermos y solares sin edificar. Era una fortaleza sobre el valle del Tajo, importante etapa en el camino, muy frecuentado, que unía Toledo y la Trasierra con el reino leonés y la Extremadura castellana.

La *Crónica de Avila*, redactada en la segunda mitad del siglo XIII, ha conservado la tradición de que gentes llegadas de Covalada y Lara poblaron en el solar de Avila, cerca del río Adaja, mientras las más numerosas procedentes de Cinco Villas, llegadas con posterioridad, se establecieron en la parte alta. El hecho se reflejó en el antagonismo, existente durante toda la Edad Media, entre serranos y ruanos. También acudieron a poblar Avila gentes procedentes de Estrada, de los Brabazos y de otros lugares de Castilla (1).

Fué Avila ciudad fortaleza, habitada, como casi todas las cristianas, por eclesiásticos; guerreros—de vigorosos jinetes califica Idrisi a sus pobladores—, consagrados a periódicas expediciones militares a tierras manchegas y andaluzas; pastores y ganaderos, y algunos labriegos. Su economía nutríasen principalmente de la ganadería y del botín conseguido en las cabalgadas. Lugar de tránsito a la par que fortaleza, fué centro de atracción de toda la comarca, al que pronto acudieron moros y judíos, menestrales y labradores los primeros; los israelitas, consagrados sobre todo a sus consabidas actividades financieras (2). Los abulenses de las tres religiones vivían mezclados a comienzos del siglo XIV.

Extinguidas las actividades guerreras y desaparecida o ausente una nobleza surgida en gran parte de ellas, Avila conservó exclusivo carácter rural y eclesiástico, como registraba Larruga antes de terminar el siglo XVIII (3), mantenido, con el oficial y administrativo, hasta hoy. Una publicación reciente señala, a base

(1) Manuel Gómez-Moreno: *La Crónica de la población de Avila*. (Bol. de la Real Acad. de la Historia, CXIII, 1943, págs. 21-22.)

(2) Consta la existencia de judíos en Avila en 1144, fecha en la que Alfonso VII dió a la catedral los diezmos de las rentas que le pagaban (Arch. Hist. Nac., Cat. de Avila, R. 3, según cita de J. González: *La reconquista española y la repoblación del país*, Zaragoza, 1951, pág. 175). Documentalmente se sabe de la existencia de sarracenos en Avila en 1199 (*Estado social y político de los mudéjares de Castilla*, por don Francisco Fernández y González, Madrid, 1866, apénd. XI, págs. 306-307).

(3) *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, por D. Eugenio Larruga, t. XX (Madrid, 1792), pág. 209.



de estadísticas, "el gran número de personas pertenecientes al clero (que la habitan hoy), la escasa importancia de su industria y la agricultura, y el mayor número de personas improductivas" (1).

La mayoría de las viejas crónicas afirman fué poblada Burgos en 884 por el conde don Diego, cumpliendo órdenes de Alfonso III. Idrisi la describe como ciudad grande, dividida por un río en dos partes, cada cual con su muralla; en una de ellas, la inferior, dominaban los judíos.

Berganza cita una historia manuscrita de Burgos, obra del padre Alfonso de Venero, monje dominico del monasterio de San Pablo de esa ciudad, en la que se dice la dieron principio seis lugares pequeños, cada uno de los cuales tenía su alcalde, de lo que provino que seis regidores de la ciudad gozasen privilegio de tales.

Afirma también Venero que la iglesia de Santa Coloma, emplazada en medio de la Viejarrúa; la de Santa Cruz, ermita más tarde, que estaba al bajar del lugar de Cortes, y la de San Juan Evangelista, cuya situación era a espaldas de la parroquia de San Nicolás, fueron las primeras, antes de que se poblase la ciudad. Fray Melchor Prieto afirma la gran antigüedad de las ermitas de Nuestra Señora de Rebolleda, San Saturnino (Zaornil) y la Magdalena. De lo que conjetura el padre Berganza que en torno de esos templos tuvieron su asiento los seis pequeños lugares con los que se comenzó a poblar la ciudad de Burgos (2).

La primera enumeración de sus parroquias, once entonces, algunas extramuros, figura en una bula del Papa Alejandro III del año 1163 (3). En el de 982 había tiendas en Burgos; Fernán González y su mujer dieron dos en esa fecha al monasterio de Cardena, situadas en el centro de la ciudad, una a la derecha y otra a la izquierda del camino que iba de oriente a occidente y de mediodía a norte (4). Consta la existencia de judíos en 1085 y en 1113, vecinos de la parte inferior del monte, en cuya cumbre había un castillo bien fortificado. También habitaban Burgos por entonces franceses, gallegos, asturianos, leoneses, gentes de Campos, castellanos y de

(1) Instituto de Estudios de Administración Local: *Estudio de las poblaciones españolas de 20.000 habitantes*, II, *Análisis de Avila* (Madrid, 1951), pág. 70.

(2) *Antigüedades de España*, por el R. P. M. Fr. Francisco de Berganza (Madrid, 1719), parte primera, lib. terc., cap. prim., págs. 173-174.

(3) *Esp. Sag.*, XXVI, págs. 473-477; *El obispado de Burgos y Castilla primitiva*, por D. Luciano Serrano, O. S. B., t. III (Madrid, 1935), págs. 215-220.

(4) *Becerro de Cardena*, págs. 72-73.

otras varias procedencias (1); abundaban asimismo los mozárabes, instalados en la ciudad desde primera hora (2).

También Valladolid, según Quadrado, se formó por la agrupación de varias aldeas, rodeadas por un muro: "Dentro de esta muralla de diez puertas... quedaron encerradas diferentes iglesias, que desde el siglo XII las más, habían nacido como ermitas en medio de los campos, y que luego vinieron a ser parroquias rodeadas de feligreses; en qué época precisamente no se sabe, ni si fueron erigidas tales al mismo tiempo, pero a mediados del siglo XIV consta ya que lo eran casi todas..., presidiendo a los respectivos barrios recién formados en torno suyo" (3).

En una donación hecha en 1095 por el conde Pedro Ansúrez y la condesa Eyloni, se alude a un barrio de Valladolid, con su calle mayor que iba por en medio de la villa.

En los primeros años del siglo XIII, Valladolid estaba murada, pues al proclamar en 1217 Doña Berenguela a su hijo Fernando (III) Rey de Castilla, la ceremonia tuvo lugar, según un autor coetáneo, *extra portam vallis oleti, in campo quodam uenerunt ad mercantum* (4). Esa puerta era la llamada del Azoguejo, es decir, del Mercadillo; estaba a la entrada de la Platería (5).

Soria, asentada en una cañada, fué cabeza de puente sobre el Duero y ciudad itineraria al mismo tiempo, en el camino de comu-

(1) *Esp. Sag.*, XX, págs. 157-158 y 164; *Historia Compostelana*, trad. del latín al castellano por el R. P. Fr. Manuel Suárez (Santiago de Compostela, 1950), libro I, caps. 85 y 89, págs. 154-155; Serrano: *El obispado de Burgos*, t. III, págs. 63-65. *El Poema del Cid* menciona prestamistas judíos en Burgos algo antes de 1085. Entre los pobladores de Burgos, atraídos por un activo comercio y relaciones con Gascuña, Inglaterra y los Países Bajos, figuran crecido número de franceses, alemanes, lombardos, ingleses, catalanes, aragoneses, navarros, etc.; eran banqueros, comerciantes, artesanos, panaderos, artistas, etc. (Serrano: *El obispado de Burgos*, II, págs. 15 y 213-214). Francos había en Burgos en 1073 y en 1103. Alfonso VI eximió de mañería a todos los pobladores, *tam franqui quam castellanum*. Parece que se agrupaban en la que se llamó calle de Francos (hoy Carnicería).

(2) Serrano: *El obispado de Burgos*, t. I, págs. III-III2.

(3) España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia, *Valladolid, Palencia y Zamora*, por D. José M.<sup>a</sup> Quadrado (Barcelona, 1885), pág. 56.

(4) *Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, por Georges Cirot, I (Burdos, 1913), pág. 93. Lo mismo dice el contemporáneo Jiménez de Rada (*De rebus Hispaniae*, IX, 5), lo que traduce la *Crónica* falsamente atribuida a D. Gonzalo de Hinojosa, con las siguientes palabras: "salió (doña Berenguela) fuera de Valladolid, a un lugar en que agora facen mercado, e en aquel tiempo era despoblado, e hicieron después el monesterio de Sant Francisco" (*Colec. de docs. inéd. para la Historia de España*, CV, Madrid, 1893, pág. 492).

(5) *Cronicon de Valladolid*, apud *Colec. de docs. inéd. para la Hist. de España*, XIII (Madrid, 1848), pág. 147.

nicación de la Vieja Castilla con Navarra, las comarcas aragonesas del valle medio del Ebro y las levantinas mediterráneas. Al desarrollo de la ciudad de tránsito, fundada en suelo poco feraz, áspero y frío, huérfana de buenas condiciones naturales, contribuyó el factor histórico de su condición fronteriza, por estar en la raya de Castilla y Aragón.

La repoblación de Soria se debe a Alfonso I el Batallador en 1119; al año siguiente la concedió fueros con objeto de atraer a gentes que contribuyesen a la defensa de ese lugar, de gran importancia estratégica. Parte, por lo menos, de los pobladores procedían de pequeñas aldeas de la comarca, como declaran los sobrenombres de nueve de las treinta y cinco parroquias mencionadas en un fuero promulgado entre 1190 y 1214, reinando Alfonso VIII: San Juan de Rabanera, San Juan de los Naharros, San Martín de Canales, San Miguel de Montenegro, San Juan de Muriel, San Miguel de Cabrejas, Santa María de Calatañazor y Santa María de El Espino (1). El apelativo de Santa María de Cinco Villas parece indicar que sus feligreses procedían de otras tantas, probablemente de las aragonesas así llamadas.

Los pobladores agrupáronse en reducidos barrios, esparcidos por las laderas y el fondo del barranco, reunidos los procedentes de una misma villa o aldea en torno de una humilde iglesita parroquial románica, semejante a las del Salvador y San Clemente, aun en pie. Apenas llegarían al centenar los feligreses vecinos de las más pobladas (2). A comienzos del siglo XIX los sorianos aun permanecían adscritos a las parroquias por familias y no por la repartición topográfica de sus viviendas (3), dato que comprueba la primitiva organización citada.

La cerca, abarcando todas las aldeas o barrios, debió de construirse después de ser devastada la ciudad en 1195 ó 1196 por Sancho el Fuerte de Navarra. En 1290, Sancho IV concedía el tercio de ciertas rentas para obrarla (4). Encerraba 100 hectáreas,

(1) *Soria: interpretación de sus orígenes y evolución urbana*, por Leopoldo Torres Balbás (*Celtiberia*, a. II, Soria, 1952, págs. 7-31).

(2) Galo Sánchez: *Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares* (Madrid, 1919), § 51, pág. 22. En 1256, el Fuero real de Alfonso X repite el mismo número de parroquias. En el siglo XVI, las 35 se habían reducido a 14, con 1.171 vecinos (*Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid, 1829, págs. 284-285).

(3) *Descripción histórica del obispado de Osma*, por D. Juan Loperráez Corvalán, II (Madrid, 1788), pág. 123.

(4) Sánchez: *Fueros castellanos de Soria*, §§ 11 y 102, págs. 19 y 39.

superficie considerable de la que tan sólo una parte ocuparían los barrios y viviendas; aun hoy, por lo que fué interior de la ciudad, se extienden grandes extensiones yermas o dedicadas a tierras de labor.

También Sigüenza, ciudad episcopal en el alto valle del Henares, etapa en uno de los caminos naturales más importantes de la Península, se formó al crecer y unirse varios núcleos de población próximos. La llamada "medina" en documentos de 1135, 1138, 1140 y 1146, estaba en el fondo del valle, a la orilla del Henares, en donde sus aguas permiten un no muy extenso cultivo hortícola, por donde pasaría la calzada romana; una torre fuerte, tal vez edificada en el siglo x ó en el xi, campanario hoy de la iglesia de los Huertos, Santa María de Medina o Santa María la Vieja (*Sanctae Mariae Antiquissimam*: 1144), protegía las viviendas agrupadas a su pie. En lo alto del cerro inmediato había una fortaleza, a cuyo amparo creóse una puebla, Sigüenza la alta, o *Segontia vetus*, extendida por su ladera septentrional. En el siglo xii comenzó a levantarse la catedral en sitio intermedio entre el barrio de los huertos, junto al Henares, y el inmediato al castillo, donde se formó un burgo, para cuya población y defensa autorizó Alfonso I el Batallador en 1138 fuesen a habitarle 100 hombres casados con sus familias, 20 de ellos de la medina. En un documento de 1146 expresaba Alfonso VII su voluntad de que la Sigüenza superior y la inferior formasen una sola villa y un solo concejo. Este último creció ladera abajo, con calles radiales desde la fortaleza que seguían la máxima pendiente y otras transversales (llamadas Travesaña alta y baja desde hace siglos), sensiblemente a nivel y de trazado curvo. Sucesivas cercas, cada vez a nivel más bajo, fueron marcando los límites septentrionales del aumento urbano. A fines del siglo xv alcanzó a la catedral; hasta la segunda mitad del siglo xviii no llegó a las cercanías de la iglesia de los Huertos (1).

---

(1) Fr. Toribio de Minguella: *Historia de la Diócesis de Sigüenza y sus Obispos*, vol. i.º (Madrid, 1910), págs. 46, 67-68, 71, 73, 80-83, 101, 103-104, 110-111 y col. dipl. núms. III, XV, XXIII y XXV, págs. 349-350, 364-365, 375-377 y 380-381; Manuel Pérez Villamil: *La catedral de Sigüenza* (Madrid, 1899), págs. 6-7, 37, 40, 43-50, 100-101 y doc. III, págs. 448-449; Manuel de Terán: *Sigüenza, estudio de geografía urbana* (*Estudios Geográficos*, a. VII, Madrid, 1946, págs. 633-666).

## Ciudades itinerarias y del "camino francés" a Compostela.

A fines del siglo XI, como repetidamente se ha dicho, adquirió auge extraordinario la peregrinación al santuario de Santiago de Compostela, adonde se dirigían grandes muchedumbres de gentes animadas de intensa piedad y deseosas de rescatar sus culpas.

El hecho religioso tuvo consecuencias sociales y económicas de gran importancia. La vía de la peregrinación, si no abrió la Península al comercio europeo y a la cultura occidental, contribuyó notablemente a su desarrollo, propagando la influencia galicana.

Conquistada Toledo por Alfonso VI en 1085, esa ciudad y el foso del Tajo fueron eficaz protección contra las incursiones de los ejércitos musulmanes por la meseta superior de Castilla. Quedó segura desde entonces la ruta de la peregrinación, el "camino francés" que, cruzando los Pirineos por los puertos de Roncesvalles y Somport, unidas ya las rutas de ambos pasos en Puente la Reina, a orillas del Arga, seguía por Logroño, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Castrojeriz, Frómista, Carrión de los Condes, Sahagún, León, Astorga y Sárria a Compostela. Los monarcas fundaron en los siglos XI al XIII nuevas villas en lugares estratégicos de esa ruta internacional, en las que pudieran encontrar asistencia, descanso y alimentos los peregrinos. Para atraer a los pobladores, les concedieron amplios privilegios comerciales y jurídicos y exenciones tributarias.

Alfonso VI repobló Logroño con pobladores *tam Francigenis quam etiam Ispanis* (1095), y favoreció a Santo Domingo de la Calzada y Sahagún (1085). Los monarcas de Aragón y Navarra, en la parte del camino que cruzaba estos dos reinos, fundaron villas pobladas por "francos", establecidos también en barrios especiales en las de dominio real existentes de antiguo, separados de los indígenas, con sus murallas, su concejo y fuero especial. Sus pobladores eran comerciantes y artesanos extranjeros y los poblados centros de actividad industrial y mercantil (1). Alrededor

---

(1) Luis Vázquez de Parga, José M.<sup>a</sup> Lacarra, Juan Uría Riu: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, I (Madrid, 1948), págs. 465-497; Valdeavellano: *Historia de España*, págs. 803 y 953. Excelente resumen es el de José María Lacarra: *La repoblación del camino de Santiago*, apud *La reconquista española y la repoblación del país*, págs. 223-232.

de 1090 empezaron a poblarse con francos Estella, Puente la Reina, Sangüesa y Pamplona, regulándose la situación legal de los pobladores pocos años después (1122-1129). Todavía en 1187-1188 se poblaban en Estella los barrios de San Juan y San Salvador y por entonces se estaba poblando el de San Nicolás, de Pamplona (1).

Las nuevas poblaciones de la ruta de Compostela no responden, como es lógico, a un modelo uniforme. Las hay de plano regular, de las que más adelante se trata. Entre ellas, un tipo muy característico, pues está moldeado por el mismo camino, lo forman las ciudades extendidas longitudinalmente a su largo, que pudiéramos llamar itinerarias, por disponerse sus construcciones en sentido longitudinal, a ambos lados del camino convertido en calle, única a veces y otras principal o mayor. Incluso en las ciudades viejas, de fundación anterior, el paso de la ruta modificó su estructura, pues a lo largo de su recorrido urbano se multiplicaron templos, alberguerías y hospitales, constituyendo un barrio de artesanos y comerciantes, francos y judíos principalmente, que a ambos lados de la calle establecían tiendas y obradores.

A todo lo largo del camino, desde la frontera pirenaica hasta Santiago, iremos encontrando villas y aldeas que deben a aquél su disposición longitudinal, no perdida a pesar de los siglos transcurridos desde que la ruta de la peregrinación es camino muerto, huérfano de todo tránsito, y muchas de sus estaciones—varias conservan el apelativo “del Camino”, hoy sin sentido—villas moribundas, en decadencia, que han perdido toda razón de existencia después de haber estado en una de las vías internacionales más concurridas.

En la ruta que cruza los Pirineos por Roncesvalles, tras de esta célebre abadía, el primer pueblo que en la vertiente navarra encontraban los romeros era Burguete, burgo de Roncesvalles. Tiene hoy, como tendría en la Edad Media, una sola calle, coincidente entonces con el “camino francés”. Aunque la villa fué destruída por los franceses en 1794, reconstruyóse el caserío con la disposición anterior, alineado a ambos lados de la vía, sin atender a orientar las fachadas a mediodía, como es costumbre en los pueblos de montaña.

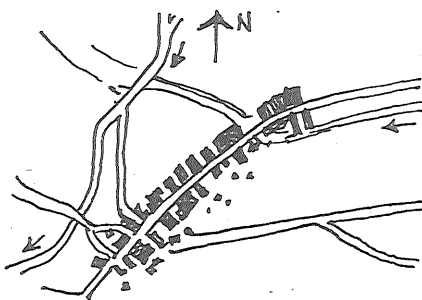
Paso de los romeros era también la pequeña villa de Lorca,

---

(1) José M.<sup>a</sup> Lacarra: *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón en la Edad Media* (Zaragoza, 1950), pág. 18.

en el valle de Yerri, una legua antes de llegar a Estella, formada por una sola calle Mayor (1).

El plano actual de Estella no revela su carácter inicial de ciudad itineraria, pues a la primera puebla se fueron agregando otras de mayor importancia que acreditan la bondad de su emplazamiento. En 1090 el Rey Sancho Ramírez decidió hacer una población de francos en Lizarra, entre Pamplona y Nájera, para que pasara por ella la ruta de la peregrinación, desviada tres kilómetros de su anterior trazado. Emplazóla al pie de un monte rocoso de abruptas pendientes sobre el Ega, en cuya cima había un viejo castillo, entre el río y las faldas de la montaña. La calzada con-



Burquete (Navarra).—Plano esquemático.

torneaba ésta y el caserío hubo de extenderse en longitud por el reducido espacio llano que allí había. Coincidieron, pues, para conformar el núcleo primero de Estella el interés de los francos pobladores en establecer contacto con los peregrinos y la topografía del solar. Dicho núcleo—francos de San Martín—extendíase a lo largo de la rúa de las Tiendas, poblada de posadas, hospitales, hospederías y cofradías encargadas de proteger al peregrino y al desvalido. Hoy dicho barrio, en gran parte de su trazado, tan sólo tiene esa única calle. En la ladera de la montaña, entre los dos castillos y al amparo de ellos, establecióse la judería.

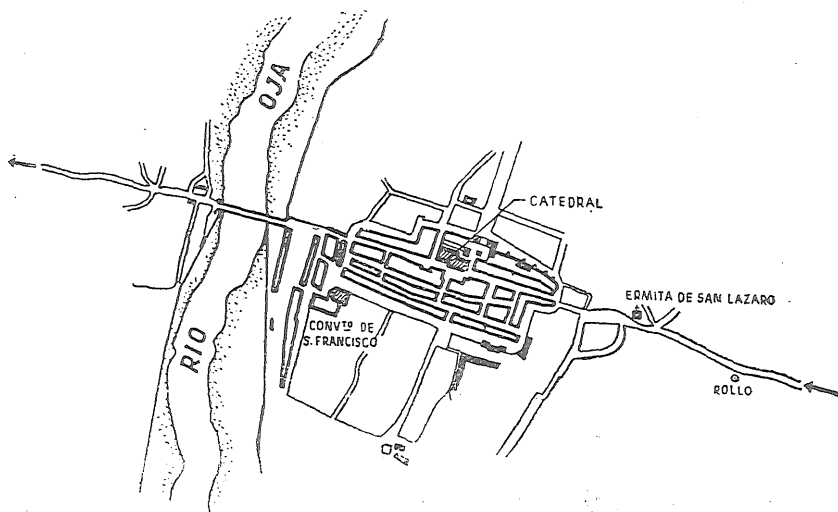
No habiendo espacio libre inmediato para el mercado semanal, hubo de celebrarse en la orilla opuesta—la derecha—del Ega, dando origen a la nueva población de San Miguel, a la que se agregaron las inmediatas de la Población del Rey o San Juan, fundada por Sancho el Sabio en 1187, y a la de San Salvador del Arenal, que lo

(1) Vázquez de Parga, Lacarra, Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*, II, pág. 130.

fué al año siguiente. En 1266, Teobaldo II mandó reunir en un solo concejo los tres barrios de Estella, lo que entonces parece no llegó a cumplirse (1).

Ciudad de camino es también Santo Domingo de la Calzada; la riqueza de su territorio e importancia religiosa—sede catedral compartida con Calahorra—fueron causa de que a la calle de tránsito de los romeros se agregaran otras paralelas.

En la segunda mitad del siglo XI el futuro santo Domingo de



Santo Domingo de la Calzada (Logroño).—Plano esquemático.

la Calzada construyó un puente sobre el río Oja para el paso de los peregrinos camino de Santiago y una hospedería en la que los servía y atendía, instalada en un antiguo ermitorio inmediato. De paso Alfonso VI por ese lugar en 1076 para ocupar la Rioja, conce-

(1) Vázquez de Parga, Lacarra, Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*, I, pág. 472; II, págs. 133-134; José M.<sup>a</sup> Lacarra: *Fuero de Estella* (*An. Hist. Derecho Esp.*, IV, Madrid, 1927, pág. 405); *Notas para la formación de las familias de fueros navarros* (*An. Hist. Derecho Esp.*, X, pág. 220); *Para el estudio del Municipio navarro medieval* (*Príncipe de Viana*, II, Pamplona, 1941, pág. 61), y *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón*, págs. 14 y 18; Mariano Arigita y Laso: *Cartulario de don Felipe III, rey de Francia* (Madrid, 1913), doc. núm. 157, págs. III-III. Los planos de Santo Domingo de la Calzada y Castrojeriz insertos en estas páginas, están tomados de la obra de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*.



dió al Santo todos los terrenos que necesitara. Al morir éste en 1109 pudo ya ver crecido el "Burgo". Alfonso el Batallador dió en 1125 el lugar de Algobarte, "a Dios, a Santo Domingo que descansa cerca del río Oja y al señor Pedro Arcediano, custodio y edificador del lugar, para que se hagan casas al Abad y los demás que participen de los beneficios del mismo Beatísimo". Así comenzó un pequeño Burgo—"Burguete"—, llamado más tarde Malgurbete, nombre que hoy recuerda el viejo barrio de Margubete. En 1207 recibió el fuero de Logroño para que se poblase *ad forum de francos* (1).

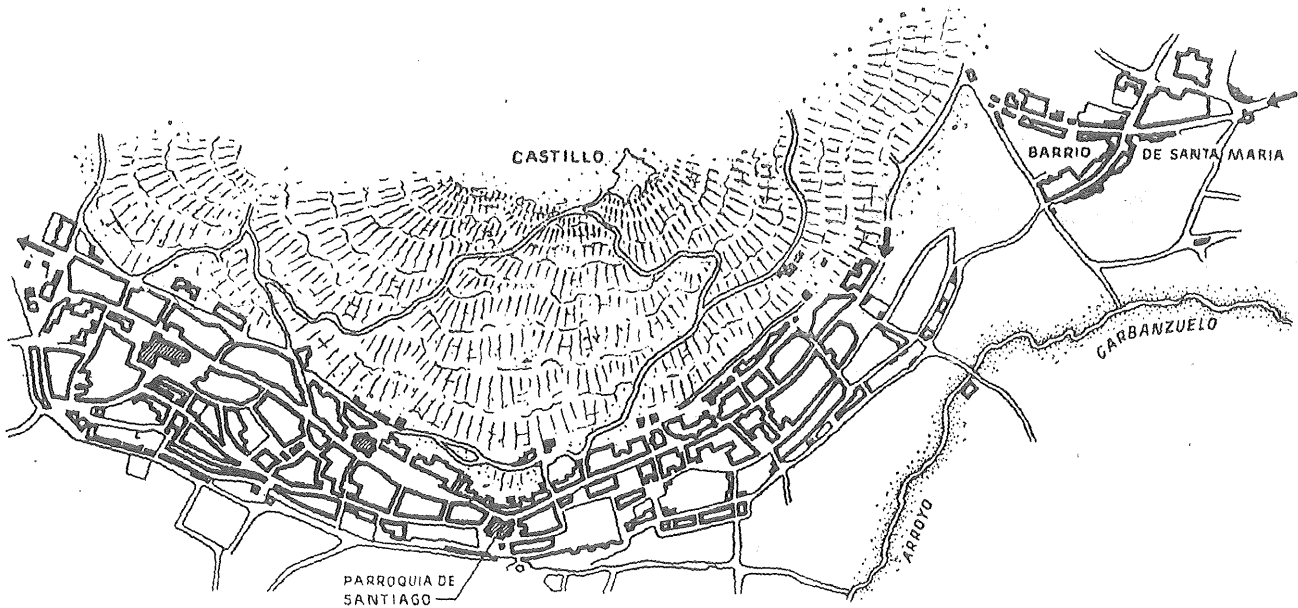
Una o dos calles formaban el Logroño primitivo, la rúa Vieja y la calle Mayor, junto a un puente de doce arcos sobre el Ebro, llegado al siglo XIX con tres torres defensivas ruinosas (2). Arrasada la ciudad por el Cid en 1092, la dió fueros para su repoblación Alfonso VI tres años después.

Burgos fué también villa de camino cuyo caserío, como en Estella y Castrojeriz, contorneaba la parte baja de un cerro, con una fortaleza en su cumbre, protegida por el Arlanzón y el arroyo Vena, confluentes a su pie. En el siglo XII acrecentóse extraordinariamente la ciudad, quedando desfigurada su primitiva estructura con la agregación de nuevos barrios, la construcción en el siglo XIII de una nueva cerca y, más aún, después del XVII, por la desviación del brazo del Vena que cortaba la ciudad y el terraplenado de su cauce.

La villa más típicamente de camino de la ruta de la peregrinación es Castrojeriz. Fué estación romana (*Castrum Sigerici*), fortaleza magníficamente emplazada en la cumbre de un alto cerro desnudo, desprovisto de vegetación, que jugó un papel importante en la historia de Castilla. Villa moribunda, arrastra su decadencia desde hace siglos; cada día que pasa es mayor su ruina y más reducido su caserío. Extiéndese por una larga calle, de más de un kilómetro de longitud, bordeando la parte baja de la ladera meridional del citado cerro. A su ingreso desde Burgos, algo apartado de ella, encontraban los peregrinos el barrio de Santa María del Manzano, hoy aislado, donde estaba la colegiata de Santa María. Alfonso el Sabio, en sus *Cantigas*, relata varios

(1) Agustín Prior Ontoria: *La catedral calceatense* (Logroño, 1950), pág. 3.

(2) *Dicc. Geográfico-Histórico de España*, por la Real Acad. de la Hist., secc. segunda, por don Angel Casimiro de Govantes (Madrid, 1846), pág. 107.



*Castrojeriz (Burgos).—Plano.*

milagros realizados por intercesión de la Virgen de Almazán, venerada en ese entonces famoso santuario:

Quand'a ygreia fazian  
a que chaman d'Almaçan  
que é en cabo da uila (1).

Repartidos por la larga calle están los cuatro decaídos templos que aun conserva la villa: Santo Domingo, Santiago de los Caballeros, San Esteban y San Juan, que, con el de Santa María, pregonan su importancia en otros tiempos. Junto a San Esteban ábrese la plaza, ensanche de la calle Mayor, con soportales en uno de sus lados. En esa larga vía estuvieron los hospitales, alberguerías y las tiendas. Desde sus inmediaciones, el cerro empieza a elevarse rápidamente, y tras las casas que bordean la calle Mayor, apenas si se ven otras construcciones que los ingresos a las cuevas y bodegas, huellas de la riqueza vitícola desaparecida. En sentido contrario, ladera abajo, el pobre caserío se prolonga para formar algunas otras calles y manzanas.

Más allá numerosas aldeas agrupaban sus únicas casas a ambos lados del camino: Valverde del Camino; Herrerías; Triacastela, poblada por Alfonso IX; Manjarín; Murias de Rechivaldo, etcétera.

En la región de Lugo, Sárria, también en la ruta de Compostela, es otra típica villa de camino. A mediados del siglo pasado el plano de Coello la representa formada exclusivamente por una calle bordeada por casas seguidas, al pie de un antiguo castro fortificado.

En una vía secundaria de la peregrinación, que desde Burdeos iba a unirse con la principal en Burgos, estaba Pancorbo, villa asentada en el fondo de un angosto desfiladero, a ambos lados del río Oroncillo. A su disposición longitudinal, de larga calle bordeada por casas, contribuyeron tanto su función itineraria como la rápida pendiente de las montañas que forman la hoz, en cuyo encuentro apenas hay espacio llano. A partir del siglo XIV, Pancorbo empezó a decaer suplantada por Briviesca.

Hay otras muchas villas de camino, extendidas en longitud,

---

(1) *Cantigas de Santa María de don Alfonso el Sabio*, II (Madrid, 1889), núms. 242, 249, 252 y 266, págs. 338-339, 347-348, 351-352 y 371.

repartidas por toda España, creación de rutas de menor importancia histórica o consecuencia del relieve de su solar (1).

### Ciudades de plano regular.

Es clásica la división de las ciudades en espontáneas, creadas y desarrolladas al azar, sin plan preconcebido, lo que no quiere decir a capricho, y las edificadas de nuevo, obra de uno o varios hombres, en un momento dado y con arreglo a un plan concreto. Los planos de las primeras suelen ser irregulares y pintorescos, resultado de una adaptación gradual, instintiva e inconsciente de la función a la necesidad y al medio; los de las segundas obedecen casi siempre a trazados "racionales", de geométrica regularidad.

Es bien sabido que las grandes urbes norteamericanas del siglo pasado, con sus calles normales y sus manzanas rectangulares o cuadradas, en tablero de damas o ajedrez, no representaron novedad alguna en la época de su edificación. Los colonizadores españoles hicieron uso del mismo plano en la América hispánica desde unos doscientos años antes; las ciudades levantadas por ellos son las únicas americanas—ha escrito Lavedan—que desde su origen testimonian un urbanismo consciente; ingleses y franceses no emplearon en el continente norte planos de geométrica regularidad hasta el siglo XVIII (2).

Spengler supone erradamente que este tipo urbano fué producto de la etapa final de una cultura transformada en civilización ("engendros hijos de un finalismo intelectual"), o un ejemplo particular de mecanización ("símbolo típico de la falta de alma"), singularmente puesta de relieve por la aparición de la abstracta ciudad americana (3).

El plano en cuadrícula tiene antecedentes muy remotos y un largo historial a través de las ciudades griegas, helenísticas y romanas. Para bastantes gentes puede ser una novedad que en la

(1) Sobre los pueblos longitudinales en las Vascongadas y Navarra, véase *Los Vascos*, por Julio Caro Baroja (San Sebastián, 1947), págs. 27-28.

(2) Pierre Lavedan: *Histoire de l'Urbanisme, Renaissance et Temps modernes* (París, 1941), págs. 459 y 472. Una buena colección de reproducciones de antiguos planos de ciudades americanas publicamos en la obra *Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en el Archivo de Indias*, introducción por Fernando Chueca Goitia y Leopoldo Torres Balbás, I, láminas (Madrid, 1951).

(3) *La decadencia de Occidente*, por Oswald Spengler, vol. III (Madrid, 1943), págs. 145-146.

Edad Media, época que pasa por la del máximo desarrollo de las agrupaciones urbanas libres, pintorescas e indisciplinadas, se levantasen numerosas ciudades capaces de satisfacer plenamente a los más fanáticos teorizantes clasicistas del Renacimiento y del siglo XVIII. Y aun, anticipándose a unos y otros, las justificó como modelos de la ciudad ideal, tal vez en España antes que en los demás países, por la pluma de un fraile franciscano en la segunda mitad del siglo XIV.

La tradición del plano regular se conservó y fué transmitida a la Edad Media mediante el ejemplo de los campamentos militares, en los que esa ordenación, esencialmente práctica, no sufrió eclipse alguno (1).

Compruébanlo *Las siete partidas* de Don Alfonso el Sabio, al decir "Cómo debe ser aposentada la hueste", aposentamiento "que es así como la puebla de la villa". Con excelente sentido urbanístico explica el monarca que el campo militar ha de disponerse según la conformación "del lugar fuere, luenga o quadrada o redonda", la tienda del señor en medio, todo guardando perfecta ordenación; "si fuere luenga (es decir, rectangular) deben dexas una calle en medio toda derecha; et si fuere quadrada deben dexas dos o fasta quatro, las unas en luengo et las otras en travieso" (2).

Descripciones de algunos campamentos militares medievales, dispuestos para largos asedios, demuestran que el de *Las siete partidas* no es principio exclusivamente teórico, sino regla generalmente seguida. La *Primera Crónica General*, redactada antes de finalizar el siglo XIII, refiere que en el campamento establecido por Fernando III en 1248 en torno a Sevilla, cuando su conquista, había calles y plazas "departidas de todos menesteres, cada uno sobre sí; una calle avie y de los traperos, et de los cambiadores; otra de los especieros et de los alquimes de los melecinaamientos que avien los heridos et los dolientes mester; ... et así de

(1) La hipótesis del origen de los planos regulares de las ciudades medievales en los campamentos militares no es nueva. Pierre Lavedan alude a ella entre los que posiblemente inspiraron el plano de tablero de ajedrez, "sistema militar ideal de los ejércitos en campaña"; "todas las ciudades nuevas que lo presentan son de interés militar" (Pierre Lavedan: *Histoire de l'Urbanisme, Antiquité, Moyen Age* [París, 1926], págs. 442-443). "Este orden (el uso de las líneas y ángulos rectos en los planos de ciudades) provenía de la colonización militar y del desarrollo de formas capitalistas regulares" (Lewis Mumford: *La cultura de las ciudades*, I, Buenos Aires, s. a., pág. 90). El mismo autor cita el plano del monasterio suizo de Saint-Gall como ejemplo de trazado regular en el siglo IX.

(2) *Las siete partidas del rey don Alfonso el Sabio*, part. II, tit. XXIII, ley XX.

cada mester, de cuantos en el mundo podiesen ser, avie de cada uno sus calles departidas, cada unas por orden compasadas, et apuestas et bien ordenadas" (1). La descripción es lo bastante expresiva para permitirnós entrever un plano de cierta regularidad.

Calles que se cortan aparentemente a escuadra hay en la parte añadida a la ciudad de Jaca bajo Sancho Ramírez (1063-1094) y en los nuevos burgos de Pamplona del siglo XII, calles que parece conservan en líneas generales su trazado primitivo. En las páginas siguientes se describen nuevas villas, nacidas en los siglos XII al XIV, cuyos planos son perfectamente regulares. Casi todas las navarras de ese tipo fueron creación de los reyes de la dinastía aragonesa para atraer pobladores extranjeros ("francos"), instalarlos en villas regias e ir formando una clase media de burgueses (mercaderes, artesanos, posaderos, etc.), inexistente en el país. Al mismo tiempo, como la mayor parte de las agrupaciones nuevamente creadas estaban en la ruta de Compostela, favorecían el desarrollo de la peregrinación (2).

Al surgir las más viejas urbanizaciones regulares medievales al sur de los Pirineos en barrios, burgos y villas poblados por "francos", principalmente franceses, es lógico sospechar que esa forma urbana procede del país vecino. Pero los historiadores del urbanismo francés afirman que tan sólo a partir de mediados del siglo XII se levantaron en el mediodía de Francia villas y *bastides* (villas de tipo militar) de plano sensiblemente regular. A él se aproxima el de Montauban (Tarn-et-Garonne), villa fundada en 1144, primer conjunto urbano—dícese—con esas características. De más geométrica regularidad son los planos de Aigues-Mortes (Gard), levantada por Luis IX de Francia a partir de 1240 en las marismas provenzales; de Montpazier (Dordogne), *bastide* creada en 1284; de Mirande (Gers), que lo fué en 1285, y de Sainte-Foi la Grande (Gironde), entre otras muchas agrupaciones urbanas surgidas en ese siglo y en el XIV, singularmente en el sudoeste francés bajo la dominación inglesa (3). En Inglaterra, la ciudad de Winchelsea se construyó a partir de 1277 con calles a escuadra.

(1) *Primera Crónica General*, edic. Menéndez Pidal, I, texto, cap. 1.127, pág. 768. Se ha modernizado algo la ortografía de este párrafo.

(2) Vázquez de Parga, Lacarra, Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*, I, páginas 469 y sigs.; Lacarra: *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón*, págs. 5-7.

(3) Lavedan: *Histoire de l'Urbanisme, Antiquité, Moyen Age*, págs. 312-313, 316-317 y 361-362.

Citanse, entre las numerosas italianas de igual disposición, levantadas en los siglos XIII y XIV, a Portocurone, Gattirana y Pietra-santa.

Los trazados urbanos regulares parecen, pues, preceder en las regiones fronteras de Aragón y Navarra a los del sur de Francia, pero como otros hechos de historia política y social demuestran intensa influencia galicana en esas regiones, convendrá investigar más a fondo sobre las primeras manifestaciones de esos trazados en Francia y hacer un detallado estudio crítico de la cronología de los de Jaca y los navarros.

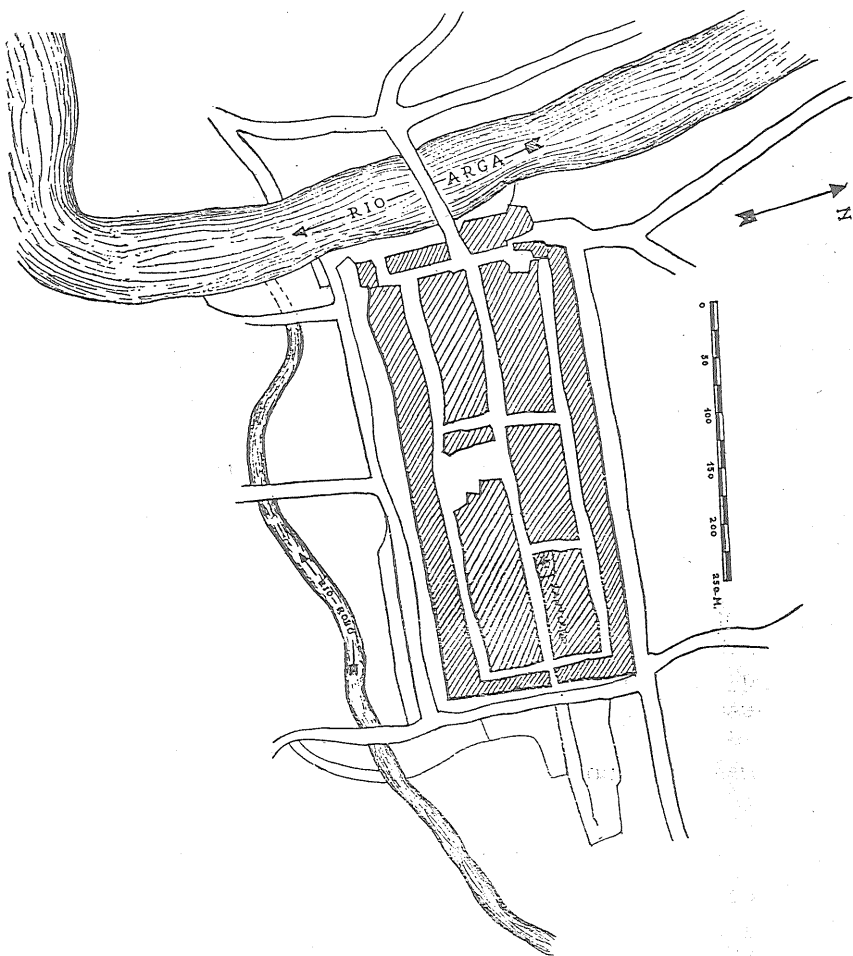
NAVARRA.—Entre las villas navarras de traza regular destacan Sangüesa y Puente la Reina, fundación ambas de Alfonso I el Batallador (1104-1134), anteriores por tanto a las de plano semejante que se citan como más antiguas al otro lado de los Pirineos. Las dos son también villas del camino a Compostela, que, después de pasar por su calle principal y más larga, cruzaba, a continuación, por sendos puentes, el Arga en Puente la Reina y el Aragón en Sangüesa.

Sangüesa recibió de Sancho Ramírez el fuero de Jaca. En 1122 Alfonso I fundó otra población en lugar cercano, en la llanura, *prope illo ponte juxta illo nostro palatio*, dando a este burgo los mismos privilegios que su padre había otorgado al viejo. La nueva población progresaría poco, pues diez años más tarde el citado monarca concedió nuevo fuero para que los francos del burgo viejo inmediato de Rocafort, conocido desde entonces por Sangüesa la Vieja, pudieran poblar en el fundado posteriormente. Y en 1127 daba a un poblador de éste un horno en medio de la villa a cambio de un huerto en una plaza para hacer unos baños, y en 1131 a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, *meum palatium quod est iuxta illa ponte de Sangossa*, y la iglesia de Santa María, que estaba al comienzo del burgo nuevo. Periódicas crecidas del Aragón arruinaron buen número de casas en Sangüesa (en 1330, 1430, 1787, etc.). En 1366 tenía 444 fuegos, tres de ellos de hidalgos y 25 de judíos; hacia 1800 sus casas eran 325, 196 de ellas arruinadas, y la habitaban 2.390 personas (1).

---

(1) José de Yanguas y Miranda: *Dic. de antig. del reino de Navarra* (Pamplona, 1840), I, pág. 207, III, págs. 293-297; Lacarra: *Notas para la formación de las familias de fueros navarros* (*An. Hist. Der. Esp.*, X, págs. 215-216 y 256-257); Vázquez de Parga, Lacarra, Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*, II, pág. 427; *Dicc. Geog.-Hist. de España*, por la Real Acad. de la Hist., II, pág. 297.

Aparentemente ovalado es el núcleo primitivo murado de Sangüesa, con una calle axial recta, camino de la peregrinación; otras transversales que forman ángulos con ella próximos a los 90 grados



*Puente la Reina (Navarra).—Planta actual.*

y varias que, sin ser perfectamente paralelas a la primera, siguen su dirección. Hay, pues, en ese trazado una clara intención de regularidad. Las manzanas, muy extensas, son rectangulares, con



predominio de su longitud sobre el ancho, característica de todas las de barrios y burgos fundados en Navarra en el siglo XII.

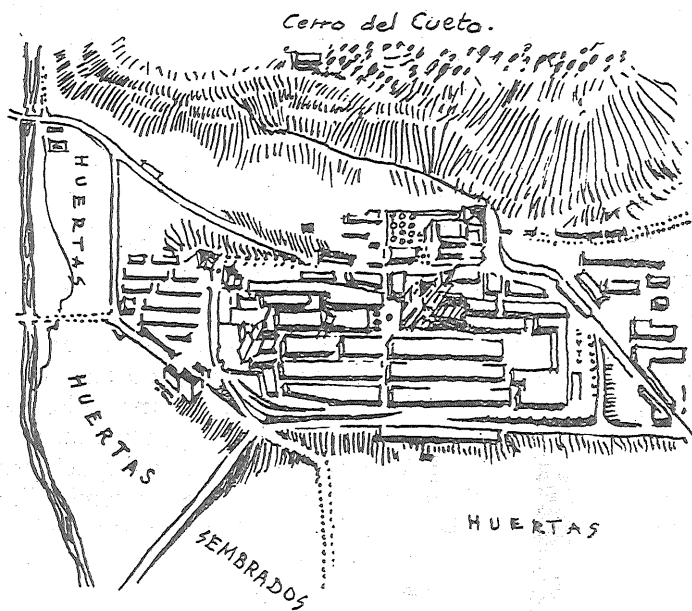
En 1090 ya había francos establecidos en Puente la Reina o Puente de Arga. Deseando don Alfonso el Batallador atraer pobladores, autorizó en 1121 a su monedero para llevarlos, otorgando el año siguiente el fuero de Estella a *totos populosos quicumque ueneritis populare ad illo ponte de Arga, qui etiam cognominatur di illa regina ... et magnam et spontaneam poblacionem faciat ibi*. Para hacer esa gran población, concedióles los terrenos que se extendían desde el puente, construido por una reina navarra para el paso de los peregrinos, hasta el prado de Obanos, sobre Murubarren, donde edificarían las mejores casas que pudiesen. El que no lo hiciera en un plazo de un año y un día, pagaría 60 sueldos. Próximo al nuevo poblado había otro anterior (*populacione uetula de Ponte Regine*), concedido en 1142 por el Rey García Ramírez a Grisón y a los templarios. Los vecinos de Murubarren fueron a habitar en el barrio de San Pedro de la villa recién fundada. Según Garibay, estando asolada Puente la Reina, la pobló en 1274 la Reina Doña Juana, esposa de Felipe I de Navarra. Ciento cuatro eran sus fuegos o vecinos en 1366 (1).

Asiéntase la villa navarra en la confluencia del Arga con el arroyo Robo, fosos ambos de la ciudad medieval. Forma su planta un rectángulo alargado de lados algo curvos, con uno de los menores inmediato al río y al puente, cortado longitudinalmente por una vía central recta, dirigida de este a oeste, tránsito del camino francés a Compostela, "la rúa maior poblada de los rumeus", a la que alude un documento de 1235. A sus extremos abríanse las dos únicas puertas de la cerca. A cada lado de la calle principal hay otra que sigue su misma dirección, pero curvándose en parte de su recorrido. En el centro dejóse una plaza rectangular. Las murallas, con torreones cuadrangulares, se conservan embebidas entre las viviendas. Las manzanas, rectángulos alargados más o menos regulares, son del mismo tipo que las de la población de San Nicolás, del burgo de San Miguel de Pamplona, de los barrios de San Miguel y San Juan de Estella, y de Sangüesa.

(1) Dic. de antig. del reino de Navarra, por Yanguas, II, págs. 780-781; Vázquez de Parga, Lacarra, Uría: *Las peregrinaciones a Santiago*, II, pág. 125; Lacarra: *Notas para la formación de las familias de fueros navarros* (An. Hist. Der. Esp., X, pág. 59); José M.<sup>a</sup> Lacarra: *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro* (segunda serie) (Zaragoza, 1949), pág. 37; Dicc. Geog.-Hist. de España, por la Real Acad. de la Hist., II, págs. 50 y 263-264.

Irreprochable es la alineación de las manzanas de casas de Lerín, en la margen izquierda del río Ega, con calle céntrica longitudinal y dieciséis perpendiculares a uno y otro lado. Tenía muralla y castillo en 1211, cuando la concedió fuero Don Sancho el Fuerte (1). En 1366 eran sus vecinos 215, entre ellos cuatro judíos. Tres años después Don Juan II la rebajó ciertos impuestos por el gran daño sufrido cuando fué la villa tomada por su mandato.

El núcleo viejo de Viana, emplazado en una pequeña eminencia



Viana (Navarra).—Plano esquemático.

desde la que se atalayan vastos horizontes, en el camino de la peregrinación, entre Estella y Logroño, en la frontera navarra, está formado por una única calle transversal y varias normales a ella y paralelas entre sí, aislando manzanas rectangulares muy alargadas, de perfecta regularidad. Repoblóla en 1219 Sancho el Fuerte, como fortaleza frente a Castilla, reuniendo ocho aldeas vecinas y dándola fuero. De entonces será su trazado urbano y la muralla

(1) Marichalar: *Colec. diplom. del rey don Sancho VIII*, págs. 101-102.



*Segovia.*—Vista aérea.



*Ávila.*—Vista aérea.

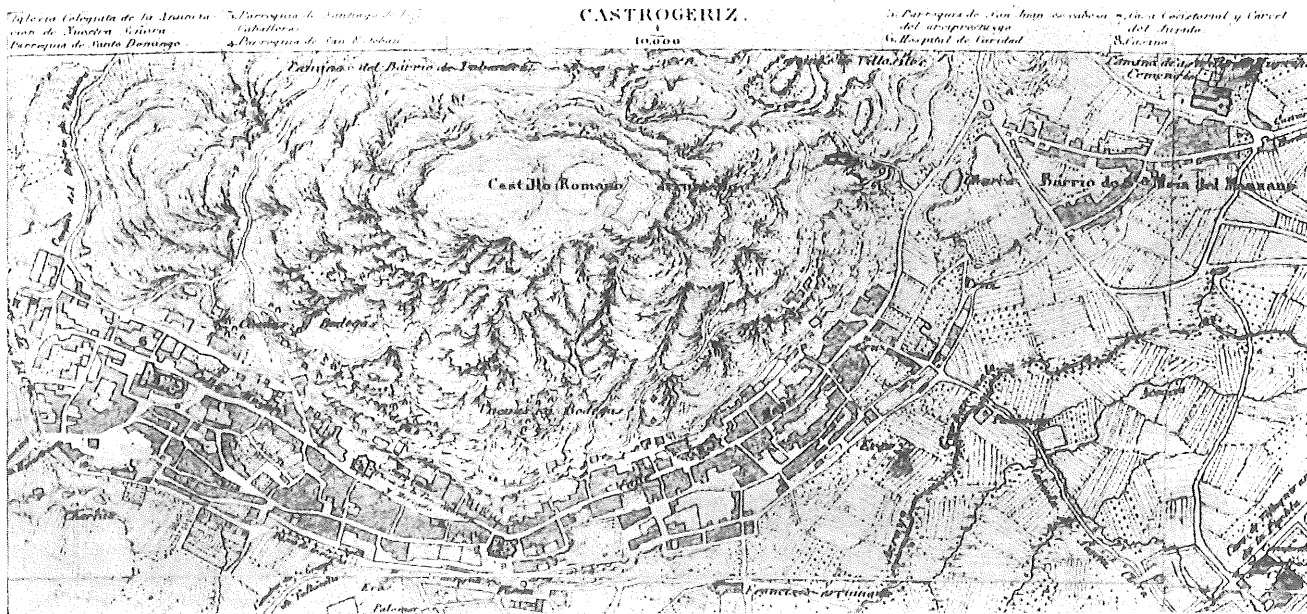


*Pamplona.—Vista aérea.*



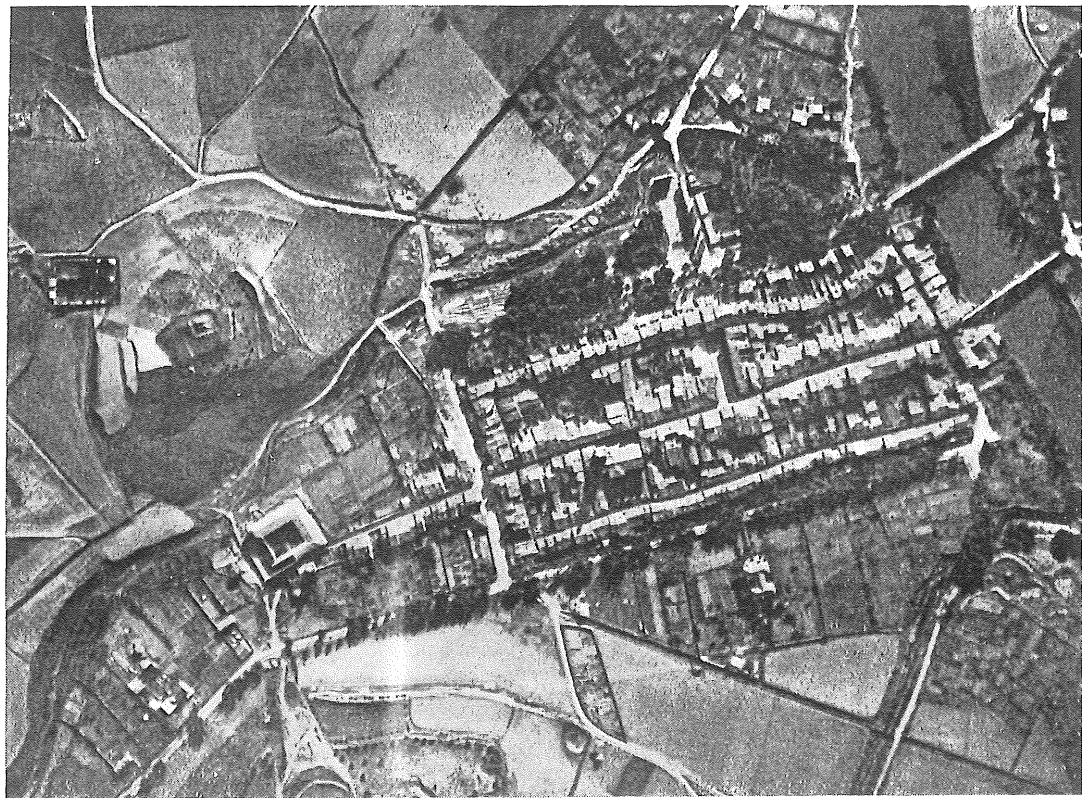
*Estella (Navarra).—Vista aérea.*

100,000



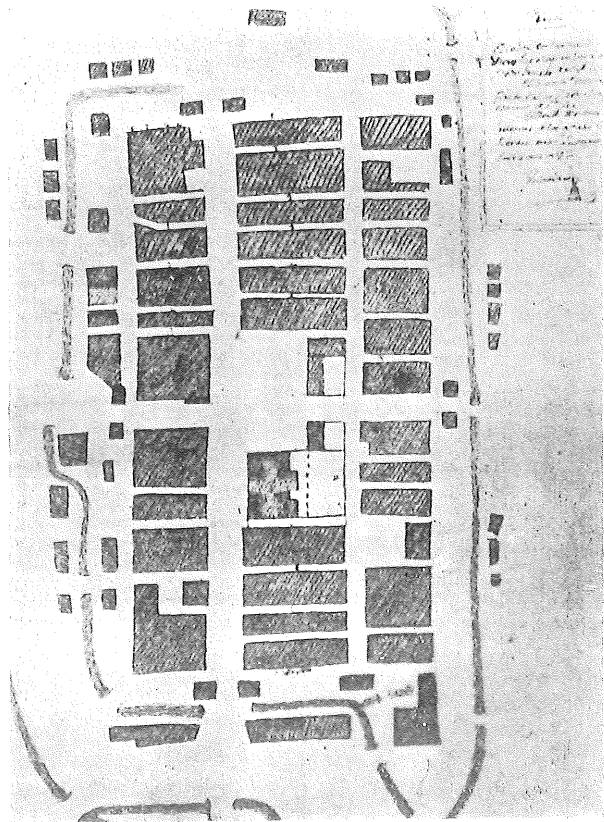
*Castrojeriz* (Burgos).—Plano en 1868. (Plano de F. Coello.)



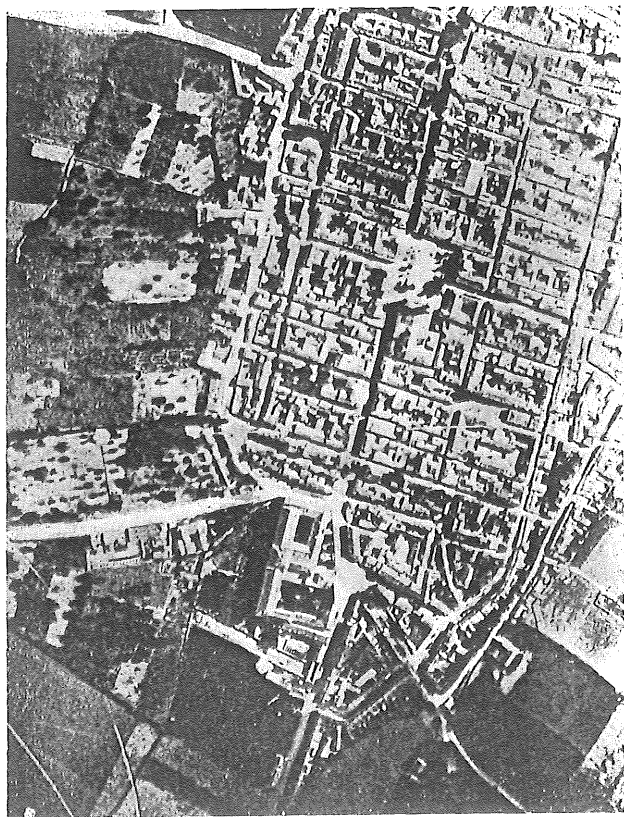


*Puente la Reina (Navarra).—Vista aérea.*





*Santa Fe* (Granada).—Plano dibujado por Quintanilla hacia 1770.



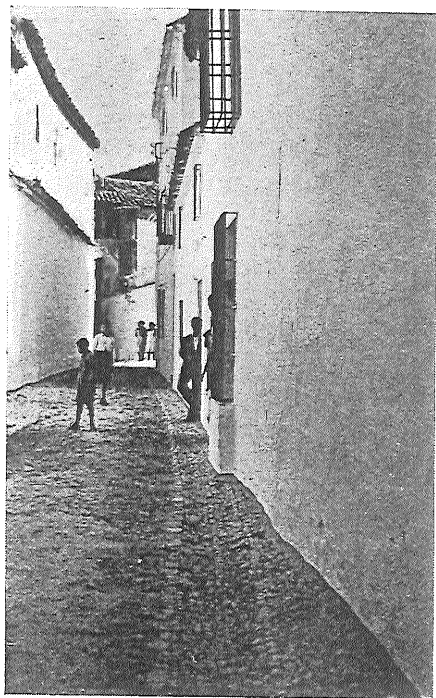
*Santa Fe* (Granada).—Vista aérea.



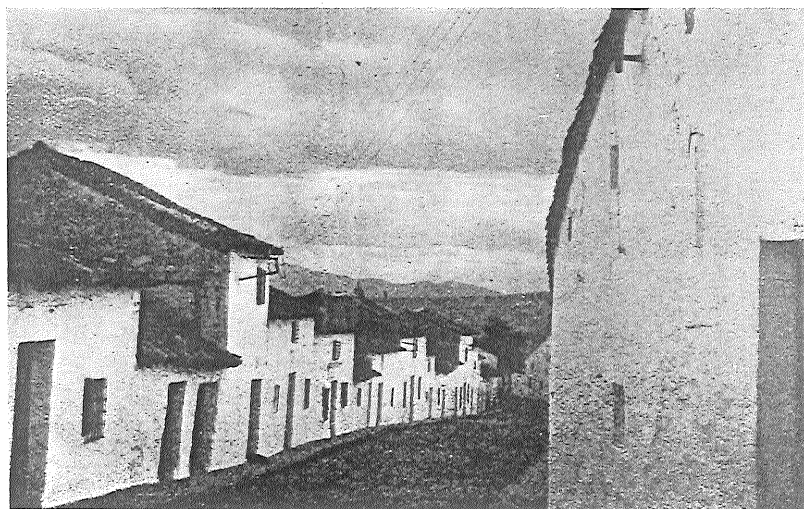
*Aranda de Duero* (Burgos).—Plano en perspectiva dibujado en los primeros años del siglo xvi. (Archivo de Simancas.)



*Aranda de Duero* (Burgos).—Plano en 1868. (Plano de F. Coello.)



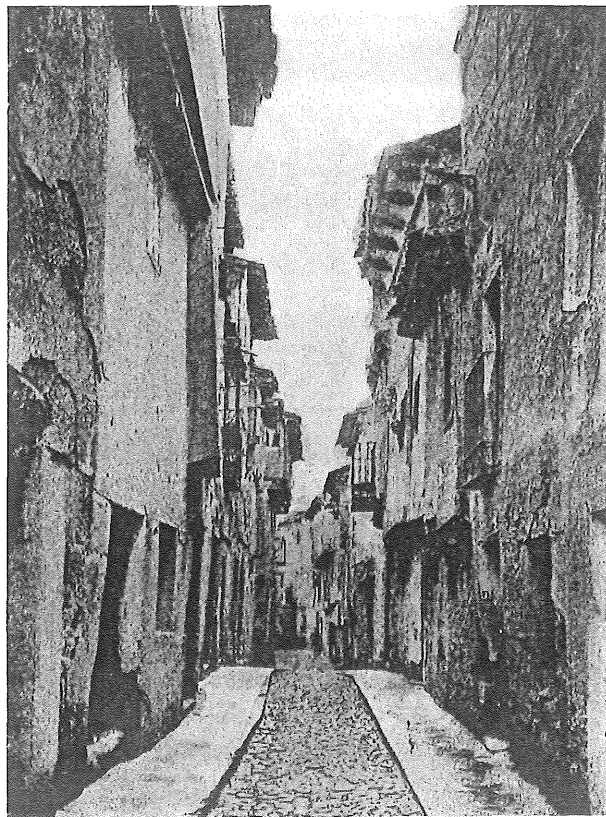
*Bacna* (Córdoba).—Calle.



*Bailén* (Jaén).—Calle.



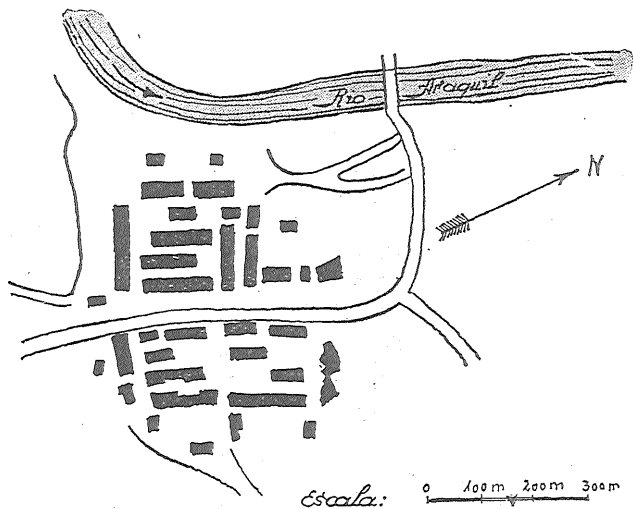
*Gerona*.—Calle de la Judería. (Fot. Más.)



*Sigüenza* (Guadalajara).—Travesaía baja.

que la rodeaba y protegió eficazmente en 1274, al asediarla Alfonso X, en cuya ocasión los mismos vecinos derribaron todas las construcciones fuera de muros, más numerosas que las del interior. Las tropas de Enrique IV se adueñaron de Viana en 1461. Cinco años estuvo en poder de los castellanos, quedando tras ellos muy disminuída y despoblada. En 1366 contaba 265 vecinos; 45 eran judíos (1).

Disposición urbana semejante a la de Puente la Reina es la



Echarrri-Aranaz (Navarra).—Plano esquemático.

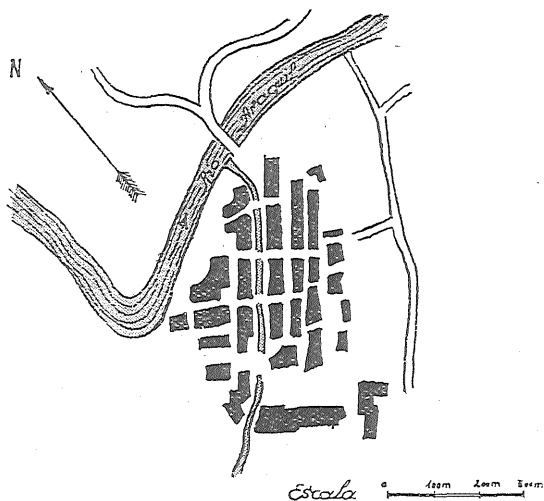
de la pequeña villa de Zúñiga, en la frontera de Alava. Tiene planta concentrada con perímetro ovalado y tres calles longitudinales alineadas, ligeramente curvas, y cinco transversales. Poseyó muralla para defensa contra los castellanos, de la que quedan escasos vestigios. Villa realenga, su fuero es de 1278 (2).

Por los años de 1312, fecha de su fuero fundacional, levántose el pueblo de Echarrri-Aranaz, situado en llano, a la orilla derecha del río Araquil, con fines militares, como defensa de la tierra

(1) *Dicc. Geog.-Hist. de España*, por la Real Acad. de la Hist., II, pág. 443; Yanguas: *Dic. de antig. del reino de Navarra*, III, págs. 486-488; Marichalar: *Colec. diplom. del rey don Sancho VIII*, doc. CVII, págs. 149-152.

(2) *Geografía del País Vasco-Navarro, Provincia de Navarra*, por Julio Altadill, II (Barcelona, s. a.), págs. 678-680.

contra los habitantes de la próxima alavesa, concentrando a los vecinos de la inmediata Aranaz en torno a la “bastida”, casa fuerte o torreón llamado Echerri. Sus vecinos eran tenidos por francos. Pero su principal edificación fué a partir de 1351, cuando el rey Don Carlos II comisionó al caballero don Juan de Monleón para levantar junto al puente, que ya existía, su cerca y desaparecidas fortificaciones (1). Una amplia calle o paseo divide en



Huarte-Araquil (Navarra).—Plano esquemático.

dos partes la villa, formada por manzanas largas y estrechas, entre las que se abren algunas plazas y espacios libres.

El mismo tipo de manzana se repite en la villa, de carácter más rural que las anteriores, de Huarte-Araquil, fundada por don Carlos II en 1359, probablemente obedeciendo a idénticas razones militares por las que se creó la no muy distante de Echarri-Aranaz. También para que la puebla de aquélla “fuese brevemente acabada y llena de habitantes”, el gobernador del reino, hermano del monarca, deseando dar fin a las obras comenzadas por éste, mandó que los habitantes de las pequeñas villas y aldeas cercanas entrasen en la puebla de Huarte, y que ninguno quedase en aquéllas. Tiene hoy esa villa tres calles longitudinales, amplias y

(1) Yanguas: *Dic. de antig. del reino de Navarra*, I, págs. 372-376.

desiguales, y dos plazuelas. Por la central de aquéllas, la calle del Río, corre un arroyuelo, ahora cubierto.

Sartaguda estaba despoblada en 1495, a causa de las guerras del siglo anterior (1). Su plano es casi cuadrado. Cinco rectas calles y una extensa plaza rectangular interrumpen el caserío, perfectamente alineado.

En 1482, siendo fray Miguel de Peralta abad del monasterio cisterciense de Fitero, en torno al cual está la villa vieja, de trazado irregular, amplióse el caserío, atrayendo nuevos vecinos con la cesión de solares para edificar viviendas y otros privilegios. A esa campaña repobladora corresponderá el barrio más moderno, de planta aproximadamente rectangular, formado por cuatro calles longitudinales, paralelas, y pocas transversales que limitan manzanas estrechas y largas.

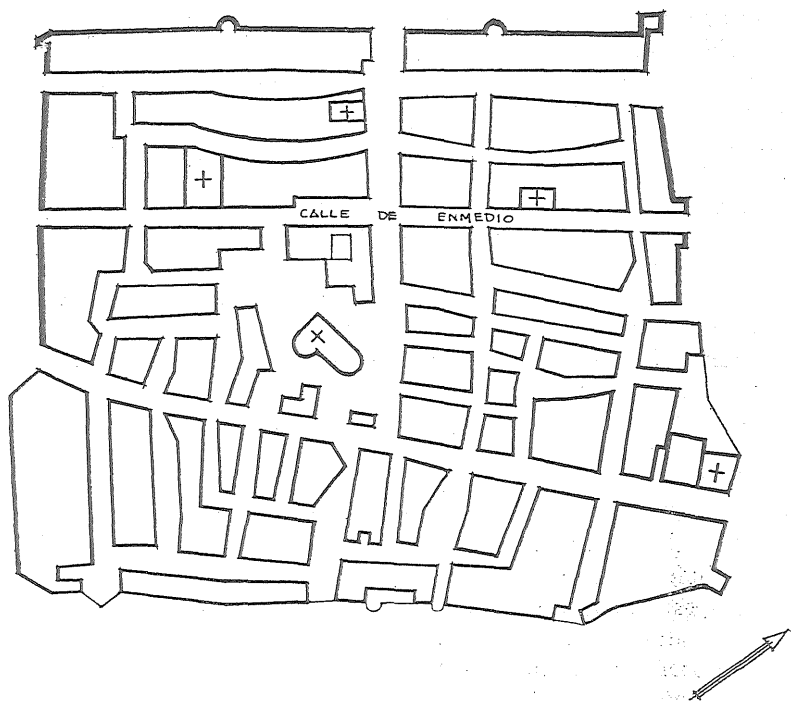
LEVANTE.—Hay en la comarca de Castellón varias villas y ciudades cuyo núcleo central conserva, por la ley de persistencia del plano, la perfecta regularidad de su trazado primero: Castellón, Villarreal, Nules, Almenara, Soneja, etc. Casi todas deben su creación a Jaime I y a sus inmediatos sucesores, los reyes de la monarquía aragonesa-catalana.

Al conquistar esos territorios encontraron agrupaciones urbanas hispanomusulmanas muy reducidas, ocupando lugares abruptos, favorables a la defensa; en las fértiles vegas y tierras bajas abundaban las alquerías. Para vigilar y tener inmediatos y seguros a los labradores sometidos—los mudéjares—y cultivar más intensamente las tierras susceptibles de regadío, crearon los monarcas pequeñas villas reales, asentadas en el llano, abandonando las antiguas emplazadas en sitios enriscados.

El tipo de nuevo poblado fué de suma sencillez, como de reducido campamento romano: un rectángulo, con cuatro cubos en los ángulos, cortado por dos calles perpendiculares, formando cruz, en cuyo encuentro se dispuso la plaza y en ésta la iglesia, casa del concejo, cárcel, etc., mientras en sus extremos se abrían puertas fortificadas. Las calles secundarias se trazaron paralelas a las del crucero. Estas villas levantinas son de más geométrica regularidad que las navarras; además, la colocación de una plaza central con la iglesia y la casa del concejo, supone alguna mayor complejidad urbana.

(1) Yanguas: *Dic. de antig. del reino de Navarra*, I, pág. 149; II, pág. 193, y III, págs. 323-324 y 538-540.

La alquería de Benirabe, de escasa importancia, conquistada por Jaime I en 1233, llamóse después villa de “Castellionis de Burriana”. En 1251, a petición de sus pobladores, les concedió el monarca autorización para trasladarla desde la vertiente del monte donde hoy está la ermita de la Magdalena al palmeral de Burriana, en la unión entre las tierras llanas y regables y las de se-



*Castellón de la Plana.*—Plano del núcleo primitivo de población.

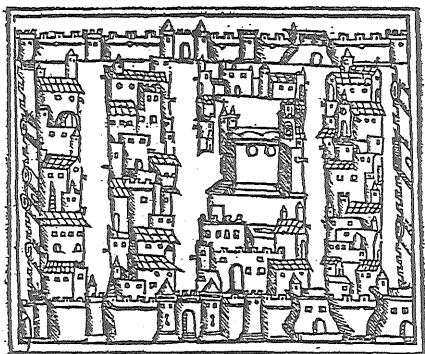
cano, en un cruce de caminos. Por una concesión hecha en 1272 a los habitantes del *arraphali de Castillione*, *quod est ad januam miganam*, consta que ya entonces tenía recinto amurallado, con varias puertas, y arrabal. Medio siglo después, los judíos de Castellón adquirirían terreno para su fonsario. Por entonces, en el siglo XIV, alcanzó gran prosperidad; en 1357 eran sus fuegos u hogares 1.100.

En el plano actual de Castellón se marca, perfectamente defi-



nido, el núcleo rectangular primitivo, al que daban ingreso seis puertas, cuatro correspondientes a los extremos de dos calles longitudinales, y las otras dos a una transversal. Todas son rectas, anchas y llanas. En la plaza vieja estaban la iglesia mayor y la casa consistorial. Reconstruyéronse las murallas en 1712, con motivo de la guerra de Sucesión, y volvieron a reforzarse en 1837, como consecuencia de la carlista (1).

En el centro de la Plana, en solar completamente a nivel, se

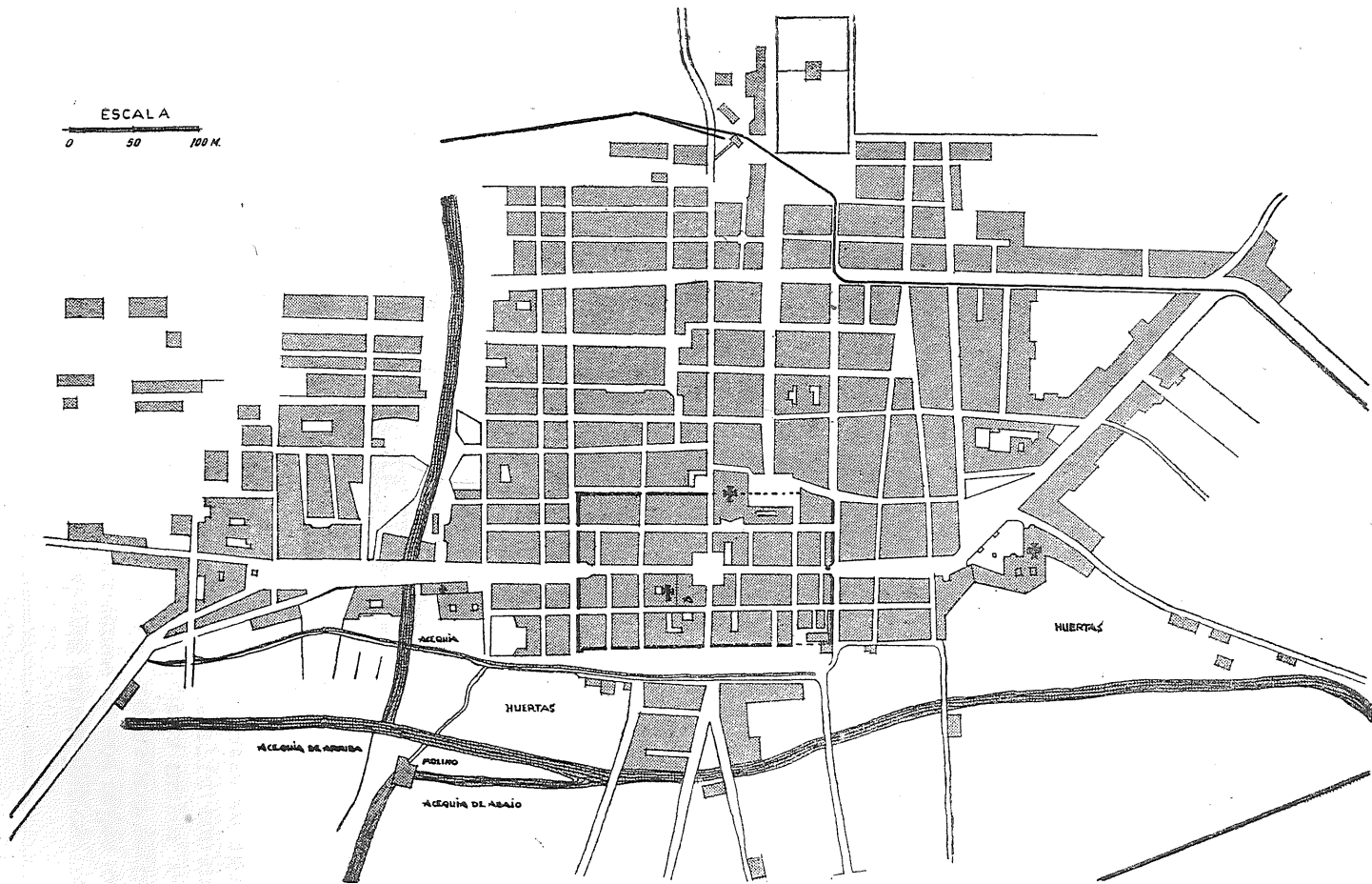


Castellón de la Plana, según un grabado de la obra de Viciano, *Tercera parte de la crónica de Valencia* (1564).

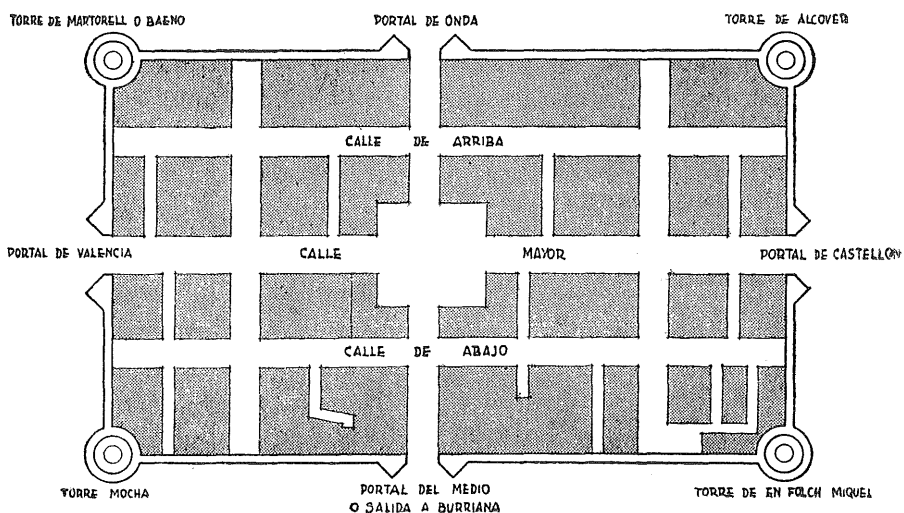
halla Villarreal de Burriana, edificada por orden de Jaime I junto a una acequia nueva debida también a su iniciativa, según consta en un privilegio de 1272; comenzó a levantarse un año antes, y en la fecha citada parece que estaba bastante adelantada su edificación. La carta puebla, según fuero de Aragón, es de 1274. Cinco años más tarde Pedro III concedía privilegios a los moros de Biar y la frontera de Castilla que fueran a poblar Villarreal (2). Escasos serían los pobladores, pues en 1301 Jaime II daba a don

(1) Manuel Beti Bonfill: *Orígenes de Castellón. Sus primeros señores* (Bol. Soc. Castellonense de Cult., VII, 1926); P. Ramón de María: *Del Castellón viejo o del Sas* (Bol. Soc. Castellonense de Cult., XIV, 1933); J. Sánchez Adell: *Las murallas medievales de Castellón* (Bol. Soc. Castellonense de Cult., XXVIII, 1952); Honorio García: *Del "Castelló de Burriana" al Castellón de la Plana* (Bol. Soc. Castellonense de Cult., XXVIII, 1952); Vicente Castañeda y Alcover: *Relaciones geográficas, topográficas e históricas del reino de Valencia*, hechas en el siglo XVIII a ruegos de D. Tomás López (Rev. de Arch., Bib. y Museos, tercera época, año XXII, t. XXXVIII, 1918, pág. 392).

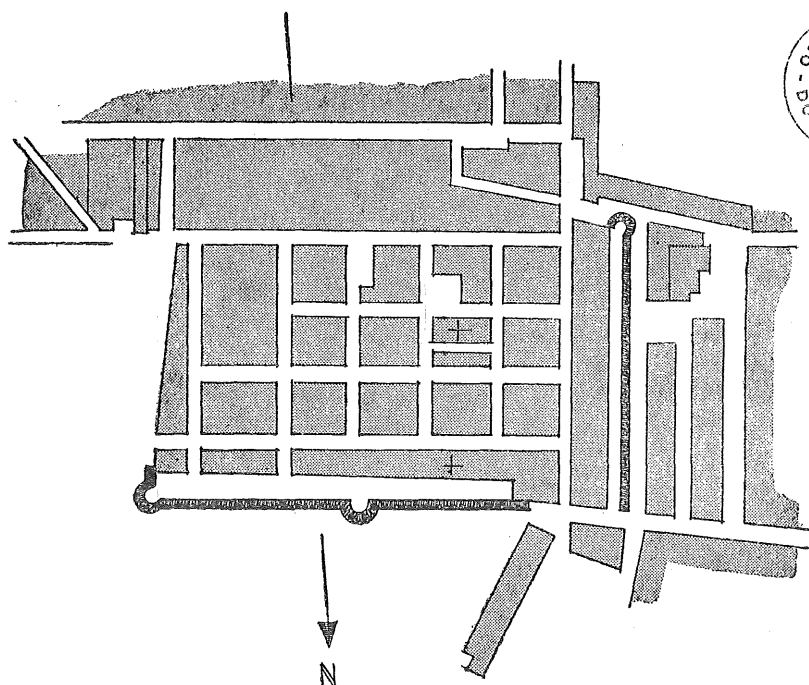
(2) Fernández y González: *Estado social*, doc. LI, pág. 366.



Villarreal (Castellón).—Plano actual con el núcleo primitivo, señalado por su muralla (trazo grueso).



Plano de *Villarreal* (Castellón) en el siglo xvi.

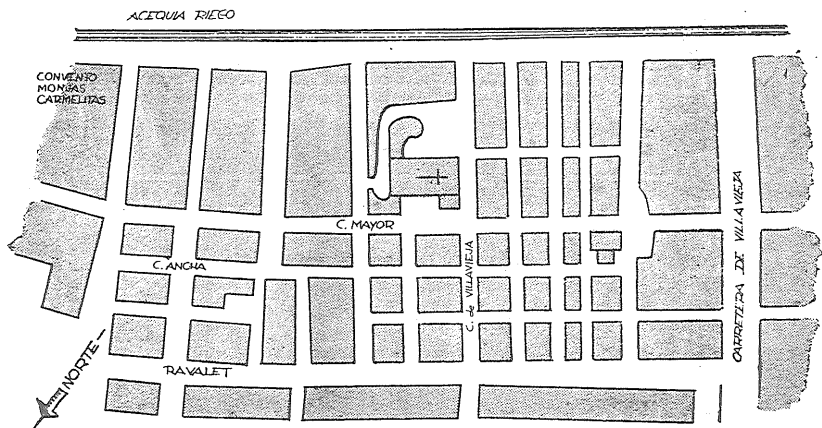


*Almenara* (Castellón).—Plano.

Guillermo de Gallifa las casas, patios y baños sin propietario que había en Villarreal.

La planta primitiva dibujaba un rectángulo rodeado de muros, con torreones cilíndricos en los vértices. La calle Mayor era su eje longitudinal, y a cada lado había otra, paralelas ambas y simétricas. Cortábanlas normalmente tres más, guardando el mismo orden; las traviesas eran más estrechas (1).

Tuvo Almenara doble recinto rectangular de murallas, con



Nules (Castellón).—Planta actual.

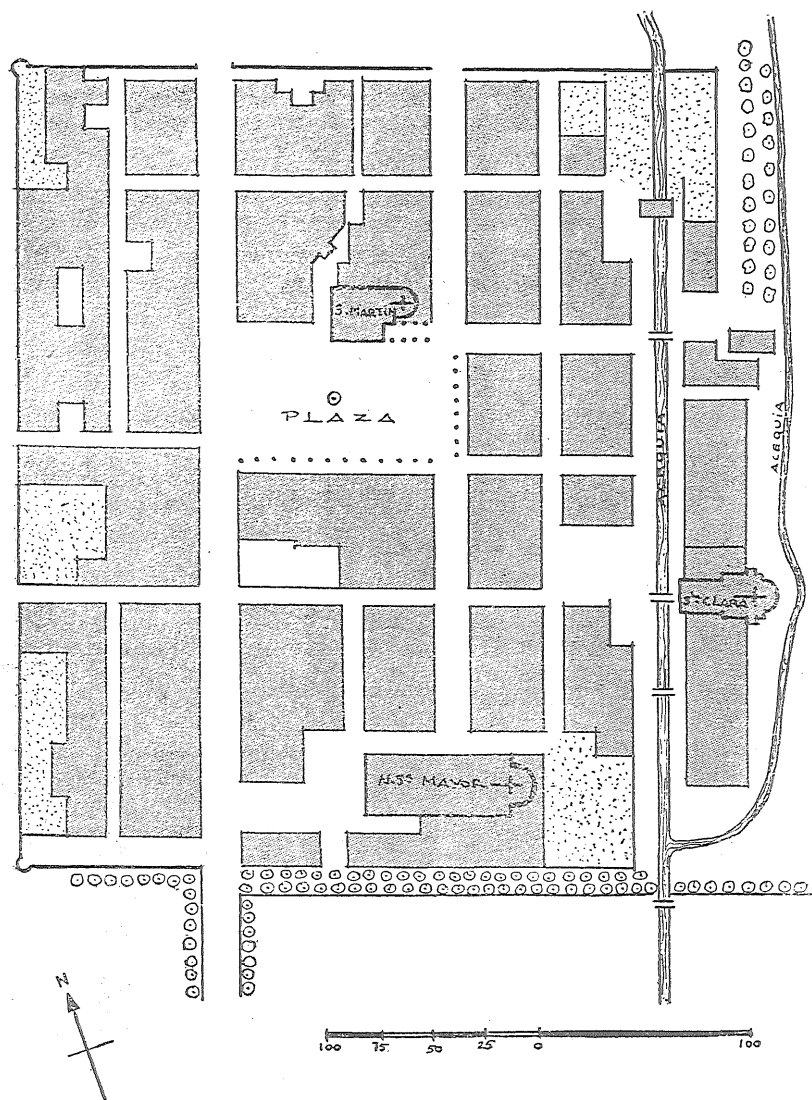
torres en los ángulos, encerrando cuatro calles paralelas, orientadas de este a oeste, y seis perpendiculares equidistantes. Según Méndez Silva, la conquistó Don Jaime I en 1238, poblándola veinte años después (2).

Soneja pasó a manos del mismo monarca en 1245. Sus dos calles principales se cortan normalmente en una plazoleta; inmediata está la plaza Mayor con la iglesia y el ayuntamiento.

A comienzos del siglo XIV fué trasladada Nules desde su antiguo emplazamiento, sobre un alto cerro llamado Vilavella, al actual en la Plana. En el núcleo urbano primitivo hay doce calles, paralelas unas y otras normales a éstas, limitando manzanas rectangulares; casi en el centro está la plaza, con la iglesia.

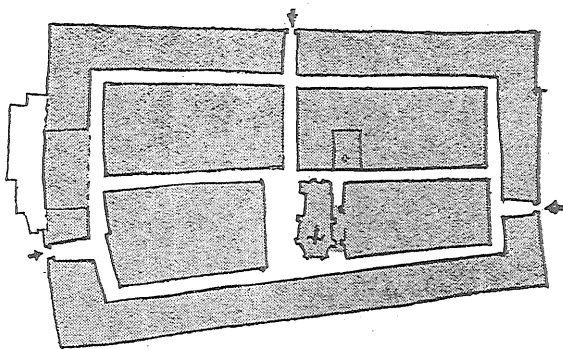
(1) *El "Repartiment" de Burriana y Villarreal*, por el P. Ramón de María (Valencia, 1935), págs. XXII-XXIII, 87-90, 106, 117-121, 145 y 150-151.

(2) Rodrigo Méndez Silva: *Población general de España* (Madrid, 1775), f. 209.



*Briviesca (Burgos).—Plano.*

CASTILLA.—Briviesca, ciudad de abolengo romano—Virovesca—, mencionada en el Itinerario de Antonino, tenía su asiento en el siglo XII en la ladera oriental de la cuesta de San Juan, en la margen derecha del río Oca. A la infanta doña Blanca, hermana de Sancho VIII, atribúyese la mudanza de su emplazamiento a la orilla opuesta, donde hoy se encuentra, realizada en 1208 (1). Otra infanta del mismo nombre, hija de Alfonso de Portugal y señora de las Huelgas de Burgos, parece que fué la que reunió a los moradores de los diferentes barrios que componían la villa en el interior de un recinto murado, construído, en unión del alcázar, hacia 1314, bajo la dirección de Pero Venalte; en 1313 la infanta



Foncea (Logroño).—Planta primitiva reconstruída. (Según el arquitecto Gerardo Cuadra.)

dió fuero a los vecinos (2). Adquirió más importancia, a costa de Pancorbo, al pasar a manos de la familia de los Velasco, por cesión de Enrique II en 1366 a don Pedro Fernández de Velasco.

Forma el núcleo primitivo de Briviesca un rectángulo perfecto, que estuvo cercado por tapias de cantos sin labrar y tierra, con torreones en los ángulos y cuatro puertas, aun existentes a mediados del siglo XVI, ingreso a las dos calles principales. Las longitudinales son cuatro paralelas, de mayor amplitud las intermedias que las extremas. Aquéllas limitan la plaza Mayor, situada aproximadamente en el centro del recinto, rectangular, con sopor-

(1) *Esp. Sag.*, XXVII, págs. 11-12.

(2) P. Fray Eduardo Martínez: *Colec. diplomática de Santo Domingo de Caleruega*, 1931, núm. 74; Madoz: *Diccionario*, IV, pág. 459; Rodríguez López: *El Real Mon. de las Huelgas de Burgos*, I, colec. dip. núms. 103, 133, 134, 134 (a) y 141 (a), págs. 485, 524-526 y 540-541; *El fuero de Verviesca y el fuero real*, por don Juan Sanz García (Burgos, 1927).

tales, iglesia parroquial (la colegiata está en otra plaza, pequeña), casa municipal, peso, carnicería, cárcel y una fuente en su centro. Las calles transversales son perpendiculares a las longitudinales y en mayor número. Aunque la parte más vieja del caserío y los templos no son anteriores a la primera mitad del siglo xvi, el trazado de la villa remontará, como se dijo, a principios del xiv y responde a influencia de las *bastides* del sudoeste de Francia.

Al reinado de los Reyes Católicos se atribuye, muy verosíblemente, la urbanización de la villa riojana de Foncea, a tres leguas de Haro, en cuyas inmediaciones abundan los vestigios romanos. Despoblada en gran parte a fines del siglo xv, a causa de repetidas epidemias, se trasladó, en busca tal vez de mejores condiciones higiénicas, a sitio no muy distante de su primitivo solar. La nueva villa forma un rectángulo que contiene otros cuatro, con calles iguales y alineadas y cuatro puertas. En la iglesia, situada en el centro, en la casa de la villa y en un arruinado hospital-escuela, figuran las armas del cardenal Mendoza. Es probable que en su estructuración interviniera don Juan Ortega, provisor de Villafraña, abad de Foncea y de Santander, al que Fernando el Católico hizo en 1486 una espléndida donación en Loja, por su brillante actuación en su conquista, o un bachiller Foncea, natural de esta villa, canónigo de la catedral de Toledo, familiar y protegido del citado gran cardenal (1).

VASCONGADAS.—A sugerión de las *bastides* de la próxima región sudoeste de Francia, como Briviesca, creo que responden las villas vascongadas de plano regular: Durango, Bermeo, Tolosa, Salvatierra, Bilbao, Marquina y Garnica (2).

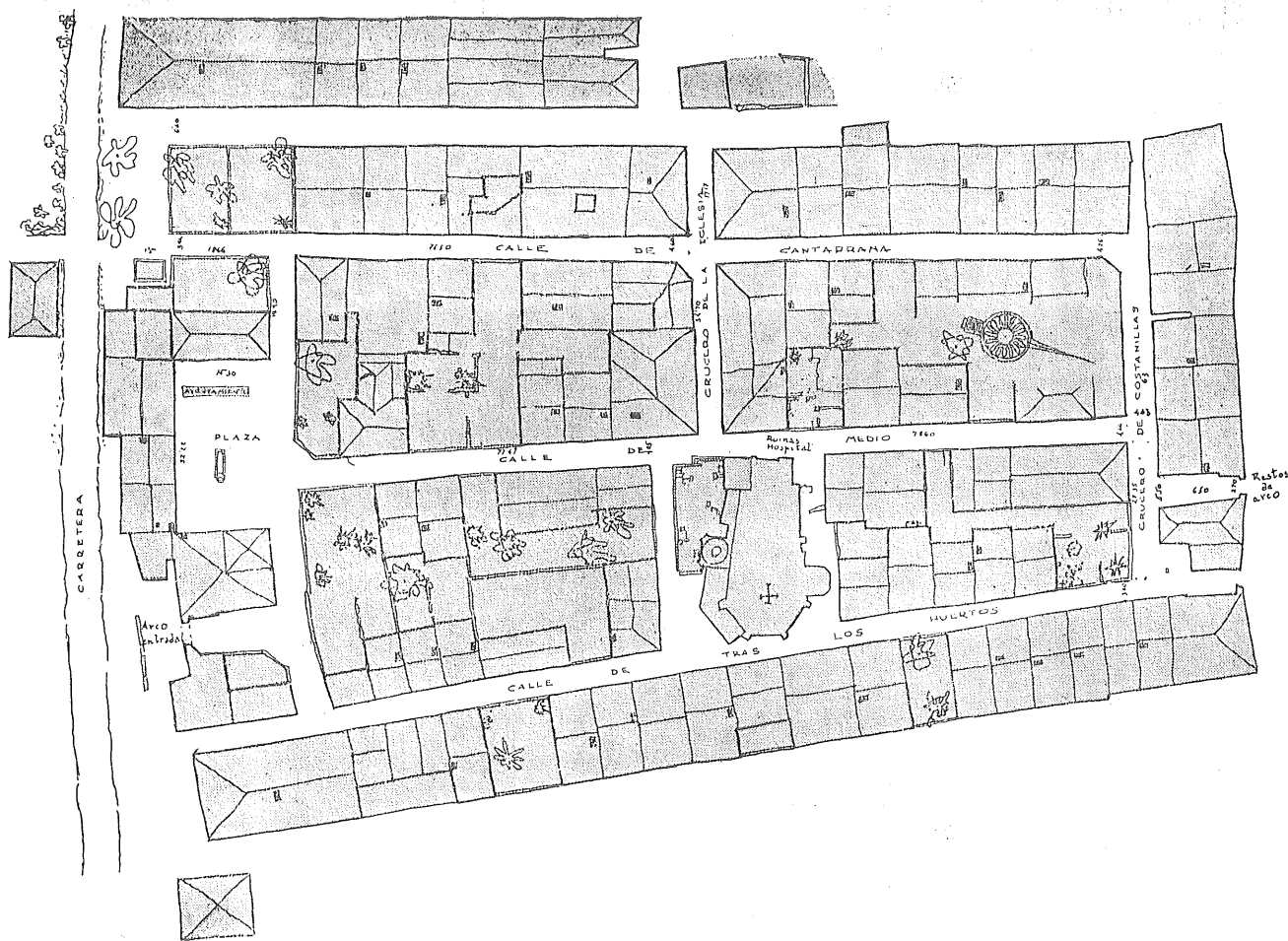
El núcleo primitivo de Durango tiene cinco calles paralelas. En los extremos de las de enmedio (*artekale*) y arriba (*goyenkale*) hay sendas plazas y parroquias. De hacia 1180 son los fueros dados por Sancho el Sabio a Durango, no conservados en su forma primitiva (3).

---

(1) *Dicc. Geog.-Hist. de España*, por la Real Academia de la Historia, sección II; comprende la Rioja, o toda la provincia de Logroño y algunos pueblos de la de Burgos, por don Angel Casimiro de Govantes (Madrid, 1846), págs. 70-72; Madoz: *Diccionario*, VIII; *La Ciudad y Castillo de Burgos*, por Teófilo López Mata (Burgos, s. a.), pág. 120.

(2) Para la descripción de casi todas estas villas vascongadas, sigo a Caro Baroja: *Los Vascos*.

(3) J. A. Llorente: *Noticias históricas de las tres Provincias Vascongadas*, IV, página 255; Lacarra: *Notas para la formación de las familias de fueros navarros* (*An. Hist. Der. Esp.*, X, pág. 248).



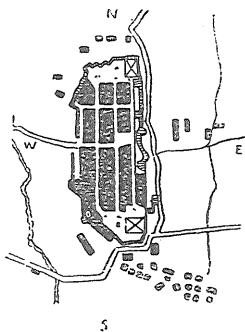
Foncea (Logroño).—Croquis de planta. (Plano de Gerardo Cuadra Rodríguez, arquitecto.)



Forman el pueblo costero de Bermeo cinco calles longitudinales y cuatro transversales. Su fuero es de 1236 (1).

El fuero de Tolosa, trasunto, como otros varios de villas vascongadas, del de Vitoria, data al parecer de 1256. Tres años después Alfonso X concedía un privilegio a sus vecinos eximiéndolos de portazgo en todo el reino, excepto en Toledo, Sevilla y Murcia, “para que se pueble mejor e cerque” (2).

Tolosa era etapa importante en la ruta, comercial y religiosa a la par, de Burgos a San Sebastián, Fuenterrabía y Bayona, y fortaleza en la frontera navarra. A la primitiva fundación co-



Salvatierra (Alava).—Plano esquemático.

rresponden tres calles paralelas y largas. La plaza Mayor es muy posterior, de fines del siglo XVII ó comienzos del XVIII.

El mismo año de 1256 concedió Alfonso X el fuero de Vitoria a Salvatierra, villa la más importante de la llanada alavesa: “por grande favor que he de facer bien e merced a todos los pobladores de la mi puebla que yo fiz e puse nombre Salvatierra, que ante había nombre Hagurahin”. En 1270 se cercaba la villa, cerca aun no terminada en 1286. Una arteria principal, la calle Mayor, unía la puerta de Santa María con la de San Juan. A poniente y oriente hay otras dos calles, paralelas a la axial, con sendas plazas en sus extremos e iglesias que servían de refuerzo a la muralla (3).

El señor de Vizcaya don Diego López de Haro otorgó en 1300

(1) *Dicc. Geog.-Hist. de España*, por la Real Acad. de la Hist., I, pág. 167.

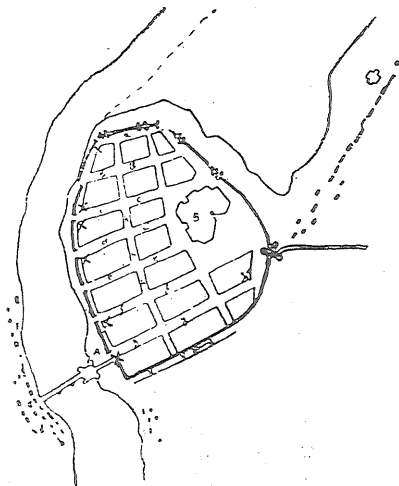
(2) Ballesteros: *Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla* (*Bol. de la Acad. de la Hist.*, CVI, pág. 140).

(3) *Cosas de Salvatierra*, por Fortunato Grandes (Vitoria, 1939), págs. 3, 7-8, 21, 36, 97, 99, 143 y 289.

una carta foral en la que concedía a los pobladores de Bilbao la exención de tributos y demás franquicias consignadas en el fuero de Logroño. A mediados del siglo XIV se hallaba ya rodeada de torres y fortificaciones. El Bilbao primitivo constaba de siete calles paralelas, cortadas por otras—cantones—, de trazado algo curvo (1).

La villa de Marquina tiene una calle central, dos laterales y otras transversales. Su fuero es de 1355 (2).

Un señor de Vizcaya expidió fuero de población a Guernica



*Bilbao.*—Plano esquemático del núcleo inicial de la ciudad.

en 1366. Antes de su reciente destrucción, formaban el núcleo inicial de la villa, como en Durango, cuatro calles paralelas y una transversal (3).

ANDALUCÍA.—En 1483 fundaron los Reyes Católicos Puerto Real, en terreno llano, en el seno más interior de la bahía de Cádiz. Trataban de mantener así el dominio regio en dicha bahía,

(1) Sigo a Caro, *Los Vascos*, págs. 39 y 49, y a Vázquez de Parga, Lacarra, Uría, *Las peregrinaciones a Santiago*, II, págs. 510-511, los que a su vez se apoyan en Llorente, *Noticias históricas... Vascongadas*, parte II, t. II, págs. 283-284, y T. Guiard, *Historia de la noble villa de Bilbao*, I (Bilbao, 1905), págs. 9-11, 59 y 204.

(2) Floranes: *Mem. y priv. de Vitoria*, pág. 143.

(3) Caro: *Los Vascos*, págs. 30 y 49.

mediatizada por las casas de Medinaceli y Arcos. La carta-puebla se conservaba en el archivo municipal de la villa. Fué el pesquisidor, licenciado De la Fuente, "a señalar el lugar que mandó el rey que ficiesen e señalaron el castillo e la plaza, e pusieron una forca por señal de justicia" (1). A mediados del siglo xvi tenía 400 vecinos y sus calles, de "humildes casas", eran largas y bien trazadas" (2). Señoreada y casi destruída por las tropas del Archiduque en 1702, tras su intento fallido de expugnar Cádiz, su-



Guernica (Vizcaya).—Plano esquemático del núcleo central antes de su reciente destrucción.

frió mayor ruina poco más de un siglo después, durante la guerra de la Independencia.

Con trazados de relativa regularidad se siguieron levantando durante la Edad Media las efímeras ciudades militares de asedio; la máxima eficacia de las actividades castrenses exigía un cierto orden en la instalación de las tropas, continuando la milenaria tradición romana. A él parece obedecían los campamentos dispuestos en la entrada hecha en 1431 por Don Juan II y don Alvaro de Luna en la vega de Granada y por el Rey Católico en 1489, frente a

(1) *Bandos en Jerez: Los del Puesto de Abajo*, por Juan Moreno de Guerra y Alonso (Madrid, 1929), pág. 106. Véase adición pág. 215.

(2) Agustín de Horozco: *Historia de la ciudad de Cádiz* (Cádiz, 1845), pág. 311; Madoz: *Diccionario*, t. XIII, págs. 288 y 299.

Baza. En aquella ocasión, fué cercado el real “de un grand palenque, muy bien ordenado. Sería la cerca del palenque de tanto compás como la cibdad de Sevilla. E mandó dexar en él quatro puertas, por do entrassen e saliesen en el real, que estaba ordenado por sus calles en muy fermoso asiento” (1).

Del campamento de Baza refiere el cronista Pulgar que “era como una villa, donde avía más de mill casas fechas”; “el Rey mandó hacer casas en el real para defensa del frío y de las aguas que con el tiempo del invierno esperaban. E luego los grandes, y caballeros, y capitanes que estaban en el real, hicieron casas de tapias, e cubiertas de madera e teja, de tal manera que era defensa para las torturas del frío y del sol. E en hazer destas casas ovo tanta diligencia, que en espacio de cuarenta días se ficiéron más de mil casas, puestas en orden por sus calles. E allende de las casas, todas las otras gentes de pie hicieron chozas, cubiertas de tal manera que defendían del frío e de las aguas” (2).

Acaba de confirmar la conservación de los trazados regulares por su empleo en los campamentos uno famoso, convertido en ciudad permanente, el de Santa Fe, al que dieron este carácter los Reyes Católicos para mostrar a los sitiados su inquebrantable voluntad de adueñarse de Granada.

El monarca estableció su campamento en una llanura algo pantanosa, a dos leguas de Granada, junto a una fuente llamada los ojos de Huecar, el 28 de abril de 1491. El 14 de julio, un incendio fortuito destruyó la tienda de la reina y muchas casas de ramas de las que había en el real. Los monarcas mandaron inmediatamente reconstruir el campamento a poca distancia del anterior, ordenando, dice la *Crónica* del cura de Los Palacios, “cercar el real muy bien de paredes e cavas, como lo tenía por costumbre en los otros cercos” (3). Esta nueva ciudad, en la “que durante la guerra el ejército pudiese seguramente invernar”, “trazada en forma cuadrada, le pusieron nombre Santa Fe, y porque más brevemente se edificase, sus altezas encomendaron y dieron el cargo de la obra a las gentes de las ciudades de Sevilla, y Córdoba, y Jaén, y Ecija, y Ubeda, y Carmona, y Jerez, y Andújar,

(1) *Crónica de don Alvaro de Luna*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo (Madrid, 1940), cap. XXXVII, pág. 131.

(2) *Crónica de los Reyes Católicos*, por su secretario Fernando del Pulgar, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo, vol. II (Madrid, 1943), cap. CCXLVI, pág. 409.

(3) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel*, escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez, t. I (Sevilla, 1870), pág. 293.

que son las principales del Andalucía. Las cuales, con muy buena voluntad, obedeciendo su mandamiento y codiciosos de loor, con mucha porfía, dándose priesa, de día y de noche, dentro de pocos días la edificaron con sus muros y torres, y cavas, y baluartes, y puertas, y otras cosas necesarias" (1).

Según Mármol Carvajal, "hicieron una ciudad cerrada de muros y de torres, con una honda cava, dexando dos calles principales en medio derechas, puestas en cruz, que van a dar a cuatro puertas, que responden a los cuatro vientos, quedando en medio una plaza de armas espaciosa y ancha, donde pueden juntarse la gente del ejército. Cada edificador dejó una piedra con su epitafio en la parte del muro que le cupo edificar, puesta en el lugar más preminente de su cuartel: las cuales, verá todavía el curioso que anduviere alrededor de ellos por la parte de fuera" (2).

La rapidez de la construcción—ochenta días según Pedro Mártir de Anglería, cuatro meses según don Fernando Colón (3)—es indicio del carácter poco permanente de los edificios que formaban Santa Fe; en 1809 un terremoto los arruinó en gran parte, lo que explica la total renovación de su caserío. Pero consérvase con muy ligeras modificaciones el trazado primitivo y aun tres de las cuatro puertas, aunque varias veces rehechas, las de Córdoba, Jerez y Sevilla; la cuarta fué bárbaramente demolida a comienzos del siglo y ha sido reconstruída muy libremente hace poco tiempo. Las murallas, de tierra, desaparecieron, y la cava hubo de cegarse por razón de salubridad. Reforzaban aquéllas dieciséis torres (4).

Formaba la ciudad-campamento de los Reyes Católicos y forma el núcleo central de la llegada a nuestros días un rectángulo de 400 varas de longitud por 312 de ancho, cortado por las calles principales que parten de los puntos medios de los lados y se cor-

(1) Lucio Marineo Sículo: *De las cosas memorables de España* (Alcalá de Henares, 1530), lib. XX, fol. CLXXVII.

(2) Luis del Mármol Carvajal: *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada* (Málaga, 1600); repite la descripción de Santa Fe, de Mármol, casi con las mismas palabras, el Licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza, en su *Antigüedad y excelencias de Granada* (Madrid, 1608), lib. III, cap. III, fol. 73.

(3) *Descripción y cosmografía de España*, por Fernando Colón, t. III (Madrid, 1917), pág. 42, obra empezada a redactar en 1517. Colón dice tenía Santa Fe 200 vecinos.

(4) *Voyage de Philippe le Beau en Espagne, en 1501*, por Antoine de Lalaing, Señor de Montigny, apud "Collection des voyages des souverains des Pays-Bas publiée par M. Gachard", t. I (Bruselas, 1876), pág. 204.

tan en ángulo recto en una plaza rectangular. Hay otras dos calles longitudinales, rectas y paralelas, y múltiples transversales y perpendiculares, de las que la axial es de mayor amplitud que las restantes.

Aproximadamente en el centro está la única plaza, de 70 varas de largo por 60 de ancho, limitada en dos de sus lados por la calle Mayor, longitudinal, y por dos paralelas. En ella, simétricamente, se emplazaron la Casa real, casa llana, que en 1628 se había hundido y quemado, el ayuntamiento, el pósito y la iglesia, derribada ésta por ruinosa y reconstruída de 1773 a 1783 (1).

Lucio Marineo Sículo afirma que el plano de Santa Fe copiósse del de Briviesca (2); tras él lo han repetido otros muchos. Probablemente es opinión derivada de la semejanza de ambos, que podría extenderse a otros de los descritos en páginas anteriores, reproducción todos del trazado más sencillo de campamento militar.

### **Organización de la ciudad: collaciones y arrabales; la cerca.**

Las ciudades de la España cristiana ofrecían en su aspecto urbano mucha mayor variedad que las de la islámica. Sus diferentes tipos responden a diferencias de origen, suelo sobre que se levantan y función. Una ciudad nacida a la sombra de un monasterio no tenía la misma disposición que la formada en torno de una fortaleza, ni la emplazada en un cerro que la construída en una cañada, ni la que defendía el paso de un río que la extendida a lo largo de un camino. Esos factores podían no ser únicos y la ciudad era entonces función de dos o más actuando conjuntamente.

La función militar condicionó la formación de la mayoría de las ciudades medievales españolas (3). De ella deriva su emplazamiento en lugares favorables a la defensa. Muchas son las situadas en cerros y colinas cuya cumbre ocupaba el castillo; en un meandro del río Lozoya está Buitrago; Plasencia, fundada por Alfonso VIII en 1185, lo fué en un cerro alargado que en gran parte circunda el río Jerte "para servir de baluarte contra los in-

(1) Cándido G. Ortiz de Villajos: *Santa Fe* (Granada, 1929), págs. 9, 34 y 38.

(2) *De las cosas memorables de España*, fol. XVI v.º

(3) Lo ha dicho para Cataluña J. M.ª Font Rius: *Orígenes del régimen municipal de Cataluña* (Madrid, 1946), págs. 90-91.

fieles". En la confluencia del Adaja y del Arevalillo asiéntase Arévalo; Sepúlveda, en la del Duratón y el Castilla; Sahagún, entre el Cea y el Valderaduey; Peñafiel, entre el Duero y el Duratón; Segovia, en la unión del Eresma y del Clamores; Coca, en la del Eresma y el Voltoya; Valladolid, en la del Pisuegra y el Esgueva; Burgos, en la del Arlanzón y el Vena; Puebla de Sanabria, entre el Tera y el Castro; Uncastillo, en la del Riguel y el Cárdenas. Esos ríos eran excelentes fosos naturales que protegían eficazmente las villas, con ahorro de fortificaciones.

Obligada era la defensa de los principales vados y puentes de los ríos más importantes, por lo que fundáronse bastantes ciudades en esos lugares, cabezas de puente, diríamos hoy: Zamora, Toro, Tordesillas, Peñafiel; Roa, Aranda, Almazán (fundada por Alfonso I el Batallador en 1128), Soria, en las orillas del Duero; Alba, Salamanca y Ledesma, en las del Tormes; Carrión de los Condes y Palencia, en las del Carrión; Dueñas y Valladolid, en las del Pisuegra; Lerma, en las del Arlanza; Logroño, Haro y Miranda, en las del Ebro; Puente del Arzobispo (fundación del prelado Tenorio a fines del siglo xiv), en la del Tajo; Escalona, sobre el Alberche. Cuando el relieve del terreno lo permitía, estas ciudades se emplazaron en lugares altos, dominantes, de fácil defensa. Así lo están, por ejemplo, Zamora, Toro (a unos 100 metros sobre el Duero), Carrión, Almazán y Escalona. Si el vado o puente estaba en una vega, en lugar llano, torres y murallas suplían las defensas naturales. Pero siempre se aprovechaban para trazar la cerca barrancadas o pequeños arroyos, secos muchas veces gran parte del año. En Aranda, por ejemplo, asentada en solar casi llano, aprovechóse el arroyo Bañuelo en su confluencia con el Duero para límite de la villa. Protegía a occidente el primitivo solar de Valladolid el Pisuegra y al sur un brazo del Esgueva; al ampliarse el recinto de la ciudad lo fué hasta otro más meridional del último.

Las ciudades se componían de una serie de collaciones o parroquias, cuya advocación daba nombre a los barrios en torno. El templo estaba siempre aislado, con el cementerio alrededor. Si la ciudad se formaba por acrecentamiento y unión de varias aldeas o burgos próximos, las casas solían agruparse en calles de traza oval circundando la parroquia. Aun se reconocen huellas de esta disposición en Salamanca y Soria. Los caminos o senderos que comunicaban esas aldeas entre sí y con los núcleos de poblaciones

próximas, pasaban a ser calles hasta los lugares en que eran cortados por la cerca, donde se levantaban puertas fortificadas.

Las parroquias, muy numerosas, tenían un número de feligreses reducido. En 1253 se repartían en 14 las 1.063 familias de Calatayud; la más poblada era San Pedro de los Francos, con 164, y la menos el Santo Sepulcro, con 34 (1). A falta de más datos conviene citar, aunque de época tardía, el número de feligreses de las parroquias de Soria en el siglo XVI. Las 35 que tuvo en el XIII se habían reducido a 14, con 1.171 vecinos; la de menos era la de San Salvador, que tenía 19; la de más, Nuestra Señora la Mayor, con 291; diez de ellas no alcanzaban el centenar (2). Diecinueve eran las parroquias de Avila al mediar el siglo XIII (3).

Si la ciudad se desarrollaba en torno de un núcleo único—nucleares ha llamado Caro Baroja a las de este tipo—, fortaleza o templo, solía tener mayor unidad que cuando los núcleos eran múltiples. Las calles entonces seguían casi siempre un trazado radial.

Los muros eran un cinturón demasiado rígido para las variaciones demográficas de la ciudad. Cercas había, como las de Salamanca, Soria y Ciudad Real, que encerraban vastas extensiones de tierras yermas y de labor. Las murallas en otros casos, como en Zamora, circundaban a una población apretada, obligada a desbordarse extramuros en arrabales.

La construcción de la cerca consagraba una agrupación como urbana, en contraste con el carácter rural de las abiertas aldeas. *Las partidas* del Rey Sabio afirman este concepto al decir que ciudad es toda población amurallada.

Los muros protectores de casi todas se levantaron a fines del siglo XII y en el XIII. Su labra corría a cargo de los vecinos de la ciudad y de los de las aldeas inmediatas, que, a más de los beneficios económicos que su proximidad les reportaba, encontraban refugio en ella en caso de peligro. En 1295, por ejemplo, Doña Violante, madre de Sancho IV, dió una sentencia arbitral para que labrasen la cerca de Roa cuadrillas tanto de la villa como de sus aldeas. Su altura sería de seis tapias (unos cinco metros) y en-

(1) Vicente de la Fuente: *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, I (Calatayud, 1880), págs. 242-243.

(2) *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, págs. 284-285.

(3) *Estudio histórico de Avila y su territorio*, por Enrique Ballesteros (Avila, 1896), pág. 245.



cima harían antepecho y almenas, encaladas para su mejor conservación, y andamio por el que pudiese andar un hombre bien armado y armar su ballesta (1). Durante toda la Edad Media, parte de las multas destinábase a conservar y reparar los muros de la ciudad.

A reforzar ésta contribuían algunas iglesias, emplazadas por eso junto a la cerca, intramuros. El ejemplo más conocido es el de la catedral de Avila, con su gran torreón—"el cimorro"—que engloba la cabecera del templo, sobresaliendo de un lienzo de muralla. Análoga situación respecto a sus murallas respectivas tienen las cabeceras de las catedrales de León y Vitoria.

Junto a la cerca estaban en Salamanca San Marcos, San Hilario, San Pablo, San Vicente, Santo Tomás Cantuariense, San Cristóbal y Sancti Spiritus; en Avila, San Esteban; en Almazán, San Miguel.

Los arrabales exteriores surgían del crecimiento de ciudades muy pobladas intramuros, como se dijo, pero también por otras causas: existencia—el caso era frecuente—de un mercado extramuros; de huertas, junto a las cuales habitaban sus cultivadores; de un santuario, de tenerías, pesquerías o aceñas, centros todos de atracción. Los monasterios de franciscanos y dominicos, levantados a fines del siglo XIII y en el XIV, no encontrando solar intramuros, instaláronse fuera, dando origen a veces a arrabales. Tan sólo, salvo error, estuvieron en el interior en Salamanca, Soria y Ciudad Real, por la gran extensión, antes señalada, de su recinto murado.

En el siglo X tenía ya Besalú un burgo extramuros y en el siguiente Gerona, Manresa (2), León, Salamanca, Zamora, etc.

Arrabal o arrabales se unían a veces al primitivo recinto, desapareciendo la muralla que los separaba; otras, conservaron hasta fecha tardía su independencia, como ocurrió en Pamplona y Estella. Ejemplos del primer caso son Burgos y Valladolid. En el plano de Coello, levantado a mediados del siglo XIX, se marcan bien las tres etapas de crecimiento de la última ciudad. El pequeño núcleo primitivo estaba junto al Pisuerga y el puente mayor, con su centro en la plaza del Hospicio, donde había una parroquia—tal vez la de San Quirce—con su cementerio; subsisten algunas calles circun-

(1) *Descripción histórica del obispado de Osma*, por D. Juan Loperráez Corvalán, III, Colec. diplom. (Madrid, 1788), doc. núm. LXXXIX, págs. 231-233.

(2) Font Rius: *Orígenes del régimen municipal de Cataluña*, págs. 72-74 y 113-114.

dantes (1). Amplióse hacia oriente con otro núcleo semejante en torno a San Miguel, iglesia que se cita como existente en el siglo XII, al que servía de foso a sur el brazo más septentrional del Esgueva. Así llegó al siglo XIII. Extramuros, junto a la muralla, estaban los dos lugares de mercado: la plaza de Santa María y el solar de la que después fué plaza Mayor. Una nueva y gran ampliación a fines del siglo XIII (2) llevó la muralla de la ciudad hasta el borde del brazo meridional del Esgueva, quedando intramuros los citados mercados.

Interesante es el caso de Ciudad Real, fundada por Alfonso X en 1262, en un lugar o aldea llamada Pozuelo de Don Gil, en solar llano, sin más agua que la de pozos. Sustituyó a Alarcos, abandonada por su insalubridad; su objeto fué también contrarrestar la gran influencia que en la Mancha tenían las Ordenes militares, dueñas en ella de extensas comarcas y fuertes castillos (3).

En el plano de Ciudad Real de Coello se percibe claramente el pequeño núcleo inicial del Pozuelo de Don Gil, con su centro en la plazuela del Pilar, de la que arrancan calles radiales. A su norte, a poca distancia, se dispuso una plaza Mayor más grande, de la que salían largas calles también radiales que iban a parar a las puertas del recinto murado, que se estaba labrando en los últimos años del siglo XIII y no debió de concluirse hasta el reinado de Alfonso XI.

Monarcas, señores y concejos prohibieron repetidamente que las propiedades inmuebles del interior de la cerca pasasen a manos de iglesias, órdenes monásticas o gentes exentas de tributación, para no disminuir los ingresos concejiles ni los derechos reales. Disposiciones en este sentido se encuentran en los fueros de Sepúlveda, Toledo (año 1207), Cuenca, Albarracín y Plasencia

(1) Desconócese el emplazamiento de los templos de San Julián y San Pelayo, mencionados en la carta dotal de Santa María la Mayor, en 1095. Este último fué iglesia de una abadía, fundada en 1080 por los condes Pedro Ansúrez y su mujer doña Eylo.

(2) El concejo de Valladolid acordó en 1297 aplicar el importe de varias penas pecuniarias a la terminación de la obra de los muros de la villa, aun no concluida en 1302 (*Memorias de D. Fernando IV de Castilla*, por don Antonio Benavides, II, Madrid, 1860,olec. dipl., XCVIII y CXCV, págs. 138-139 y 273-276).

(3) Según la *Crónica* de Alfonso X, el monarca "ordenó en cual manera se poblase allí una villa, e mandó que la dijese Villa Real, e ordenó luego las calles e señaló los lugares por do fuese la cerca. E fizo facer luego una puerta labrada de piedra, e ésta es la que está en el camino que viene de Toledo, e mandó a los del lugar cómo ficiesen la cerca" (Biblioteca de Autores Españoles [Rivadeneyra], t. LXVI, *Crónicas de los reyes de Castilla*, I, Madrid, 1875, cap. XI, pág. 9). Sin embargo, una inscripción en esa puerta dice se hizo en 1328, reinando Alfonso XI.

(1189), en los dados por Fernando III a las ciudades andaluzas reconquistadas y en el privilegio concedido en 1238 al concejo madrileño, en las *Ordenanzas* de Avila de 1485, etc. En 1370, Pedro IV de Aragón ordenaba que los monasterios e iglesias existentes en Barcelona no aumentasen sus áreas, ni se edificase ninguno más, pues su número y extensión dificultaban el desarrollo del caserío y de sus habitantes (1).

Aunque por las disposiciones de algunos fueros, como los de Albarracín y Zorita de los Canes ("De aquel que tristega escubierta touiere"), pudiera creerse que las ciudades medievales poseían alcantarillado, su existencia debía ser excepcional (2). Si por el interior de la ciudad o junto a ella pasaba un río o arroyo, a él iban a parar todas las inmundicias y aguas sucias. Con el nombre, poco limpio y suficientemente expresivo, de Merdancho, conocíanse el río que hoy se llama de Mediavilla, a su paso por el interior de Tudela, y el Vena, que cruzaba la ciudad de Burgos. El fuero de Nájera (1076) llama Merdanix a un arroyo, frente al monasterio de Santa María la Real, sobre el que había dos molinos; un documento de 1052 lo califica de *rivulo sordido* (3).

### Calles; rúas con soportales.

El trazado de las calles de las ciudades cristianas de la Península, factor fundamental de la morfología urbana, difería del de las de las urbes hispanomusulmanas. Aquéllas, aunque se curven y tuerzan con frecuencia, siguen siempre una dirección determinada, llevan claramente a un lugar, mientras las islámicas parecen complacerse en desviaciones y revueltas. Las muy desiguales manzanas de éstas contrastan con las de las ciudades cristianas, que conservan casi siempre una apariencia de mayor regularidad; es raro encontrar en ellas calles y callejones ciegos. La influencia de los trazados regulares, abundantes, como se vió, en Navarra, fué causa sin duda de que al reconstruir la Navarrería de Pamplona

(1) Capmany: *Memoria histórica sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona*, t. III (Madrid, 1792), pág. 370.

(2) Según Münzer, a finales del siglo xv Barcelona tenía "en su mayor parte y en las plazas más frecuentadas, cañerías y canales subterráneos con agua, de manera que toda la inmundicia de las cocinas y cloacas por allí va a parar al mar" (*Viaje por España y Portugal*, pág. 8).

(3) Fidel Fita: *Primer siglo de Santa María de Nájera* (Bol. de la Real Acad. de la Hist., XXVI, 1895, pág. 230). Véase la adición en la pág. 215.

—destruída en 1276—en 1324, ordenóse expresamente que las calles se hiciesen rectas (1).

Las vías principales unían las puertas del recinto murado, sin las quiebras continuas y el zigzaguo constante de las de la otra España. Pero no eran más holgadas ni menos sombrías, pues en ambas el cinturón de las murallas obligaba al apretujamiento de edificios y habitantes. Pisos altos, volados escalonadamente sobre la calle, con objeto de acrecentar la superficie de las viviendas, y aleros muy salientes estrechaban aún más las angostas rúas.

Algunos datos respecto a las de Burgos, cabeza de Castilla, residencia frecuente de los monarcas, ciudad comercial y opulenta, pueden dar idea de esas calles.

Una cédula dada por Enrique III en 1403 se refiere a los “pontidos” burgaleses, inmediatos a la Casa de la Moneda, tan bajos, dice el monarca, que “quando yo vengo aquí ... los mis pendones no pueden pasar enfiestos, et eso mesmo las lanças de armas, et los que las trahen anlas de abaxar, et quiébranse algunas vezes a la pasada de los dichos pontidos”; “unas casas baxas que están a la puente del canto ... están baxas, et puestas sobre las calles, que los que pasan asy de noche como de día, han de topar con los rostros e con las cabeças en las vigas e bruçeras de las casas, et que algunas vezes se fieren de mala manera”. El rey ordenó el inmediato derribo de esas construcciones voladas sobre la calle, para que sus soldados pudieran pasar armados con sus lanzas enhiestas (2).

En Burgos también, el nombre de Tenebregosa de una de sus calles principales, en la que habitaban los mercaderes y por la que pasaba el “camino francés”, incendiada en 1260 (3), da idea de su lobreguez. Alude a ella en relación con ese nombre el embajador veneciano Andrea Navajero, que posó en una de sus casas en 1527; añade que “lo demás de la población tampoco es alegre, habiendo pocos sitios que no sean melancólicos” (4). Unos años

(1) Arch. de Comptos de Nav., caj. 6, n. 30, según cita de José Yanguas y Miranda: *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*, II (Pamplona, 1840), páginas 519-520.

(2) Arch. Mun. de Burgos, d. 12.980, según cita de Teófilo López Mata: *Geografía urbana burgalesa en los siglos XV y XVI* (Burgos, s. a.), pág. 10. Compárese con lo que dice Mármol de las calles de la Granada islámica, pág. 25.

(3) *Crónica de Cardeña*, I, apud *Las Crónicas latinas de la Reconquista*, edic. y trad. de A. Huici, I (Valencia, 1913), pág. 376.

(4) Fabié: *Viajes por España*, pág. 330.

después, en 1551, el Ayuntamiento de Burgos se quejaba al rey de la profusión de corredores, balcones y saledizos, resaltando en lo alto de las fachadas y cubriendo en gran parte la angostura de las calles, cerradas totalmente al sol, tristes y sombrías, húmedas y lodosas (1).

En el siglo xv, una calle de Valladolid, cercana a la plaza Mayor, llamábase rúa Escura (2).

La rúa de Castro, principal de Medina de Ríoseco en el siglo xvi, cuando las ferias estaban en su apogeo, tenía "el suelo de tierra y está siempre tenebrosa y húmeda en razón de aproximarse demasiado las casas de una acera a las de la otra, por estar labradas" sus delanteras en forma escalonada, volando una tercia cada una de sus tres o cuatro plantas respecto de la inferior, con lo que apenas quedaba hueco entre los tejados. Tras numerosas peticiones para enmendarlo, el Regimiento acordó "cortar las cabezas de las casas en ambas aceras, retraer los postes, meter las carreras y tejados", todo de su cuenta. En otras calles de la misma villa había balcones y saledizos; además de ahogarlas y oscurecerlas, "no se puede pasar libremente sin topar, demás de la fealdad de lo que ocupan". También se mandó quitarlos, pero, como en otros muchos casos análogos, la orden no debió cumplirse (3). A principios de este siglo aun quedaban en Medina de Río-seco casas de varios pisos volados, después lamentablemente desaparecidas.

Aunque fachadas y muros exteriores no eran tan escasos en huecos como los de las urbes islámicas, la defensa contra el frío invernal de la meseta obligaba a abrir pocas y angostas ventanas. No faltaban en villas y ciudades de alguna importancia casas de tres, cuatro y cinco pisos o plantas. Ya se aludió a las de la rúa principal de Medina de Río-seco, elevadas por la importancia comercial de esa estrecha calle; en Cuenca y Albarracín la escasez del espacio intramuros obligó a aumentar la altura de las viviendas.

Muy características de las villas y ciudades de Castilla al finalizar la Edad Media, aunque no exclusivas de esa vasta región,

---

(1) Teófilo López Mata: *La Ciudad y Castillo de Burgos*, pág. 209.

(2) *Cronicón de Valladolid*, Col. de doc. inéd. Hist. Esp., t. XIII, pág. 49.

(3) *Crónicas de antaño*, tocantes a la M. N. y M. L. villa—ciudad después—de Medina de Río-seco, sacadas del archivo municipal por Mancio de Prado y publicadas por Benito Valencia Castañeda (Valladolid, 1915), págs. 29 y 30.

pero sí ajenas a la Andalucía medieval, eran las calles bordeadas de pórticos o soportales. A más de su conocida función de poder andar por ellos a cubierto del sol y de la lluvia, servían de complemento al mercado, pues los comerciantes de las tiendecitas situadas en su fondo sacaban al soportal su mercancía y bajo ellos instalábanse también los ambulantes. Donde más abundaban era en las villas de feria o de mercados muy concurridos, como Medina del Campo, Medina de Ríoseco (1), Villalón, Valladolid, Aguilar de Campoo, Burgo de Osma, etc.

No se conserva ningún soportal anterior a los últimos años del siglo xv, ni puedo aducir dato alguno documental más remoto; es bien conocido su empleo en las ciudades romanas (en España, en Itálica y Ampurias); ignoro también la procedencia de los castellanos.

Los más viejos ejemplares conservados de estos soportales tienen estructura de madera, rollizos sirviendo de pies derechos, y sobre ellos zapatas apeando dinteles.

No sé si el mal gusto reinante habrá hecho desaparecer los de Villalón. Durante la monarquía austríaca se reconstruyeron bastantes e hicieron otros nuevos con pilares o columnas de piedra.

Pudiera sospecharse que la tradición de los soportales es anterior a los últimos años de la Edad Media—no cabe duda para los de las plazas, según se verá en páginas siguientes—, pues a fines del siglo xiv se prohibió en Valencia la edificación de cobertizos o soportales que servían de ampliación de los edificios destinados a comercio o industria, por perjudicar el tránsito público. En un documento dirigido por el lugarteniente del reino al infante don Juan de Aragón, fechado en 1447, sobre la apertura de una calle en la misma ciudad, afirma aquél que *los postichs e porches de fusta* (madera) *parades fora los dits alberchs es estada causa de occasio del dit foch* (del incendio de la fustería o carpintería), y que no se debían *mantenir postichs ni porches, ni serrar fora les dites cases* (2).

Maestros en las artes del engaño eran muchos de estos merca-

(1) A mediados del siglo xvi autorizó el Regimiento de Medina de Ríoseco a los dueños de las casas comprendidas entre la calle de las Armas y la Puerta Nueva para hacer, saliendo a lo público, los portales que se llamaron del Carbón, por haberse trasladado a ellos los puestos de venta que antes se situaban en las afueras de la Puerta de Posada (*Crónicas de antaño*, por Valencia, pág. 26).

(2) *Arquitectura urbana en Valencia durante la época foral*, por José Sanchís Sivera (*Arch. Arte Valenc.*, a. XVIII, 1932, pág. 6).

deres que vendían en los soportales, no menos expertos en ellas que los que vimos ejercerlas en los zocos islámicos. Jaime Roig, en su poema satírico el *Llibre de les dones* (hacia 1456), se refiere al mercado de Valencia, en el que los peces de río se vendían como si fueran de mar, pedíase por las mercancías siete veces su valor real, y había balanzas con pesas falsas (1). En el siglo XVI el Regimiento de Medina de Ríoseco mandó quitar las harpilleras, esteras y tablados puestos encima de las puertas de las tiendas para oscurecer su interior y que el comprador no pudiera ver bien los géneros (2).

### Plazas y mercados.

No abundan las referencias a plazas de las ciudades cristianas de la Península en documentos del siglo XI. Oficio de tales harían los cementerios situados en torno a las parroquias, abiertos o limitados por muros bajos. Aun se mantienen aislados algunos antiguos templos, en medio de lo que fué camposanto, como el de San Millán en Segovia y los de San Blas, Santa Eulalia, San Justo, San Román, San Isidoro, Santo Tomás y San Mateo en Salamanca. Era frecuente que en el centro del área urbana se levantara una iglesia (San Martín en Salamanca, Santa María en Aranda de Duero); solía llevar, tras su advocación, el apelativo de "Mediavilla" (Teruel, Medina de Ríoseco, Calatayud). Tal vez pueda verse en los cementerios de estos templos, situados en el centro de la ciudad, el origen de las plazas mayores. La utilización de los camposantos para mercados—uno de los fines principales, como más adelante se dirá, de las plazas—queda patente en la sentencia dada por Alfonso X, en 1257, en un pleito entre el obispo y el concejo de Orense. Se dice en ella que el "Obispo et el Cabildo toman las plaças en que solían fazer los mercados et las sepolturas que eran dichas para soterrar los muertos et fizieron hi casas para sus vendas" (3).

El apretujamiento de las viviendas dentro del recinto murado en los siglos XII y XIII no favorecía la existencia de amplios espacios intramuros sin edificar y rodeados de casas, es decir, de

(1) Jaume Roig: *Llibre de les dones, o Spill* (Barcelona, 1928), págs. 118-119.

(2) Valencia: *Crónicas de antaño*, pág. 29.

(3) A. C. Orense, 181, según cita de Luis G. de Valdeavellano: *El mercado*, apud *Anua. de Hist. del Der. Esp.*, VIII (Madrid, 1931), pág. 360. Véase pág. 215.

plazas, ensanche de las angostas calles. En Burgos había una plaza pequeña junto a la catedral, a mano derecha entrando por la puerta de los Apóstoles; en unión de otra (parte de la posteriormente llamada del Sarmental), probablemente no más amplia, la donaba en 1257 Alfonso X a dicho templo; su situación era "en la glera, delante la otra plaza que ha la egleſia, que es antel mío palacio" (1).

La plaza medieval surgió unida al desarrollo del mercado, concedido por los monarcas a los concejos de las villas o a sus señores para premiar servicios o acrecentar la población; su celebración suponía crecidos beneficios económicos y aumento demográfico (2). Fernando III concedió mercado a Burgos en 1230, *attendens utilitatem magnam et honorem totius civitatis* (3).

En páginas anteriores aludióse a la existencia de mercado en León en el siglo x y en Jaca en la segunda mitad del xi. En el año 1052 había en Nájera un barrio de tiendas delante de la iglesia de Santa María y se celebraba mercado los jueves (4). Sabadell tenía mercado en 1113 y en el mismo siglo xii, entre otras muchas villas, celebrábase, en Vich (llevaba largo tiempo de existencia en 1139), Cervera, Moyá, Agramunt (5) y Villalón (6). En Barcelona, en el siglo xiii, era insuficiente la antigua plaza de mercado,

(1) Martínez Sanz: *Hist. del templo cat. de Burgos*, págs. 238 y 242-244. La plaza propiedad de la iglesia a la que alude la donación regia, fué cementerio de la catedral, por lo que el día de los difuntos había costumbre de llevar la cruz hasta su medio. La plaza de Santa María, a poniente de la catedral, sería pequeña y debió de servir también de cementerio; se la menciona en un documento de 1254.

(2) Refiere la *Prim. Crón. Gen.* (edic. Menéndez Pidal, I, cap. 909, págs. 575-576) que estando el Cid sobre Valencia hizo una puebla en el arrabal de la Alcudia y "fizo y tiendas et mercados para todas mercaduras; et y venien de todos los lugares que eran aderedor a comprar et a vender; et enriquesçieron mucho los que morauan en aquella puebla... Et con uesto que él fазie, fizose aquel lugar muy rico et muy bueno". Las ventajas económicas que suponía para los vecinos de una villa la existencia de feria o mercado eran grandes, por lo que disputábanse mucho sus concesiones; recuérdese las luchas por ellos de Medina del Campo con Villalón y Valladolid y de Ciudad Real y Almagro. Son muy escasas, en contraste con el resto de Europa, las villas españolas nacidas de mercados; pero abundan, en cambio, las engrandecidas a causa de ellos.

(3) Arch. Mun. Burgos, Leg. 4, Cl. 120, según cita Ballesteros: *Datos para la topografía del Burgos medieval* (Bol. Com. Prov. Mon. Hist. y Art. de Burgos, XXI, pág. 14).

(4) Fita: *Primer siglo de Santa María de Nájera* (Bol. Real Acad. Hist., XXVI, págs. 229-236).

(5) Font Rius: *Orígenes del reg. mun. de Cataluña*, págs. 116-121 y 123.

(6) Carta de Alfonso X, de 1258, confirmando la concesión de feria a Villalón hecha por su abuelo (Alfonso IX de León) y confirmada por su padre (Ballesteros: *Itinerario de Alfonso X*, apud Bol. Acad. Hist., CVI, págs. 130-131).



el mercadal, por lo que quedó exclusivamente destinada a la venta del trigo y se destinaron otras plazas o lugares para las del aceite, vino, lanas, etc. (1).

La escasez y angostura de los espacios sin edificar intramuros fué causa de que los mercados, casi siempre semanales, lo mismo que en las ciudades contemporáneas extranjeras y en las islámicas españolas, se celebrasen fuera de la cerca, junto a alguna de las puertas del recinto por la que penetraba en la ciudad uno de sus más frecuentados caminos. Así estaban emplazados los mercados, entre otras muchas villas y ciudades, en León, Jaca (antes de la ampliación de la ciudad a consecuencia del fuero, otorgado probablemente en 1063), Pamplona, Estella, Zamora, Sahagún, Vitoria, Segovia, Avila, Valladolid, Medina del Campo, Burgos, Gerona y Barcelona.

En 1230 Fernando III concedió al concejo de Burgos que el mercado se celebrara en la glera, *in illo loco qui est inter Arlançonem et rivum de Vena a ponte lapideo, propontem ligneum usque ad Monasterium Sancti iohannis* (2), lugar situado entonces fuera de los muros.

En Pamplona, el mercado semanal tenía lugar extramuros, entre los dos barrios principales, cercados independientemente, los de la Navarrería y San Saturnino, o en el Arenal o Taconera (3).

En 1160 el mercado de Gerona se celebraba en un arenal extramuros (4). Un documento del año siguiente menciona la plaza del Mercado, en el suburbio de Barcelona (5). En el siglo XIII el mercado de Moncada tenía lugar en una loma que domina la villa, en la que acampó Jaime I por espacio de unos tres meses (6).

Excepcional era el caso de Salamanca, en la que el mercado,

(1) Carreras Candí: *La Vía Laietana...*, pág. 31.

(2) Ballesteros: *Datos para la topografía del Burgos medieval* (Bol. Com. Prov. Mon. Hist. Art. Burgos, XXI, pág. 114).

(3) Lacarra: *El desarrollo urbano*, pág. 14.

(4) ... *mercato quod est extra muros Gerunde in ipso arenio ad occidentalem partem iuxta fluvium Undaris, potestatem et locum ad edificanda operatoria et banchos et tabulas. Ipsa autem operatoria edificabis a domo que fuit Raimundi de Beviano usque ad superiorem partem domorum que fuerunt Daganeti et dimites atque laxabis inter ipso operatoria et domos antiquas unam grandem et ampleam plateam* (Colección de docs. inéditos del Arch. gen. de la Corona de Aragón, t. IV, Barcelona, 1849, CXX, páginas 298-300).

(5) ... *in suburbio barchinone, in platea mercati* (José Balari y Jovany: *Orígenes históricos de Cataluña*, Barcelona, 1899, pág. 648).

(6) Flotats y Bofarull: *Hist. del rey de Aragón*, pág. 35.

llamado viejo en la segunda mitad del siglo XII (“açoge vieio”, “zoc velo”, “zogue viego”, “azogue veio”, *foro veteri*) estaba intramuros, tras el ingreso de la ciudad por la puerta principal del Río, junto a la catedral (1), seguramente por la abundancia de espacios libres de construcciones dentro de la cerca. Lo mismo, y por idénticas razones, ocurría en Soria.

En Avila, en el siglo XV había un mercado chico en el interior de la población, junto a la iglesia de San Juan, cuyo antiguo cementerio tal vez ocupase, y un mercado grande extramuros, en una plaza situada a la salida del alcázar. En el emplazamiento del primero se construyó una plaza con soportales a partir de 1795; la que regularizó el segundo dió comienzo en 1850.

Los mercados, las plazas y calles en que se celebraban, las puertas de la muralla y las iglesias inmediatas, solían designarse con el nombre árabe romanceado de zoco o azogue, indicio tal vez de la procedencia de los primeros. Ya se aludió al azogue o zoc viejo de Salamanca en el siglo XII; en Zaragoza había una calle del Azogue (2) y otra de Jaca llamábase del Zoçotín. Aun perdura en Segovia el nombre del Azoguejo, emplazamiento extramuros del mercado; del Azogue se llamaba en el siglo XV la plaza situada delante de la fachada principal de la catedral de Burgos (3), y puerta del Azoguejo una de las ocho del recinto medieval de Valladolid, ingreso a la Platería (4). Las iglesias de San Juan, en Medina del Campo, y de Santa María, en Benavente, Betanzos y Soria, distingúense con el apelativo del Azogue por la celebración de mercados junto a ellas en la Edad Media (5).

En torno a los mercados extramuros, situados en un campo o explanada junto a una de las puertas de la villa, comenzarían a levantarse construcciones provisionales y tenderetes para albergue de los comerciantes y resguardo de las mercancías, convertidos pronto en definitivos. El lugar de mercado pasó a ser así plaza urbana de un arrabal mercantil construido a su alrededor, de carác-

(1) González: *Repoblación de la “Extremadura” leonesa* (*Hispania*, III, páginas 270-271).

(2) La calle del Azoque era la principal arteria de la morería de Zaragoza; desembocaba directamente en el Mercado (Lacarra: *El desarrollo urbano*, pág. 15).

(3) López Mata: *Geografía urbana burgalesa*, pág. 20.

(4) Un documento de 1382 alude a la puerta del Mercado, en la cerca de Sahagún (Vignau: *Índice*, núm. 2.195, pág. 504).

(5) La parroquia desaparecida de Santa María del Azogue en Soria, estaba a Occidente y próxima a la colegiata de San Pedro.

ter netamente comercial, poblado por francos, judíos y moros, es decir, por gentes dedicadas a actividades industriales y comerciales, mientras los indígenas, nobles, militares, eclesiásticos, ganaderos y labradores habitaban la ciudad murada. Los reyes favorecieron la llegada de los francos y el asentamiento de éstos y de los moros, concediéndoles garantías y privilegios, por ser necesarios para el desarrollo económico de las ciudades (1).

Un documento ya citado, de 1052, menciona un "uarrio de mercato" o "barrio de tiendas" en Nájera. El mercado de León dió origen al *burgum francorum* (1122); el viejo de Estella, a la población de San Miguel, y el nuevo, más tarde, a la del Rey (San Juan); en el siglo XIII la duplicidad ocasionó largas luchas entre ambas pueblas por la posesión del mercado.

En torno del mercado del Arenal o Taconera de Pamplona se fué formando un barrio, la "Pobla nova del Mercat", que no llegó a alcanzar gran desarrollo y fué finalmente destruído por razones militares en el siglo XVI (2). A comienzos del siglo XIII se había formado una *villa nova* junto al *mercatallo* de Lérida (3).

En los mercados catalanes, como en el de Vich a principios del siglo XIII, abundaban los "bancos" o *tabulas mercatalis*, mesas que se plegaban al terminar las horas de venta (4).

Desde ese siglo el mercado quedó unido a la plaza. En varios fueros, como en el de Plasencia, de 1189, se ordena vender determinadas mercancías en las plazas, con prohibición de hacerlo fuera de ellas o en las casas de los vecinos. El arrabal nacido en torno de la plaza se acercó unas veces independientemente del núcleo primitivo urbano, pero con más frecuencia englobóse en el recinto general de la ciudad.

---

(1) Tan sólo en líneas generales se puede hablar de esa diferencia entre los pobladores de la ciudad murada y los del arrabal o arrabales, diferencias que fueron borrándose al avanzar la Edad Media.

(2) Lacarra: *El desarrollo urbano*, pág. 14.

(3) Dice una confirmación de Jaime I en 1227 al comendador Bernard de Linyola y a los frailes del Hospital de las donaciones hechas por su padre: *ortum illum in quo nunc facta est villa nova contigua mercatallo Illerde ac furnum illum qui constructus est ibi* (Miret y Sans: *Les Cases de Templers y Hospitalers a Catalunya*, Barcelona, 1910, pág. 190).

(4) En nota anterior se mencionaron los *bancos* y *tabulas* del mercado extramuros de Gerona. *Bancos* también figuran en documentos de 1174 y 1273 de Perpiñán (Font Rius: *Orígenes del régimen municipal de Cataluña*, págs. 125-126).



## HACIA UN NUEVO IDEAL URBANO

**El nuevo concepto urbano y los teóricos  
españoles: la ciudad bella, noble y bien  
ordenada.**

Antes de terminar el siglo XIV, en plena Edad Media, un teólogo popular, profesor de ascetismo y moral política, el fraile franciscano Eximeniç (1340-1409), conocedor de varias ciudades extranjeras, enunció una teoría completa de la ciudad ideal—premature anuncio del Renacimiento—, inspirada, dice, en los filósofos griegos; Aristóteles fué la fuente de todos los urbanismos teóricos de esa época y una Roma soñada la urbe por antonomasia.

Uno de los capítulos de la vasta enciclopedia de Eximeniç, *El Crestiá*, escrita en catalán de 1381 a 1386, titúlase *Quina forma deu haver ciutat bella e be edificada*. Se asentará en llano, para que pueda ensancharse sin trabas; su planta ha de ser cuadrada, de mil pasos de lado; en el centro de cada uno de éstos se abrirá una puerta principal, flanqueada por dos más pequeñas, fortalecidas como las de los castillos; las esquinas estarán igualmente fortificadas. De puerta a puerta, dos anchas calles la dividirán en cuatro cuarteles, cada uno de los cuales tendrá una hermosa y vasta plaza. El palacio del príncipe, fuerte y elevado, debe de levantarse en un extremo, con salida directa al exterior. En las cercanías del cruce de las dos calles mayores se emplazará la catedral; inmediata, una gran plaza con gradas en torno y el palacio episcopal; no se permitirán solaces deshonestos en ella, ni la instalación del mercado ni de la horca para el castigo de los delincuentes. Cada barrio tendrá conventos de frailes mendicantes (lo era el autor) y parroquias, carnicerías, pescaderías, almudís y varias tiendas. Los hospitales, leproserías, garitos, burdeles y desagües de las cloacas deberán emplazarse al lado opuesto a aquel de donde procedan los

vientos reinantes. Las gentes de idéntica profesión vivirán agrupadas en el mismo barrio; si se trata de una ciudad marítima, las viviendas de los mercaderes, cambistas, etc., ocuparán la parte más cercana al mar; las de los labradores deben de estar junto a la puerta que abra al campo; por todas partes se instalarán los comercios necesarios para la vida cotidiana (1). El interior de la ciudad será “bello y deleitoso”. Habrá leyes que ordenen las edificaciones y derribos y gentes encargadas de su cumplimiento.

El fraile franciscano, al que acusaron los cardenales en el concilio de Pisa de haber enseñado a Benedicto XIII—el Papa o Antipapa Luna—el arte de interrogar al demonio, pudo ver la modesta aplicación de su plan, realizado en épocas anteriores, en villas como Castellón y Villarreal, antes descritas. Hombre de prestigio y popularidad en diversos medios, sus teorías debieron de alcanzar gran difusión. En 1384 escribió el *Regiment de la cosa pública*, que luego pasó a formar parte del libro XII del *Crestiá*, para los Jurados de Valencia, a los que está dedicado; en la sala en la que celebraban sus reuniones había copia de las obras de Eximeniç, destinadas a servir de instrucción a los ciudadanos.

En el siglo siguiente, el humanista D. Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1471), embajador de reyes y papas por varias cortes europeas, consejero real, secretario de Juan II de Castilla, obispo sucesivamente de Oviedo, Zamora, Calahorra y Palencia y alcaide o castellano de la fortaleza pontificia de Sant-Angelo en Roma, en su obra *Suma de la política*, escrita en 1454 ó 1455, “fabla cómo deben ser fundadas e edificadas las ciudades e villas. Fabla otrosí del buen regimiento e recta polecía que debe haber todo reyno o ciudad assí en tiempo de paz como de guerra”. Tras título tan prometedor, dicho prelado, muy influído también por lecturas de Aristóteles, y de Cicerón, Séneca y San Agustín, entre otras muchas, se mantiene en un elevado terreno especulativo, sin el carácter práctico del fraile menor, íntimamente mezclado éste a la vida burguesa y ciudadana del Levante-español. Alude Sánchez de Arévalo, como Eximeniç, al embellecimiento

(1) Eximeniç: *El Crestiá*, vol. XII, *Regiments de princeps*, de les ciutats i de la cosa publica, c. 110, “El nostres classics” (Barcelona, 1929); *Les obres de fra Francesch Eximeniç (1340-1499)*, *Essaig d'una bibliografia*, por J. Massó y Torrents (*Institut d'Estudis catalans, Anuari*, a. III, Barcelona, 1911, págs. 588-592); *Vida española en la época gótica*, por J. de Rubió y Balaguer (Barcelona, 1943), pág. 30; Angel López-Amo y Marín: *El pensamiento político de Eximeniç en su tratado de “Regiment de princeps”* (Madrid, 1946).

de las ciudades, pero, escritor esencialmente político, su ciudad es la ciudad-estado libresca y erudita, vista en las obras de filósofos y sabios doctores. En la primera parte de la *Suma de la política* trata Sánchez de Arévalo de dónde y cómo se deben edificar las ciudades y de los requisitos necesarios para su buena marcha y defensa. Toda ciudad, dice, “es como un prudente y discreto varón”, el cual debe haber “dos virtudes e dos prudencias”; la una por la cual sigue el bien y huye del mal; la otra por la cual comete, resiste y defiéndese de los que la empachan o quieren injustamente ofender. “Assí toda ciudad o reyno ha menester estas dos prudencias: debe armarse de leyes e industrias por las que los ciudadanos hagan las cosas buenas y útiles y huyan las dañosas; pero también debe armarse para defenderse acometiendo o resistiendo a los que la quieren impugnar u ofender” (1).

En la segunda mitad del siglo XIV Eximeniç propugna, pues, la ciudad de trazado geométrico regular, no por más práctica y cómoda para habitar, e incluso de más fácil defensa que las irregulares, sino por su mayor belleza. El obispo Sánchez de Arévalo, en su citada *Suma de la política*, incluye entre una de las doce cosas principales que el buen rey o príncipe debe obrar y acatar la de “honrar y enderezar sus ciudades, villas, castillos y fortalezas de singulares edificios y reparaciones”. Conviene destacar la preocupación que manifiestan estos dos teóricos, sobre todo la de Eximeniç, más concreta y prematura, porque la ciudad sea cómoda y bella. Es la misma aspiración a la *voluptas* estética, a la que alude el gran León Bautista Alberti, contemporáneo de nuestro Sánchez de Arévalo, en su famosa obra *De re aedificatoria*, divulgada a partir de 1452 y no impresa hasta 1485, *voluptas* calificada por Lavedan de novedad entonces (2). Probablemente los dos escritores

(1) Rodrigo Sánchez de Arévalo: *Suma de la política*, edic. y est. de Juan Beneyto Pérez (Madrid, 1944); Teodoro Toni, S. J.: *Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470* (*An. Hist. Der. Esp.*, XII, 1935, págs. 97-360).

(2) Lavedan: *Histoire de l'Urbanisme, Renaissance et Temps modernes*, pág. 12. “En 1492 tuvo lugar un acontecimiento capital de la historia de la arquitectura y del urbanismo: la inauguración de la magnífica plaza ducal de Vigevano, en la provincia de Pavía, cerca de las residencias de recreo de los duques de Milán. Con ella adquiere forma uno de los primeros factores del arte urbano, el del programa unitario, es decir, de una fisonomía funcional, plástica y fecunda conferida a una ciudad. La concepción de la más importante de las empresas de la construcción de ciudades, y de la contribución más moderna al urbanismo integral, no puede ser más que de Leonardo, único preparado para ello. El plano de ordenación de Vigevano, pequeña ciudad orgánica construída en torno a un castillo, constituye un principio inicial que desarrollaran las monarquías de Luis XII, de Enrique IV y de Luis XIII, para renovar París y Francia

españoles recibieron esa sugestión en sus andanzas por el extranjero.

A continuación veremos cómo la temprana preocupación por la estética urbana y el ennoblecimiento de la ciudad y el realce y aumento de su belleza, ordenación y buena y regular traza, difundióse en los medios cortesanos y llegó a alcanzar hasta los populares. Las teorías de Eximeniç no fueron en el ambiente de las comarcas del Levante español en el siglo XIV un hecho aislado, sin consecuencias prácticas. Al mediar ese siglo, al calor de la riqueza producida por las actividades industriales y mercantiles, surgió en las tierras mediterráneas de la Corona de Aragón un nuevo espíritu ciudadano, una nueva sensibilidad, reflejo sin duda de los de las ciudades italianas, con las que tan estrechamente estaban enlazadas, política y comercialmente, las catalanas y valencianas.

Desde la segunda mitad del siglo XIV, y sobre todo en el siguiente, difundióse en nuestra Patria la afición a los desfiles suntuosos, a las justas, torneos, juegos de cañas y sortijas y correr de toros. Al mismo tiempo, cundía el gusto por la ordenación y simetría, tanto en los edificios como en los conjuntos urbanos. En torno a las construcciones monumentales se propugnaba hubiese amplios espacios libres ("Un edificio debe de estar siempre exento para que pueda verse su forma exacta", escribió Leonardo de Vinci en uno de sus cuadernos); las calles tendrían mayor ancho y trazado rectilíneo y gran tamaño y regularidad las plazas, bordeadas unas y otras de excelentes y uniformes edificios. No deberían faltar en la ciudad jardines y paseos con grandes fuentes y amplias perspectivas abiertas.

Esta ciudad ideal por la que suspiraban las gentes imbuídas por el nuevo espíritu renacentista, era la antítesis de las hispanomusulmanas. Entonces comenzaron las críticas acerbas de éstas, no interrumpidas hasta nuestros días a través de figuras tan relevantes como la de don Antonio Ponz. Una de sus primeras manifestaciones conocidas aparece en una carta de 18 de julio de 1393, dirigida por los *Consellers* de Valencia a sus representantes en Aviñón, en la que dicen haber sido esa ciudad edificada *per moros a lur costum estreta e meçquina, ab molt carrers estrets volcats e altres deformitats*. Y en nueva carta de 15 de septiembre del

y cuyas consecuencias alcanzan la era de la arquitectura moderna" (*Leonard architecte*, por Alberto Sartoris, París, 1952, pág. 53).



mismo año insisten sobre *les deformitats que son en aquesta ciutat de carrer morisch e daltres dolenties* (1). Consecuencia fué iniciarse en la región levantina las reformas urbanas, con la apertura de nuevas plazas y el ensanche de las antiguas y de las calles.

Algunos de los monarcas de la dinastía aragonesa-catalana de los siglos XIV y XV, cultos, amantes de la vida grata y suntuosa, aficionados a los jardines, fueron eficaces intérpretes de la nueva concepción del escenario urbano. La idea del embellecimiento de la ciudad por medio de construcciones monumentales, está explícita en el documento por el que Pedro IV el Ceremonioso autorizó en 1339 la cobranza de impuestos para construir una lonja en Barcelona, que se levantaría, dice la disposición regia, "para honra suya y ennoblecimiento de la ciudad" (2). A pesar de la fecha temprana, no extraña encontrar esa preocupación en un monarca, precursor de la sensibilidad renacentista, al que ni los quehaceres políticos ni los militares impidieron ocuparse de continuo, descendiendo hasta los detalles más insignificantes, en reparar las construcciones antiguas y levantar otras nuevas por todo su reino y decir las plantas y flores que deberían plantarse en los jardines de sus palacios. El mismo rey escribía a su tesorero en 1380 haciendo un cálido elogio de la Acrópolis de Atenas, conocida entonces por castillo de Cetines.

Durante el reinado de Pedro IV, Barcelona se embelleció con gran número de importantes edificios. Como ejemplo del deseo existente por entonces de aumentar los espacios libres en su interior, pueden citarse los derribos de viviendas hechos en 1356 delante del portal episcopal para hacer una plaza (3).

En 1403 Martín el Humano quiso derribar varias casas de la plaza situada delante de su palacio mayor de Barcelona con

(1) Arch. Mun. de Valencia, Libro de cartas misivas, núm. 5, según cita de Fernando Llorca Dié: *La escuela valenciana de arquitectos* (Valencia, 1933), pág. 18, n. (3).

(2) "...ad honorem nostrum et nobilitatem dictae civitatis." Privilegio en favor de los Concelleres de Barcelona y de la imposición con que se proponían cargar las mercaderías en favor de la obra de la nueva lonja comercial (Capmany: *Memorias históricas... de la antigua ciudad de Barcelona*, vol. IV [Madrid, 1792], pág. 97). Más de un siglo pasaría antes de que Alberti escribiese que la "majestad de los cargos públicos debe corresponderse con la de los edificios donde se ejercen; la grandeza de la arquitectura está unida a la de la ciudad y la estabilidad de las instituciones se suele medir por la solidez de los muros y bóvedas que las cobijan" (*De re aedificatoria*). La idea no era nueva: en el siglo XIV dijo lo mismo Ibn Jaldún.

(3) Josep M.<sup>a</sup> Madurell Marimón: *Pere el Ceremonios i les obres públiques (Anàlecta Sacra Tarraconensia, v. XI, Barcelona, 1935, págs. 378-379).*

objeto de agrandarla y poder celebrar en ella justas y torneos que contemplar desde aquél. En las numerosas cartas conservadas del monarca sobre este asunto, dirigidas unas a su “maestre racional” y otras a los *Consellers*, insiste repetidamente en la belleza e infinito provecho que la hermosa plaza reportaría a la ciudad, y, para convencer a regidores municipales, la primera de las razones que alega—las otras dos son de índole más práctica—es *que n sera decorat lo publich de la dita ciutat*, en lo que ellos se esfuerzan, como sus predecesores *han acostumat ab diligencia de esforçar de embellir aquel segons experiencia ho ha mostrat axi en fer e construir notable e bella habitació de consell com en altra manera per moltes places e altres embelleciments qui es cosa deguda e pertanyent a insigne ciutat*.

El mismo monarca y en igual fecha escribía a los jurados de Villafranca conminándoles para que terminasen la obra de conducir agua potable a las fuentes de la villa, pues concluída ésta *pendria gran augmentació, ennoblehiment e bellea* (1).

En 1409 el Colegio de mercaderes de Mallorca proyectó construir una lonja “que ennobleciese su profesión y la ciudad”.

Igual sentimiento de la conveniencia del engrandecimiento e importancia de la nobleza y pompa urbanas manifestaba Alfonso V el Magnánimo, entusiasta enamorado de la Italia cuatrocentista, en 1450, en el preámbulo de la carta redactada por su secretario Arnaldo Fenolleda, autorizando se construyeran casas adosadas al muro de la ciudad de Barcelona, en el trecho de la rambla que va desde el portal de Santa Ana hasta el de Atarazanas (2).

La espléndida Valencia de los últimos tiempos medievales, rebuscante de vida y riquezas, también conoció tempranamente la preocupación por el mejoramiento urbano. Al construir la nueva cerca en 1356, en el reinado de Pedro IV, obligada por el gran crecimiento de la ciudad, encerrando dentro de ella la islámica y algunos de sus arrabales, ensancháronse calles y se reconstruyeron y edificaron muchas casas (3). En 1372 acordó el *Consell* abrir varios *azucachs* (callejones ciegos, sin salida), para facilitar

(1) *Itinerari del rey en Martí* (1403-1410), por Daniel Girona Llagostera (*Institut d'Estudis Catalans, Annari*, MCMXIII-XIV, a. V, Barcelona, 1915, págs. 535-539); Rubió: *Vida española en la época gótica*, págs. 25-26.

(2) Arch. Cor. de Aragón, reg. 2.618, fol. 68 v.º, según cita de Rubió: *Vida española en la época gótica*, págs. 25-26.

(3) Sanchis Sivera: *Arquitectura urbana en Valencia durante la época foral* (*Arch. de Arte Valenc.*, a. XVIII, pág. 4).

el tránsito (1). Ocho años después se procedió al *enderrocament* de *postichs* (2). El pintor Ferrer Querol recibía en 1383 el precio de una casa expropiada en la *plaça* de Caxers para ensanche de la calle de San Vicente (3); acordado por el Consejo el derribo del antiguo portal de la Boatella, realizado, desde San Martín hasta el de San Vicente, sería la calle más larga y desembarazada. En 1401 se dispuso la demolición de los portales de Baldina, Roterós y Aviñón para mejorar la ciudad (4).

Con objeto de dar digno cuadro al portal de Serranos, exponente de la grandeza de la ciudad, levantado de 1392 a 1398 en la cerca de 1356, se compró y derribó una gran casa en 1388 para hacer una plaza inmediata, agrandada con otras demolidas en 1406. Al año siguiente el *Consell* acordó, *per embelliment de la obra* del portal Nou del camino de Murvedre, y quitar angosturas, facilitando el paso de las bestias cargadas por esa puerta, derribar dos pequeñas construcciones que obstruían en parte la calle que iba desde ella al templo de San Lorenzo (5).

En 1409 decidió el *Consell*, "después de muchas palabras y razones", por ser *cosa de gran embelliment de la ciutat*, abrir una nueva calle desde el antiguo baño de la plaza de la Figuera, calle que, cruzando el barrio de la desaparecida judería, llegase a la Mayor del Mar (6). Para el ensanche de la de las Cortes, hoy Caballeros, esquina a la plaza de San Bartolomé, le fué expropiada una parte de su casa en 1417 al pintor Domingo Crespi (7).

Pero todavía al mediar el siglo xv abundaban en Valencia las calles angostísimas, herencia de la ciudad musulmana. En algunas, como la de la Pellería, de intenso tránsito, no había espacio suficiente para la gran muchedumbre de gentes, peatones y caballerías que por ella se dirigían al mercado. También embrazaban la circulación en varios lugares *postichs e porches de madera*, a los que antes se aludió, cobertizos o soportales levan-

(1) Fr. Josef Teixidor: *Antigüedades de Valencia*, I (Valencia, 1895), pág. 142.

(2) "Manual de Consells", t. XVII, fols. 239 y 260 v.º, Arch. Mun. de Valencia, citado por Sanchís Sivera: *Arquit. urbana en Valencia*, pág. 6.

(3) J. Sanchís Sivera: *Pintores medievales en Valencia* (Arch. de Arte Valenc., a. XIV, 1928, pág. 18).

(4) Teixidor: *Antigüedades de Valencia*, I, pág. 142.

(5) "Manual de Consells", 2.º del núm. 22, fol. 151 b, citado por Teixidor: *Antigüedades de Valencia*, II (Valencia, 1895), pág. 149.

(6) "Manual de Consells", núm. 23, fol. 163 b, Arch. Mun. de Valencia, citado por Teixidor: *Antigüedades de Valencia*, II, págs. 154-155.

(7) Sanchís Sivera: *Pintores medievales en Valencia*, pág. 28.

tados delante de tiendas y obradores, con los que sus dueños ampliaban el reducido espacio en el que ejercían su industria o comercio. Prohibiéronse a fines del siglo XIV, pero aun subsistían en 1447 (1).

En el siglo XV, la Reina Doña María dictó una sentencia mandando derribar los cobertizos o soportales subsistentes, con objeto de dar amplitud y embellecer la ciudad, y en los años de 1493 y 1494 expropiáronse numerosas casas para ensanchar las calles y plazas alrededor de la catedral (2).

Muy expresivo es el acuerdo, confirmación de otros anteriores, por el cual dispuso el Consejo General de Valencia que se construyese una *Lonja molt bella, magnífica y sumptuosa, honor y ornament daquesta insigne Ciutat*.

Lejos de las riberas mediterráneas, en las tierras pobres y de clima extremado de las mesetas de la mitad septentrional de la Península, en las que la monumentalidad se había expresado únicamente, aparte de las fortalezas, en los templos, con desprecio hacia el aspecto exterior de las viviendas, no podía encontrar eco prematuro e intenso la nueva preocupación renacentista por la grandeza y belleza urbanas.

Sin embargo, también llegó a Burgos, cabeza de Castilla, la aspiración de mejoras urbanas y el deseo de ensanchar las angosturas de calles y plazas, pequeñas todas estas últimas, excepto la del Mercado. La plaza de Santa María se cita en 1254; en 1429, el obispo don Pablo de Santa María y el cabildo catedral mandaron derribar "por provecho y honra" de la iglesia episcopal "ciertas casas de la iglesia de Santiago, que estaban a derredor de la fuente e empechaban la vista de la puerta real, que es la principal de la dicha nuestra iglesia; e otrosí para que fuese fecha plaza ante la dicha portada" (3).

Poco antes de mediar el siglo XV, en 1447, el prelado D. Alfonso de Cartagena proyectó también ampliar la cercana plazue-

(1) Arch. Gen. del reino de Valencia, según cita de Sanchís Sivera: *Arquitectura urbana en Valencia*, pág. 6.

(2) *Aureum opus*, fol. 194 v.º, y "Manual de Consells", núms. 47 y 48, de 7 abril 1493 y 26 enero y 1.º septiembre 1494, citados por Sanchís Sivera: *Arquitectura urbana en Valencia*, págs. 4, n. (1), y 6.

(3) Arch. Cat. Burgos, R. 1.º, fol. 252, citado por Manuel Martínez Sanz: *Historia del templo catedral de Burgos* (Burgos, 1866), págs. 238-239. Se hicieron en la plaza algunas otras obras, de reforma y ensanche, en los años 1466, 1587 y 1663-1667.



*Villalón (Palencia).—Calles.*



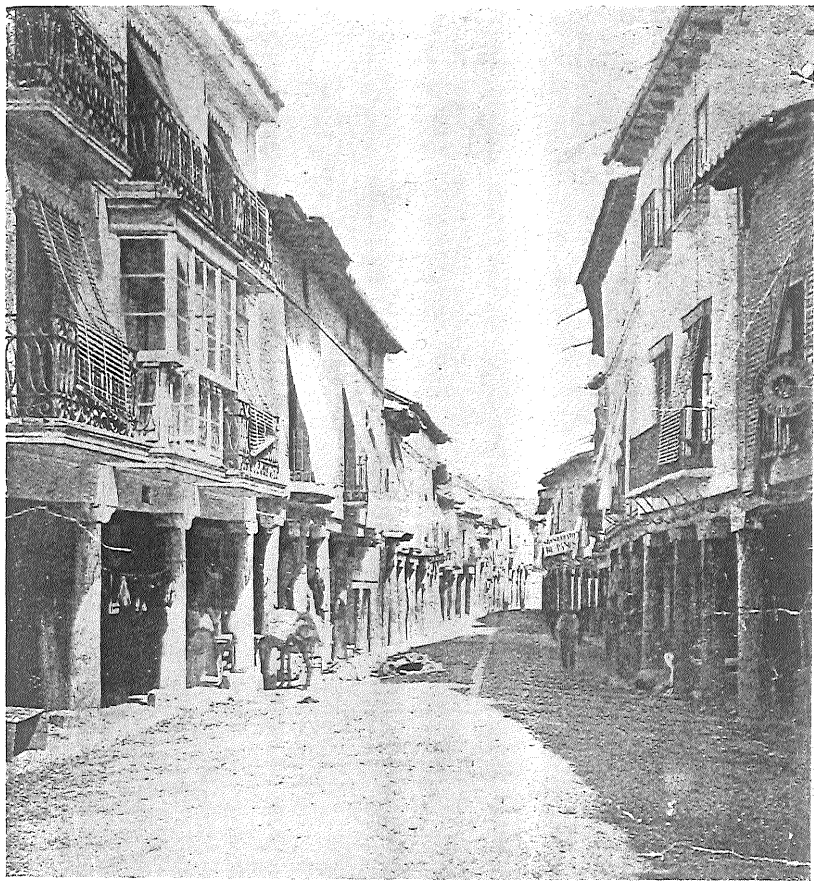
*Aguilar de Campóo (Palencia).—Calles.*



*Medina de Rioseco (Valladolid).—Calles.*



*Medina de Rioseco (Valladolid).—Calles.*



*Medina del Campo (Valladolid).—La Rúa hacia 1880.*



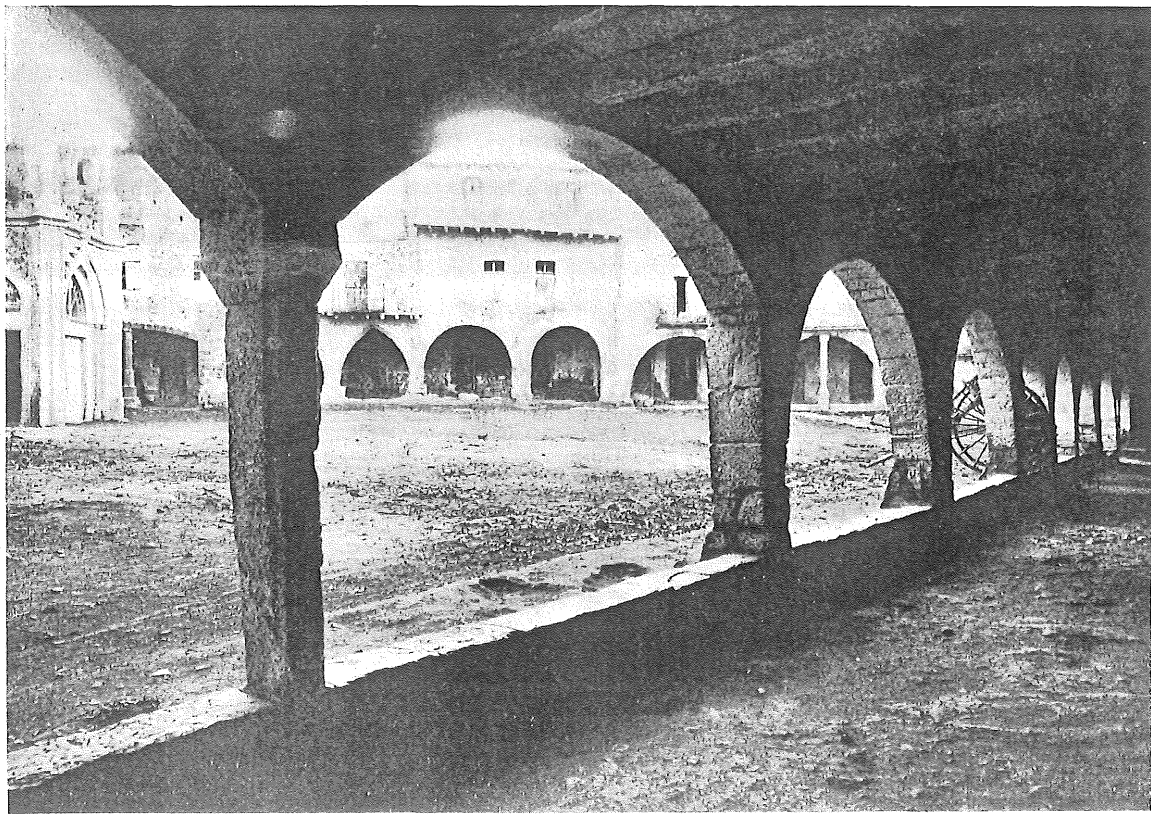


*Aguilar de Campó (Palencia).—Calle.*



*Támara (Palencia).—Calle.*

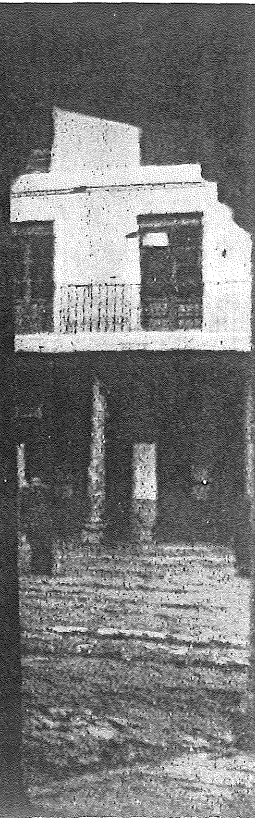
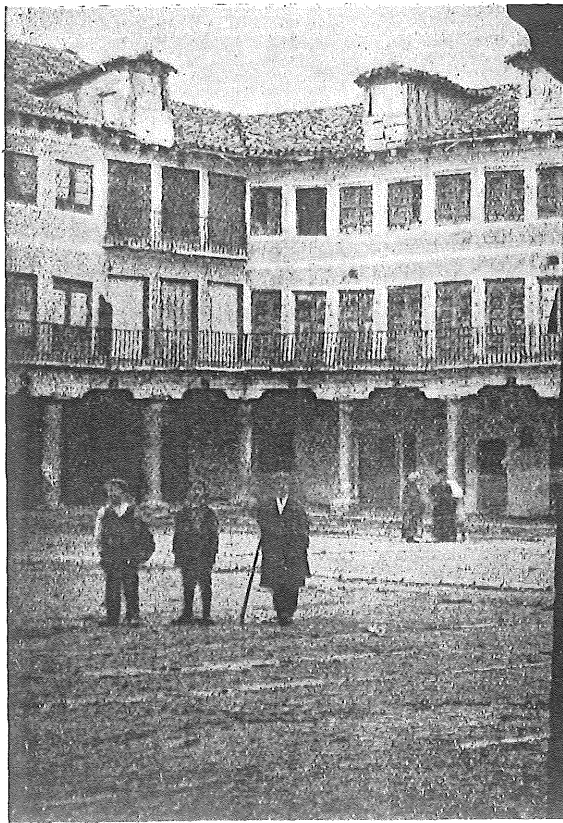




*Santa Pau (Gerona).—Plaza. (Fot. Más.)*



*Alinsa* (Huesca).—Plaza.



*Tordesillas* (Valladolid).—Plaza Mayor.



*Peñafiel* (Valladolid).—Plaza de Toros.

la del Sarmental, dada por Alfonso X en 1257 a la catedral (1), en la que estaba el palacio de la mitra, empedrándola e instalando en ella una fuente, a la que se llevó el agua desde la de la otra plaza. Contribuyeron con el obispo a costear la mejora la ciudad y el cabildo catedral; reconoció éste que todo ello redundaría "en honra de la iglesia e de la cibdat" (2).

Los toros solían correrse en esa plaza del Sarmental y en la de la Llana; en la primera se celebró un festejo taurino en 1351, con asistencia de Don Pedro I.

La afición de los elementos dirigentes de la sociedad castellana, y tras ellos los de más modesta condición social, a la vida refinada, al lujo y a la ostentación, bien patente en los reinados de Don Juan II y de Enrique IV, tal vez siguiendo modas cortesanas de Borgoña e influencias levantinas, contribuyó a introducir la preocupación urbana en el reino de Castilla. Me limitaré a señalar sus reflejos en dos ciudades de vida agrícola y rural, Jaén y Badajoz.

El condestable don Miguel Lucas de Iranzo, privado algún tiempo de Enrique IV, hombre de modesto origen y vida fastuosa, cosas ambas frecuentemente unidas, compraba y acrecentaba en el tercer cuarto del siglo xv, "anchuras y exidos y plaças" y reparaba "plaças e calles y pilares y caminos; y haciendo otras muchas y diuersas cosas, en grande onrra, vtilidad y prouecho" de Jaén y de sus moradores. Cuenta también su biógrafo que el citado condestable "siempre andaua mirando y con toda solícitud procurando cómo la dicha çibdad fuese ennobleçida e decorada en todas cosas, mandando labrar e reparar las torres y muros; y en otros lugares haciendo de nuevo do era menester, y allanando las plaças y calles, carreras, caminos, y haciendo otras muchas lauores y cosas que redundauan en grande vtilidad y provecho y enobleçimiento de la dicha çibdad", entre ellas la de abrir alguna plaza nueva, ensanchar y allanar las existentes, limpiar muladares e instalar fuentes en diversos lugares (3).

---

(1) "... una plaza en la glera" (entonces no se llamaba aún del Sarmental), Arch. Cat. Burgos, R. 3, fol. 187, según cita de Martínez Sanz: *Historia del templo... de Burgos*, pág. 244.

(2) *Los conversos D. Pablo de Santa María y D. Alfonso de Cartagena*, por el R. P. Luciano Serrano (Madrid, 1942), pág. 168.

(3) *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo* (Crónica del siglo xv), edic. y est. por Juan de Mata Carriazo (Madrid, 1940), caps. XI, XVI, XXI y XXXVII, págs. 117, 121, 177, 225 y 380.

Análogo interés por el semblante urbano revela la autorización concedida en 1458 por la ciudad de Badajoz al deán y cabildo eclesiástico de su catedral para que hicieran portales con arcos de ladrillo y piedra en sus casas de la plaza (alta), "porque la dicha plaza sea más noblescida" (1).

Pero la época de más radicales reformas en las villas y ciudades de los reinos de Castilla y Aragón fué la del reinado de los Reyes Católicos.

### Las plazas mayores: de mercados a lugares de espectáculos.

Tema extraordinariamente sugestivo y apenas desflorado es el de nuestras plazas mayores. Para su cumplida exposición habría que hacer un inventario de las existentes y fijar su cronología. Falto de esos datos, he de limitarme a un rápido estudio previo y a conclusiones sujetas a revisión (2).

El mercado periódico estaba emplazado, como antes se dijo, en las ciudades de los siglos X al XIII fuera de la agrupación urbana, extramuros, junto a una de las puertas de la cerca, ya que en su interior, apretujadas las casas al borde de calles y callejuelas angostas, no había vastos espacios libres.

También se vió en las páginas precedentes cómo el lugar del mercado fué siempre foco de atracción de gentes que en él se establecían, por vivir del tráfico comercial, formándose así un arrabal, del que el primitivo campo de contratación pasó a ser plaza central, más o menos urbanizada.

Una gran plaza ex profeso para celebrar mercados se dispuso al ampliar Estella, poblando en 1187 la Población del Rey (San Juan), según afirma Lacarra (3). Sería temerario juzgar de sus dimensiones y estructura por la vasta actual.

En Castilla y León no subsisten plazas medievales que permitan seguir su evolución.

En algunas ocasiones, en núcleos urbanos anteriores se quiso

(1) *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, por D. Juan Solano de Figueroa, primera parte, IV (Badajoz, 1932), págs. 214-215.

(2) El excelente artículo de Robert Ricard, *La "Plaza Mayor" en Espagne et en Amérique espagnole, Notes pour une étude (Annales, París, 1947)*, se refiere a época posterior a la medieval.

(3) Lacarra: *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón*, pág. 14.

abrir plaza de mercado intramuros, y hubo que derribar buen número de viviendas para conseguirlo. Tal creo que es el origen de la plaza de Vich, en la que se celebraba mercado a principios del siglo XIII (1). Noble y anchurosa, las construcciones que la rodean han sido totalmente renovadas en diferentes épocas. Su colocación, casi en la periferia del recinto murado, y su enlace con las calles en torno, fundamentan la sospecha de haberse hecho rompiendo un núcleo urbano anterior. Consta que en Lérida, en el siglo XIV, se derribaron casas para hacer una plaza Mayor, la de San Juan o de la Constitución, entre el cerro del castillo y el Segre (2).

Ya se vió en páginas anteriores cómo las villas fundadas en la Plana de Castellón, en la segunda mitad del siglo XIII y en el XIV, por Jaime I y sus sucesores, de trazado regular, tenían plaza mayor central, cuya importancia acrecentaba el emplazamiento de la iglesia en ella, disposición poco frecuente.

Permanecen algunas pintorescas plazas de mercado, aun de estructura medieval, en Cataluña, singularmente en la región pirenaica, en el oriente de Aragón y en el Maestrazgo. Ninguna de ellas parece anterior a los últimos años del siglo XV ó a los comienzos del XIV. Dos de las más bellas y mejor conservadas son las de Santa Pau (Gerona) y Ainsa (Huesca). Esta última es rectangular, de 187 metros de longitud por 97 de ancho; está abierta por uno de sus lados y ocupa su fondo la casa consistorial, horadada por un arco que conduce a la calle Mayor; sobre sus soportales levántanse viviendas de una o dos plantas, cuyos muros de fachada se abrirían en la Edad Media por huecos más reducidos que los actuales.

Tienen estas plazas amplios soportales abiertos por arcos bajos y desiguales, agudos y semicirculares, de mampostería o sillería (3). Los edificios que las cierran suelen ser desiguales, pero la unidad se logra, a pesar de lo vario de sus arcos, por los soportales que bordean todo su perímetro. Muy prácticos en climas lluviosos y fríos, eran lugares de exhibición y venta de mercancías de las tiendas y obradores situados en su fon-

---

(1) Carreras Candi: *Notes dotzentistes d'Ausona* (Bol. Acad. Buenas Letras de Barcelona, t. IV, págs. 433 y sigs.).

(2) *Apuntes complementarios sobre la plaza Mayor española y el "Rossio" portugués*, por Robert Ricard (*Estudios geográficos*, a. XIII, 1952, pág. 230).

(3) Cuando algunas de estas viejas plazas del nordeste de España tienen dinteles en vez de arcos, como la de Graus (Huesca), débese a reconstrucciones modernas.



do y de comerciantes callejeros; en ellos, los compradores, libres de los carros y animales que ocupaban el centro, podían regatear tranquilamente. Casi todas estas plazas eran de tipo cerrado y las calles que a ellas conducían desembocaban en sus ángulos, disposición lógica para que la circulación no perturbase el mercado establecido en su centro. Además de lugar de celebración de éste, la plaza era, como el foro clásico, lugar de reunión y paseo. En su centro solía levantarse una cruz de piedra.

No todas las plazas mayores conservadas en el nordeste de España tienen planta rectangular. Irregulares son las de Lérida y Balaguer, entre otras. En algunas está en ellas la casa de ayuntamiento, como en la citada de Ainsa, edificio municipal cuyos primeros ejemplares levantados para ese destino empezaron a aparecer en la misma región a fines del siglo XIV y en el XV, por influencia de Francia e Italia.

Soportales debieron de tener las plazas mayores de las villas y ciudades de la corona de Aragón en el siglo XIII. A principios del XIV, en 1306, concedía Jaime II a la ciudad de Játiva los pórticos de la plaza del Mercado hasta la puerta del Puig para que se celebrase en ellos la feria anual (1), pórticos o soportales contruídos sin duda después de la conquista de la ciudad, pues es disposición urbana ajena a las hispanomusulmanas.

Este tipo de plazas mayores con soportales abiertos por arcos de piedra parece proceder del otro lado de los Pirineos. Semejantes a algunas de las españolas, y también de mercado semanal, son las de Auvillars (Tarn-et-Garonne); Montauban (Tarn-et-Garonne), villa fundada en 1144 por Alfonso Jourdain, conde de Toulouse (la plaza reconstruyóse en el siglo XVII); Saint-Macaire (Gironde) y Montpazier (Dordogne), *bastide* esta última creada en 1284 para el rey de Inglaterra (2).

Al mismo tiempo que en las tierras levantinas empezaba a variar prematuramente en el siglo XIV el concepto de la ciudad, como se expuso en páginas anteriores, surgía la idea de la plaza como expresión de la grandeza cívica, destinada a más altos fines que su corriente función mercantil.

En 1352, Pedro el Ceremonioso mandaba levantar un estrado

(1) *Datos para la historia de Játiva*, por el Dr. Carlos Sarthou Carreres, t. I (Játiva, 1933), pág. 109.

(2) *Histoire de l'Urbanisme, Antiquité, Moyen Age*, por Lavedan, págs. 300, 309, 474 (fig. 332), 476, 478 (fig. 340) y 483 y lám. XXVI.



en la plaza de Santa María del Mar, de Barcelona, para desde él arengar al pueblo (1). Pocos años después, entre 1381 y 1386, el fraile franciscano Francisco Eximeniç, al definir en su vasta enciclopedia *El Crestiá* cómo debe de ser la ciudad bella y bien edificada, dice que en su centro, en el cruce de sus dos calles principales, tendrá una gran plaza con gradas alrededor y el palacio episcopal; no se permitirán en ella solaces deshonestos ni la instalación del mercado ni de la horca para castigo de los delincuentes (2).

Con el mismo espíritu, las Ordenanzas de Zaragoza confirmadas por el rey don Juan (1458-1479) definen la plaza o mercado como el "lugar más noble e conveniente de toda la dita ciutat, e ende todas las gentes assí de aquéllas como forasteros o corren o están" (3).

Pero a esta dignidad de la plaza mayor, que anuncia la que más tarde pedían para ella los tratadistas de las formas urbanas del Renacimiento, se superpuso en la Península otra función que acabará por desplazar completamente la de noble centro cívico de la *urbs*, sin perder nunca la práctica y originaria de mercado.

Como para otras muchas novedades, Levante abrió la marcha. En 1407 el síndico de la ciudad de Valencia intentó ocupar un extenso espacio o plaza que había delante del monasterio de San Francisco y hacerle plaza para corridas de toros, cañas y otros regocijos públicos, a lo que se opusieron los padres menores de dicho convento (4).

Pero no fué en esas tierras levantinas, sino en los dominios de la corona de Castilla donde se desarrolló la plaza mayor como teatro y lugar de espectáculos religiosos y profanos, algunos de ellos con ese doble carácter, tan castizamente hispánico.

Ignoramos cuándo llegó a la meseta central—en fecha tardía, probablemente—la moda de las plazas con soportales. A la sólida estructura pétrea y pesada de las levantinas sustituyó en esas tierras de barro una pobre, de pies derechos, rollizos y dinteles también de madera. Así fué probablemente la plaza Mayor de Valla-

---

(1) *Crónica del Rey D. Pedro IV el Ceremonioso*, por Antonio de Bofarull (Barcelona, 1850), pág. 314.

(2) Eximeniç: *El Crestiá*, XII, cap. 110: *Quina forma deu haver ciutat bella e be edificada*".

(3) Manuel Mora Gandó: *Ordenanzas de la ciudad de Zaragoza* (Zaragoza, 1908), págs. 578-579.

(4) *Antigüedades de Valencia*, escribiólas en 1767 Fr. Josef Teixidor, t. II, pág. 22.

dolid, de la que más adelante se hace amplia referencia, incendiada en 1561, modelo probable de otras muchas (1), y tal vez una de las más viejas de Castilla y León. Podemos formar idea de su estructura por los restos que quedan en algunas villas de menos importancia; los más viejos apenas alcanzarán los últimos años del siglo xv, pues la pobreza y fragilidad de su construcción las condenó a desaparecer prontamente.

Rollizos y postes de madera, perdida casi siempre su primitiva



*Tordesillas (Valladolid).—Plaza Mayor. (Dib. de José Menéndez Pidal.)*

verticalidad, carcomidos y desplomados, a los que coronan toscas zapatas de apeo de vigas horizontales o dinteles, pueden verse todavía en los soportales de plazas y calles de Villalón, Tordesillas y Aranda de Duero, entre otras villas (2). La Rúa de Medina del

(1) Aventurado sería suponer que el campo extramuros donde se celebraba el mercado en Valladolid en el siglo xiii, en el que en 1217 testimonios contemporáneos afirman cedió doña Berenguela el trono de Castilla a su hijo Fernando (III), cuyo emplazamiento ocupa la plaza Mayor, fuera plaza porticada.

(2) Muchos de los soportales de las plazas mayores de las villas castellanas son tardíos, de los siglos xvi y xvii, o en éstos sustituyeron su anterior estructura de madera por otra de pilares de sillería. Aranda de Duero, por ejemplo, no tenía a comienzos del siglo xvi soportales en sus plazas, pues no se ven en la perspectiva de esa villa conservada en el Archivo de Simancas. En una de las plazas, la llamada en el siglo xix de la Constitución, situada a mano derecha entrando por el puente, un letrado dice: "la plaza nueva". En ella aparecen un rollo o picota y una horca.—A mediados del siglo xvi, el Regimiento de Medina de Ríoseco autorizó a los dueños de las casas comprendidas entre la calle de las Armas y la puerta Nueva para hacer, saliendo a lo público, los portales que se llamaron del Carbón por haberse trasladado a ellos los puestos de venta

Campo, la principal de tráfico de sus célebres ferias, ocupada entonces en gran parte por los "cambios", conservó hasta el año 1880, aproximadamente, soportales de ese tipo, cuyo recuerdo conserva una vieja fotografía de la antigua colección Laurent. Semejantes serían los de su inmensa y hoy destartalada plaza y de las restantes calles comerciales. En esa que fué muy rica villa, muchas casas, dice, entre otros testimonios, Pedro de Medina, eran todas de madera, por lo que sufrió de destructores incendios, en 1479, 1491 y 1492; en 1520, en la guerra de las Comunidades, los soldados del emperador alumbraron otro que duró tres días, ardiendo de 700 a 900 casas (1). Por eso un viajero que visitó Medina en 1525 decía "que la mayor parte de las casas son nuevas".

En la plaza del mercado de Burgos, intramuros desde fines del siglo XIII, abundaban en las postrimerías del XVI los postes de madera muy viejos que sostenían las casas que la rodeaban y hacían "mucho indecencia y desadorno" (2).

En el fastuoso reinado de Don Juan II, hombre, dice el obispo don Lope de Barrientos, "que siempre se pagaba de ver justas y placeres" (3), debieron de levantarse no pocas plazas dispuestas ya especialmente para espectáculos. En adelante la plaza mayor, conservando su oficio periódico de mercado semanal, cuyas mercancías se ofrecían en el centro y en los soportales, y la de lugar

---

que antes se situaban en las afueras de la puerta de Posada (*Crónicas de antaño... de Medina de Rioseco*, por Valencia Castañeda, pág. 26).—En 1580, al ensanchar la plaza de Ciudad Rodrigo se hicieron soportales y pilares para el mercado (*Ciudad Rodrigo. La Catedral y la ciudad*, por don Mateo Hernández Vegas, t. II, Salamanca, 1935, pág. 46).

(1) *Cronicón de Valladolid* (Colec. de doc. inéd. para la Hist. de España, XIII, págs. 141, 181 y 197); *Las antiguas ferias de Medina del Campo*, por Cristóbal Espejo y Julián Paz (Valladolid, 1908), págs. 45-47.

(2) López Mata: *Geografía urbana burgalesa en los siglos XV y XVI*, pág. 19. La espaciosa plaza mayor de Ocaña era un "ruinoso y feo vegetorio de maderas podridas", según don Antonio Ponz, que asistió a su reconstrucción en el último cuarto del siglo XVIII y aplaude la uniformidad de las nuevas fachadas (*Viaje de España*, XVI, Madrid, 1791, pág. 14).

(3) Como ejemplo, puede citarse el de Ciudad Rodrigo. Refiere Hernández Vegas que en el siglo XVI los torneos se hacían siempre en la plaza Mayor y "eran tan frecuentes y comunes a todas las clases sociales, que en ocasiones hubo que tomar precauciones para que ¡los canónigos! no tomaran parte en ellos". "Cuando el Papa prohibió las corridas en coso cerrado, el Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo alegaba como razón suprema la necesidad de conservarlas para adiestrarse en ellas para los torneos y para la guerra y siguen celebrando las corridas corriendo los toros por las calles, cerradas las puertas de la muralla, a veces de noche y con luminarias en los cuernos" (*Ciudad Rodrigo*, II, págs. 97 y 108, n. [2]).

de comercio permanente en las tiendecitas abiertas en el fondo de los últimos, sirvió también de escenario de espectáculos públicos, torneos, juegos de cañas, lidia y rejoneo de toros, celebración de triunfos bélicos y de fastos de la monarquía, cabalgatas gremiales, comedias, danzas, autos sacramentales, ajusticiamientos, y, desde fines del siglo xv, autos de fe, espectáculos estos últimos con los que culminó el apogeo de las plazas mayores. Todos fueron, por su número, duración, pompa y suntuosidad, una de las grandes pasiones nacionales de la época de los Austrias, como solemnes funerales de una gran nación mutilada, empobrecida y despoblada.

Las plazas mayores prestábanse admirablemente a servir de escenario urbano monumental a esos espectáculos. Al complicarse la función hubo de variar su forma. Pidióse, de acuerdo con los gustos urbanos de la época, mayor regularidad en su traza. Las fachadas sobre los soportales se organizaron para el fin espectacular, principal razón de su existencia, reduciendo en lo posible la altura de los hollados, para aumentar el número de plantas, y perforándolas al máximo para que desde balcones seguidos o ventanales pudieran contemplar crecido número de espectadores las funciones, inocuas unas veces, trágicas otras, que en la plaza se celebraban. En las villas de corte se dispusieron balcones para las personas reales, y en las restantes, para los regidores municipales, cabildos eclesiásticos y justicias, balcones o corredores siempre solitadísimos, cuya propiedad solía estar vinculada, resultando que los dueños de las casas no lo eran de sus balcones y ventanas.

De la función de las plazas mayores a partir de los años finales del siglo xv da perfecta idea la descripción que de la del Zocodover en Toledo hizo el doctor don Francisco de Pisa poco más de un siglo después. En ella se vendían “todo género de frutas, y otros bastimentos, continuamente. Y en el día de martes en cada semana se hace en ella mercado franco, de todas provisiones, de aves, de pescados, de aceite, de miel, de tocinos, queso y todo género de cosas de comer, y otras necesarias a la vida humana. En ella se hacen los juegos de cañas, y se corren toros a sus tiempos, y aquí se suele celebrar lo más ordinario el auto de la Fe, por el Santo Oficio, haciendo a una parte de ella los cadahalsos, uno en que se sientan los señores y otro para los reos y penitentes. Está la plaza cercada de soportales, en que moran carpinteros, y de otros oficios mecánicos. Y las casas alrededor de la plaza se han reno-

vado y mejorado de nueva y más curiosa labor, con sus balcones de hierro, para ver los juegos o espectáculos, desde el año pasado de mil y quinientos y noventa y dos" (1).

Tal vez se construyese en el reinado de Don Juan II la mencionada plaza Mayor de Valladolid, organizada ya para espectáculos según descripciones anteriores a su incendio. Al pasar por esa ciudad en 1428 la Infanta doña Leonor de Aragón, camino de Portugal adonde iba para casarse con el príncipe don Duarte, fué obsequiada con suntuosas funciones y torneos, celebrados en la plaza Mayor. En ella murió decapitado en 1453 el condestable don Alvaro de Luna, en un cadalso guarnecido y aderezado en consonancia con la grandeza del personaje y el acontecimiento, y sobre rica alfombra. Su cabeza, puesta sobre una espiga y punta de hierro, estuvo expuesta en el mismo cadahalso durante nueve días (2). En 1461, en un gran fuego en esta plaza Mayor, se quemaron, entre grandes y pequeñas, 430 casas (3). En 1559 fué escenario del primer auto de fe celebrado en Valladolid por la Inquisición, en el que ardieron en la hoguera 14 condenados (4).

Antes de su incendio en 1561 la describieron Lucio Maríneo Sículo y Pedro de Medina. El primero dice era "muy grande y no menos hermosa. Enderredor de la cual hay todos los oficios y mercadurías y se venden los bastimentos cotidianos en muy grandísima abundancia. En el circuito desta plaza en el espacio de setecientos pasos contamos trescientas y treinta puertas y tres mil ventanas y más vimos todos los oficios" (5). No coinciden estas cifras con las dadas por Pedro de Medina, que dice ser la plaza "grande y hermosa ... en derredor de la cual están todos los edificios y mercaderes, en mucho número, en cuyo circuito de esta plaza se hallan más de quinientas puertas y dos mil ventanas" (6).

Derribando buen número de viviendas de la ciudad islámica

(1) *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*, por el Dr. Francisco de Pisa (Toledo, 1605), fol. 30 v.º

(2) *Crónica de don Alvaro de Luna*, edic. Carriazo, cap. CXXVIII, págs. 430-435.

(3) *Cronicón de Valladolid*, Colec. doc. inéd. para la Hist. de España, XIII, pág. 49.

(4) *Manual histórico y descriptivo de Valladolid* (Valladolid, 1861), págs. 32 y 55; *Años de Carlos V y Felipe II en Valladolid*, por Filemón Arribas Arranz (*Hispania*, VII, 1947, págs. 258, 264-265 y 270-271).

(5) Lucio Maríneo Sículo: *De las cosas memorables de España*, fs. XV r.º y v.º

(6) Pedro de Medina: *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (1548), cap. XCI, fol. 98 v.º

debió de construirse al mediar el siglo xv, al pie de la alcazaba, la plaza Mayor de Badajoz, ciudad a la que sin duda había llegado la afición a los espectáculos públicos que cambiaría la fisonomía de no pocas plazas españolas. En 1458 el concejo autorizaba al deán y cabildo de la catedral para que “podades facer, e fogades portales delant de las casas vuestras, que vos tenedes en la Plaza (alta) de dicha cibdad, ... e que los arcos que ficiéredes así los fogades sobre arcos de ladrillos e piedra, porque la dicha plaza sea más noblescida, con tanto que los dichos portales sean de la dicha cibdat, según las condiciones con que se han dado los otros portales de la dicha plaza” (1).

En Jaén, en el tercer cuarto del siglo xv, gobernada dicha ciudad por el magnífico señor don Miguel Lucas de Iranzo, se corrían los toros en la plaza del Arrabal, situada junto a la puerta de Santa María, principal carrera donde iban también a correr los caballos, y mercado a la vez. Había en ella miradores para contemplar esos espectáculos, y soportales. A jugar a las cañas íbase en cambio a la plaza de Santa María, que el citado condestable hizo ensanchar y allanar, por ser pródiga en peñas y muy áspera (2).

A fines del siglo xv se corrían vacas en el mercado de Burgos. Sobre muchas de sus casas, sostenidas en postes muy viejos de madera, tenía derecho el ayuntamiento para reservarse las ventanas en ocasiones de regocijos y festejos, como toros y cañas (3).

En 1493, estando en Barcelona los Reyes Católicos, encargaron a su contino Pedro de Roxas señalar el lugar en donde en Málaga se celebrase el mercado franco. Eligió el sitio tradicional, extramuros y delante de la puerta de Granada, en el arrabal, en una plaza que Roxas señaló y limitó, fijando lugar para portales y tiendas de propios. La plaza tendría “portalada de doze pies de hueco toda alderredor”, para el uso común, por la que se pudiese andar (4).

La plaza Mayor de Salamanca, antecesora de la espléndida barroca actual, probablemente con estructura de madera, era muy

(1) *Historia Eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, por D. Juan Solano de Figueroa, primera parte, IV, págs. 214-215.

(2) *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, edic. Carriazo, caps. XI, XVI y XXXVII, págs. 118-119, 177 y 380.

(3) López Mata: *Geografía urbana burgalesa*, pág. 19.

(4) *Documentos históricos de Málaga*, por el Dr. Luis Morales García-Goyena, t. I (Granada, 1906), págs. 82-94.

grande, según Pedro de Medina, y en ella acontecía “lidiar toros y jugar cañas juntamente, sin impedir el lugar del trato donde comprar y vender, ni a otra cosa alguna” (1).

Las ciudades andaluzas, que aun conservaban en gran parte su estructura islámica, carecían de vastas plazas, abiertas en bastantes de ellas—Sevilla, Córdoba, Granada, Antequera, Loja—en los siglos xv y xvi, derribando numerosas viviendas (2).

El Renacimiento reivindicó las calles y plazas con soportales por su ascendencia romana. Alberti señala lo conveniente de que toda calle tenga un buen pavimento y esté bien limpia, pero, además, será muy bella si sus pórticos son iguales y las casas que la bordean guardan una alineación perfecta y se elevan a la misma altura” (3). Antonio Averulino, el Filarete, proyectó su ciudad ideal radio-concéntrica en el siglo xv, con soportales en calles y plazas.

El Renacimiento pondrá orden, regularidad y simetría en las plazas mayores españolas, dándolas una monumentalidad que antes no tenían, para convertirlas en grandes escenarios al aire libre, cuya decoración permanente se enriquecía en las ocasiones de espectáculo con reposteros, tapices y ricos paños, colgados de los balcones y cubriendo cadahalsos y plataformas.

Cambiaba en aquellos años el estilo de la vida española medieval, mudanza que Juan de Valdés señalaba en algunas de sus manifestaciones diciendo que al “juego, al vestir, al vanquetear, que son tres cosas que con la venida de su magestad en España an crecido en tanta manera, que os prometo que se siente largamente por todas partes” (4).

---

(1) Medina: *Libro de grandezas*, cap. LXXXIX, fol. 96 v.º

(2) Fernando de Zafra escribía, al parecer en 1493, a los Reyes Católicos, que “Loja está bien avecindada, y agora ha fecho una plaza el correjidor en ella, que la ha ennoblecido mucho” (*Colecc. de docs. inéditos para la Hist. de España*, XI, Madrid, 1847, pág. 564). A comienzos del siglo xvi tan sólo había en la Antequera, intramuros una plaza muy estrecha e irregular; creciendo el número de pobladores, se pensó en ensancharla en 1502; siete años después ampliósse la plaza de Santa María, agrandándola una vez más en el reinado de Felipe II (*Antequera islámica*, por L. T. B., *Al-Andalus*, XVI, 1951, págs. 446-449).

(3) *De re aedificatoria*, libro octavo, cap. VI, pág. 27 (*Los diez libros de Arquitectura de León Baptista Alberto*, 2.ª edic. en castellano, corregida por D. R. B., t. III [Alcalá, 1797]).

(4) *Diálogo de la lengua*.